

Rafael R. Costa

A woman's profile is shown in a three-quarter view, looking towards the right. Her hair is styled in an elaborate updo, heavily adorned with large, dried, and pressed flowers in shades of brown, tan, and muted red. The background is a textured, aged parchment or paper with faint, illegible markings and some dark spots. The overall aesthetic is historical and artistic.

Las dos primaveras de
Jennifer Barnes

Novela

Las dos primaveras de Jennifer Barnes
novela

Rafael R. Costa

A mi madre

Londres 1945

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

Londres, 1945

«Siempre hay un lugar en el mundo donde está comenzando la primavera. Cuando caen los primeros copos en Londres yo sé bien que existe un sitio donde florecen el esponjoso ceibo y el gran ombú.»

La señora Jennifer Barnes me repitió en numerosas ocasiones esas mismas palabras durante los siete años que estuve trabajando en su casa, especialmente cuando yo abría las ventanas de su dormitorio y se colaba el soplo húmedo del Támesis. Se sentaba en su butaca favorita, mirando a ninguna parte o al cielo londinense, mientras yo le desataba el rodete y alisaba su cabello, ella entonces se sentía como una artista de cine, y eso me decía.

Yo me llamo Julia Payne, soy enfermera, y como menciono arriba estuve al servicio de la señora Barnes desde 1923 hasta 1930. No necesitaba muchos cuidados, pero ya era una anciana y murió con noventa años cuando el amanecer inundaba su enorme casa. Durante todo ese tiempo me relató muchas veces la historia de aquel 1870 cuando vivió dos primaveras. Una en Inglaterra y otra en el lejano Uruguay.

«Dos primaveras distintas, Julia. La primera me llenó de vitalidad y me hizo subir a bordo de un barco con las bodegas repletas de futuro, y la otra me destrozó el corazón con dos disparos en la puerta de un hotel.»

Cuando hablaba de estas cosas y recuerdos, de esa parte tan importante de su vida, su cabello blanco volvía al dorado, e igualmente sus mejillas adquirirían aquella blancura apagada del alabastro con la que pisó un mediodía

las tierras de la hacienda uruguaya, tanto era así que por un instante volvía a ser la mujer que se trasladó a la otra parte del mundo sesenta años atrás.

«Allí adquirí la costumbre de beber café, Julia. Ellos no toman té; además, ¿sabes una cosa?, si el café está caliente soplan sobre la taza, no se considera de mal gusto como ocurre con nosotros los británicos. Mira, tú sabes que siempre se levanta algo de niebla a la hora del té; sin embargo, con el café surge otro efluvio, más intenso, tanto que siempre tienes la sensación de que amanece o por contra anochece.»

Era el momento de servírselo con una cucharilla de azúcar; no en una taza de porcelana translúcida, sino un tazón sin asas que se trajo de la remota casa donde vivió casi un año.

Jamás la oí cantar; no obstante, había tardes que entraba en un sopor extraño y movía los labios, como si tarareara alguna música o canción, y no eran pocas las que me pedía que encendiera un cigarrillo negro, aunque ella no fumaba, y lo dispusiera en el cenicero hasta consumirse, pues le gustaba sentir el humo flotando en la habitación.

«Los presiento tanto que casi puedo sentir que huelo y palpo a los dos hermanos.»

Si hacía mención de Fernando de Torres acariciaba con total ternura un pedazo de su propia ropa. Cuando hablaba de Alfonso, se le iluminaba la mirada de una manera extraña.

Un día de fuertes lluvias sobre Londres me dijo que el Támesis, que se veía desde la ventana, era un pequeño mastodonte que caminaba firme pero despacio.

«Sin embargo, el río Uruguay, Julia, tiene seis veces más longitud, y es más parecido a los caballos que pastan en sus orillas, bronco, caliente y veloz.»

Todos los viernes asaba para la señora Barnes carne de vaca que

acompañaba con puré de manzana. Un buen trozo. Pero semana tras semana quedaba prácticamente sin tocar.

Murió un amanecer de julio, justo cuando la claridad comenzaba a colarse en su dormitorio. La tarde antes oyó las campanadas de Southwark Cathedral y me pareció que se ausentaba. La encontré tranquila, en las manos sostenía un vieja fotografía que yo nunca había visto. Sin duda era ella, la señora Barnes; posaba junto a un hombre apuesto, de mirada entre melancólica y desafiante, y en el anverso venía estampada la casa de fotografía de un tal Pierre Bontoux, de Montevideo. En ese momento comprendí que la habitación olía realmente a aquellos heliotropos bajo la Cruz del Sur que en tantas ocasiones mencionó. Sobre la mesita dejó una carta sin abrir y algunas flores prensadas que fueron introducidas en su féretro. Miré a su peinadora y allí continuaban frasquitos de perfume comprados en la capital uruguaya, todavía sin estrenar tantas décadas después, y que al igual que su propietaria parecieron siempre sumergidos en una atmósfera algo decadente, pero fascinante.

La historia que me contó de su estancia en Uruguay jamás habría visto la luz de la imprenta de no ser por el manuscrito mecanografiado que me entregó una semana antes. Lo he leído con atención y me sorprende que hable de sí misma como si fuese otra, alejada de quien había sido, convirtiéndolo todo en un escenario de novela. Tal vez fue la manera de desprenderse de pensamientos hundidos y comprender su propia historia desde la distancia.

«Querida Julia, guarda estas hojas, para que alguien pueda leerlas cuando yo me vaya.»

Era la misma historia que me contó a pedazos, los mismos pedazos que se iban desprendiendo de sus recuerdos, como una montaña vieja se deshace de sus propias rocas.

Ya han pasado varios años desde que murió la señora Barnes. Hoy día,

con otras circunstancias, pero al igual que ocurrió con ella, la vida me ha hecho una persona solitaria, sin familia ni heredero. Creo que es el momento de que alguien lea esta historia singular.

Arriba del manuscrito, y caligrafiado a pluma, apuntó el título: "El hombre del río Uruguay", mas, excusándome ahora y siempre ante tan admirable señora, prefiero titularlo "Las dos primaveras de Jennifer Barnes".

Esta fue mi herencia y esta es su historia.

Julia Payne

El aire desgarraba las nubes como la tempestad hace en alta mar con las velas de los barcos; incluso así, el viento tan salpicado quiso aquella tarde bajar con el río hacia el oeste.

Ya los pájaros habían suspendido la intensidad de sus piadas y se acurrucaban en las ramas de las acacias pamperas, el cielo se tintaba con los últimos jirones y algunas estrellas se dejaban entrever arriba de los cerros. A pesar de que aquella parte del río era mansa, allí el ruido del agua resultaba chocante, porque justo donde él se encontraba los maiceros habían colocado unas piedras redondas y pulidas para saltar al otro lado y evitar vadearlo doscientos metros más arriba.

Fernando de Torres apuró la última calada de su cigarrillo y por un momento se agachó y sumergió la punta incandescente en las aguas del río, después exhaló lentamente y con parsimonia el humo y miró su imagen distorsionada en aquel espejo turbulento. Un minuto más tarde se incorporó y tomó el camino de la hacienda. Los árboles de alrededor eran altos y delgados, parecidos a eucaliptos hasta en la fragancia, y se movían en un balanceo casi imperceptible que de nuevo el viento salpicado se encargaba de perpetuar. La última semana de la primavera prometía lluvias, el maíz ya estaba engranado, sólo necesitaba engordar para luego secarse y reventar en el verano, pero aparte del maíz, allí en aquellas tierras que cruzaba el río Uruguay, lo único que había eran lejanías y distancias.

Doce minutos tardó Fernando en llegar a la explanada de la hacienda; no lejos se apretaban esqueléticos frutales que, sorprendentemente, estaban cargados de frutilla verde, y en forma de herradura gigante, rodeándolo casi todo, las quintas cuadradas, las casas de los cortadores, los graneros y el maíz. Siempre el maíz. En estos parajes los crepúsculos son rápidos, caen del cielo igual que si de golpe se desprendieran kilómetros cuadrados de pizarra de una cantera del firmamento, y en instantes lo envolvieran y lo trastornaran todo.

Fernando ya estaba a apenas cien metros de la hacienda cuando dos chiquillas le asaltaron en silencio, con los ojos tan abiertos como horizontes. Él se detuvo, las contempló bajando las cejas y levantando al mismo tiempo una parte de su bigotillo. Después metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó dos terrones de azúcar blanca, los miró un momento como quien mira un objeto mágico y entregó uno a cada niña.

—Gracias, señor don Fernando —dijo una de ellas al recibir el terrón.

Él las miró y sin decir ni una palabra se dirigió definitivamente hacia la hacienda. Y cuando estaba a una decena de metros de la escalera por la que se accedía a la entrada principal, se percató de que dos mujeres lo miraban. Una era su madre, a la otra no la había visto en su vida.

—Fernando, Fernando... quiero que conozcas a la señorita Barnes, ven aquí... —la madre dirigió entonces sus ojos a la señorita Barnes y señaló a su hijo—. Éste es el más pequeño...

Él puso un pie en el primer escalón. Se quedó allí mirando a su madre y a la señorita Barnes. Pero fue incapaz de dar un paso más. Quería clavar sus ojos en los ojos azulones de aquella señorita desconocida, pero se dio cuenta de que no pudo hacerlo. Dirigió su mirada a la de ella y comprendió que se hallaba perdido, desorientado, que oía sonidos extraños y que el aroma de los heliotropos del jardincillo le entraba por la nariz y lo envolvía de una forma

misteriosa y embriagadora.

—Fernando... Fernando, hijo...

La voz de su madre actuó como un resorte, como el palilleo de dedos que se le da al hipnotizado para sacarlo del trance. Fernando de Torres terminó de subir los peldaños de aquella escalera de madera y se detuvo frente a las dos mujeres. Apretó los ojos contra sus propias cuencas: no quería mirar, no podía hacerlo, pero su madre le tomó la mano y mirando a la señorita Barnes le dijo:

—Fernando, hijo: ésta es la señorita Barnes, que ha llegado desde Europa.

—Encantado, señorita Barnes, espero que se encuentre bien...

Deseaba salir corriendo, escapar de allí, atravesar la puerta de un salto y subir a su habitación, esconderse, estar solo, encender un cigarrillo... cualquier cosa menos permanecer allí delante.

—Yo también estoy encantada, Fernando, y me encuentro muy bien. Se habrá percatado de que mi español no es muy bueno; espero que no sea un inconveniente.

Jennifer Barnes tendió su mano y Fernando abrió la suya, dejó la palma suspendida allí en el aire, y ella posó los dedos sobre los dedos de él. En ese momento sonó una campana. El sonido del bronce estalló en algún lugar detrás de los frutales y ocupó todo el espacio, un tañido metálico que se metió entre las puntas de los dedos y produjo una descarga eléctrica, invisible, vibrante, que los separó como dos imanes se separan de manera súbita y completa.

—Son las siete —dijo la señora de Torres—. Estará cansada, señorita Barnes, le sugiero que descanse, dentro de media hora cenaremos.

Fernando besó la mejilla de su madre y entró a la hacienda. Todavía pudo oír a la extraña visita decir:

—Me gustaría oler unos minutos más los heliotropos, señora de Torres...

Jennifer Barnes se quedó allí en la puerta, respirando el aroma de los heliotropos del jardincillo, apenas sosteniendo los párpados sobre sus ojos británicos, permitiendo que la vista vagara por aquel horizonte tantas veces soñado. Realmente estaba cansada, agotada. El viaje desde Inglaterra no había sido largo: sino larguísimo, y por fin aquella tarde había logrado llegar a su destino, a su hacienda. Pero eso ahora no le preocupaba, lo que deseaba era descansar, oler aquellos heliotropos, dejar de una vez que su pecho se empapara del aire aromatizado, del crepúsculo aquel, tormentoso y hermosísimo.

—Llevo oliendo este aire más de treinta años... Creo que nunca me cansaré de olerlo, comprendo que desee quedarse aquí unos minutos más, señorita Barnes.

Jennifer miró a la señora de Torres, le tomó las manos y sonrió.

—Sí... es penetrante. Pero llámeme Jennifer, señora de Torres...

—Trataré de acostumbrarme. Yo a su padre siempre le llamé señor Barnes. Mejor dicho: doctor Barnes... —la madre de Fernando puso sus ojos sobre los de Jennifer; eran limpios, de mirada llena de agua que transmitían confianza—. Usted también es médico, señorita Barnes, me lo ha contado José, mi marido.

—No lo soy, señora de Torres; sólo ayudé a mi padre unos años, pero no soy médico, quiero sentirme útil aquí, papá me dijo que nunca un médico pisó esta hacienda a excepción de él, ni esta hacienda ni estas tierras.

—Quiero que sepa, Jennifer, que es bien recibida. Necesitamos una mujer, y un médico, y tú eres las dos cosas...

Amalia de Torres suspiró muy suave, se sintió poseedora del tiempo, parpadeó tres veces seguidas y ese acto la llenó de serenidad y de confianza, puso la mano en el brazo de Jennifer y con el susurro propio de una confidente de secretos y amores pasó a tutearla.

—Ah, todavía recuerdo a tu padre, al doctor Barnes, él me asistió cuando nació Fernando. Tú también estabas aquí, eras muy pequeña, y te colaste en la habitación... y permaneciste calladita, sin hacer ruido, tomada de la mano de la vieja Europa...

—¿La vieja Europa? Tiene muchas cosas que contarme...

A las siete y media estaban cenando. En un gran salón donde una mesa de madera oscura rodeada por ocho sillas ocupaba el centro. José de Torres estaba sentado en uno de los extremos de aquella mesa y sostenía en su mano una copa de vino. A su derecha se sentó su esposa, Fernando ocupaba la silla del medio casi enfrente de su madre, y en el otro extremo estaba sentada Jennifer Barnes, con su pelo rubio recogido en un discreto moño y un bonito vestido azul con cenefas tostadas. José de Torres sacó del bolsillito de su chaleco un reloj de plata, abrió el reloj y dijo la hora en voz alta:

—Las siete horas y cuarenta minutos... Alfonso ya debería estar aquí.

La luz de los candilones iluminaba suficientemente el salón. Fernando todavía no había abierto la boca, ni siquiera había tocado su copa de vino. También la joven inglesa permanecía en silencio. Todos esperaban a Alfonso de Torres, el hijo mayor de la familia. Pero, en vez de llegar Alfonso, quien lo hizo fue un muchacho de ojos negros y oblicuos que dijo en voz alta:

—Don José: que me manda a decir don Alfonso que esta noche duerme en la vacada, que es noche de paritorio y no se fía de los Fermines.

Fernando no pudo reprimir una sonrisa casi sonora producida por la cantinela diáfana de aquel jovenzuelo. El patriarca enredó en sus dedos una punta de su bigote y con un gesto inequívoco de la cara le indicó al muchacho que se fuera. Después se levantó. Carraspeó un momento y alzó su copa de vino. Los demás comensales también se levantaron, cada uno elevó su copa y así esperaron las palabras de don José de Torres.

—Quiero brindar por su llegada, señorita Barnes, y también deseo, y conmigo toda mi familia, brindar por el recuerdo de su padre, mi recordado amigo el doctor Barnes.

Todos le dieron un sorbo al vino.

—Ahora —continuó José de Torres—, lo que debe hacer señorita Barnes, es comer todo lo que pueda y descansar.

Era un hombre alto, apuesto. Aparentaba cincuenta años aunque Jennifer Barnes sabía que tenía más de sesenta. En realidad conocía muchas cosas de José de Torres, pero se lo había imaginado con otro aspecto. Él estaba allí, en el extremo de la mesa comiendo sin decir una palabra y bebiendo pequeños sorbos de vino, su frente amplia, despejada, y las facciones de su cara eran duras, además su bigote lo dotaba de un aire huidizo y poderoso. Su mujer resultaba dulce e inteligente, por lo menos ésa era la primera impresión que le había causado a Jennifer; en cuanto a Fernando de Torres ni siquiera tenía conocimiento de su existencia a pesar de que estuviera presente cuando él nació. Estaba callado, sin mover un milímetro ni su cuerpo, ni sus manos, ni su cara... como respirando el vaporcillo que emanaban las patatas hervidas de su plato. Una mujerona de gruesos labios, con aspecto de matrona respetable, les servía la cena y un avisgado chiquillo esperaba bajo el dintel de una puerta, y escanciaba vino cuando don José lo miraba.

La mujerona, ayudada por el chiquillo, retiró los platos y colocó minutos después una bandeja de plata con un trozo enorme de vaca asada rodeado de manzanas y zanahorias. Después de servir a José de Torres se dirigió en silencio al otro extremo de la mesa y posó suavemente un generoso medallón de carne en el plato de Jennifer. Ella miró horrorizada aquel montón de carne que se le antojaba como una vaca entera y después levantó los ojos hacia los demás comensales.

—Lo siento... De verdad... Yo no puedo comerme esto. Es demasiada

carne, yo no estoy acostumbrada a comer tanto.

José de Torres terminó de masticar un bocado, se limpió con la servilleta y dio un sorbo de vino, sólo después la miró y le dijo:

—Está demasiado delgada.

Tal vez el silencio que precedió duró sólo unos instantes, unos segundos, pero a ella le pareció el silencio de un año. Por primera vez se sintió sola, comprendió de golpe que no estaba en Inglaterra, sino en un apartado lugar de la República Oriental del Uruguay, y comprendió que su padre había muerto y que esa muerte había liado en el mismo sudario no sólo al cadáver todavía caliente: también a la mitad de su vida y a la totalidad de su pasado. Empezaba una nueva existencia. Todavía tenía treinta y un años. No importaba que la oportunidad que se le ofrecía fuese un cielo extraño, un horizonte hostil y desconocido, no importaba que se sintiera sola, así que empujó los hombros hacia atrás, irguió su figura y con delicadeza cortó un pedazo de carne y se lo metió en la boca. Nadie volvió a hablar durante la cena, después, Atalaya, que así se llamaba la mujerona, les sirvió a ellos una taza de café, y fue entonces cuando la señora de Torres se levantó y señalándola le dijo:

—Tengo una sorpresa, Jennifer. Le parecerá increíble, pero le he conseguido un poco de té.

Antes de que dijera nada Atalaya ya le había puesto entre los brazos una tetera humeante y una minúscula tacita blanca. Pero Jennifer Barnes encontró una sonrisa en la parte menos desconcertada de su interior, abrió los brazos, extendió las palmas de las manos hacia ellos y les dijo con voz clara y en perfecto español:

—Yo también quiero tomar café.

Fernando arrastró su silla hacia atrás, se levantó y se acercó con una taza de café en la mano.

—Es un café estupendo, señorita Barnes. Me alegro que lo prefiera al té.

Clavó sus ojos en los de Fernando, pero él tuvo la certeza de que no lo miraba, era como si aquellos ojos extranjeros miraran hacia otra parte a través de su propio cuerpo. Jennifer, sin decir nada, acercó la taza a sus labios y dio un pequeño sorbo. Inmediatamente asintió con la cabeza y sin apartar sus ojos le dio un nuevo sorbo. Fernando se volvió a su lugar en la mesa, sacó uno de sus cigarrillos y lo encendió, él tampoco miraba a parte alguna, tenía allí la mirada envuelta en las volutas del humo, flotando sobre la luz amarillenta de los candilones, con seguridad aplastada sobre sus propios pensamientos.

—¿A qué ha venido?

Se lo preguntó José de Torres. Ella no se lo esperaba. Tal vez nadie se lo esperaba, pero José de Torres se tenía por un hombre entero y, si quería saber algo, lo preguntaba. En ese momento el muchacho le entregó un cigarro puro recién encendido, José de Torres lo asió delicadamente con sus dedos y sopló un cilindro de ceniza, después cargó su mirada marrón en los ojos de Jennifer. Ella respiró suavemente por la nariz, levantó los ojos desde el mantel de la mesa y con voz clara le contestó:

—He venido a quedarme.

El patriarca exhaló una gruesa bocanada de humo y llamó la atención de la mujerona Atalaya que le sirvió de inmediato una copa de licor.

—Esto no es Inglaterra, señorita Barnes...

—Lo sé.

—En la República Oriental las personas como nosotros sólo tienen dos opciones: respetar las lindes del vecino y conservar las propias... Respeto y trabajo, señorita Barnes... Ya lo ha oído: ¿es necesario que mi hijo Alfonso esté ahora en la vacada?, los peones podrían encargarse, sin embargo él está allí, quiero que lo entienda.

Jennifer sentía a todas las vacas del mundo correteando dentro de su estómago. Un cosquilleo frío le recorría las piernas dentro de aquel traje azul con cenefas tostadas, tenía ganas de cerrar los ojos, de salir a la puerta, de respirar una vez más el aire fuerte y penetrante, y permitir que su cuerpo cayera luego en el más profundo de los sueños.

—Lo entiendo.

José de Torres estiró sus labios hasta el corte preciso de una media sonrisa. Le dio una profunda calada a su cigarro puro y un pequeño trago a la copa de licor, después chascó la lengua, alisó su cabello hacia atrás con la punta de los dedos y le dijo por fin:

—Salga a respirar. El aire de la primavera es bueno si se inhala con serenidad, ¿no le resulta caprichoso que sea primavera en noviembre?

—Mucho —contestó Jennifer Barnes, que se incorporó de la pesada silla y estiró su cuerpo, después resopló suave, como lo haría un muñeco de trapo—. Tiene razón, me resulta caprichoso que sea primavera en noviembre, para alguien que ha vivido en Inglaterra es desconcertante y, a decir verdad, un poco mágico. Quién sabe si alguna vez podré decir que en el año 1870 viví dos primaveras... Y ahora saldré a respirar ese aire...

—Sí... —exclamó llena de alegría la señora de Torres—. Sí, Jennifer, dos primaveras... es cierto.

Fernando aplastó su cigarrillo contra el borde de un cenicero de metal. Él también sintió repentinas ganas de respirar con serenidad aquel aire de noviembre. Su madre pareció adivinar sus intenciones y le sonrió. Jennifer le miró y arqueó sus dos cejas rubias esperando una cortesía. Él quería decir algo, tal vez muchas cosas o solamente una palabra, pero se sentía acorralado en su propia casa, se diría que desposeído del habla y de la voluntad entera, así que fue su madre quien dijo:

—Puede acompañarla mi hijo Fernando, Jennifer.

—Claro... —contestó a media voz.

Fernando se acercó y ella levantó el codo de su brazo derecho para permitir que la asiera. Eso desconcertó todavía más a Fernando, pero, como si lo hubiera hecho durante toda su vida, pasó su brazo por el de Jennifer y con ella salió.

La noche era brutalmente hermosa. Se presentó teatralmente, cuajada de astros y de sueños. No demasiado lejos se oía el pasar del río Uruguay. Era un rumor que pareciera pronunciar nombres cuando chocaba con las piedras, y detrás del río y de la oscuridad que rodeaba la hacienda se oían también lejanas canciones de ritmo cansino, monótono, llenas de platas y amores.

Tal vez ella no lo supo, pero Fernando se sentía en aquel momento el hombre más importante del mundo, era la primera vez que llevaba colgada de su brazo a una dama, así que con los dedos de la mano izquierda se alisó el bigotillo y pensó en endurecer más sus rasgos y su mirada para atenuar la inexperiencia, en realidad no sabía qué hacer: quedarse allí delante de la puerta le parecía ridículo, dar una vuelta a la hacienda más ridículo todavía, caminar hacia el río se le antojaba largo y húmedo pero Jennifer hizo un gracioso movimiento, como si se acurrucara dentro del vestido para disuadir al relente.

—¿Tiene frío, señorita Barnes?

Ella negó con un gesto y dando un tironcito del brazo de Fernando le animó por lo menos a bajar aquellas escaleras que descendían hasta los macizos de heliotropos. Fernando creyó que en ninguna primavera habían olido así aquellas flores, jamás había prestado atención a aquel olorillo difuso y lleno de enigmas que emanaba de las florecillas, resultaba cierto, mas parecía que acabara de descubrir que esas flores estaban allí desde ahora mismo y no desde siempre. La verdad es que se sintió mejor una vez que descendieron la escalinata, ahora la noche caía directamente sobre ellos,

ahora tomaba todo más irrealidad y como sin saber por qué más importancia.

—¿Qué le ocurre, Fernando?

—No me ocurre nada, señorita Jennifer.

—¿Señorita Jennifer? ¿No ha oído que he venido a quedarme?

¡Sí, Dios, lo había oído! ¿Cómo no haberlo oído? Él sintió dos manazas surgidas de la oscuridad o del pensamiento que le agarraran la columna vertebral por los extremos y se la estiraran de golpe.

—Lo he oído.

—Entonces, es mejor que me llame Jennifer.

Fernando la miró levantando una ceja, deslizó una de sus manos en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pitillera plateada. Atraídos por el aire de la noche y rodeados del atrevido canto de los grillos llegaron a los primeros árboles. Jennifer respiraba, llenaba sus pulmones de aire y lo retenía allí, Fernando la miraba de reojo, ella se soltó de su brazo y giró dos veces sobre sí misma, y después levantó la barbilla al cielo y cerró aquellos ojos azulones. Él envolvió una cerilla encendida entre sus manos y prendió uno de sus cigarrillos, cuando terminó de hacerlo comprendió que Jennifer le tenía puestos los ojos encima.

—¿Siempre es así?

—¿Quién? —contestó.

—Tu padre.

—Sí. Siempre. Pero no le tenga miedo.

—¿Por qué crees que le tengo miedo?

Fernando se encogió de hombros, miró hacia el cielo y le respondió:

—No sé. Pero es lo único que puedo decirle.

Él perdió los ojos un momento en el horizonte y se concentró en un sonido lejano que se acercaba. Jennifer lo miró y quiso saber qué podía oír aquel hombre en mitad de la noche cuando ella no oía más que al río y al

ronroneo de las cantinelas.

—Son caballos —aseguró Fernando.

—Me gustan los caballos —dijo Jennifer en voz baja como para no distraerle.

—A mí también, señorita Barnes —le respondió imitando el mismo tono de susurro.

—Llámame Jennifer, por favor.

—Está bien —replicó él.

—Está bien ¿qué? —insistió.

—Está bien, Jennifer.

Jennifer Barnes se sentó en uno de los bordes de aquella cama grandísima. Por fortuna, alguien había cerrado la ventana que ella misma había abierto, porque el aire se pegaba a la madera de la hacienda y dejaba allí su humedad con una intensidad sorprendente.

Sostenía entre sus manos una pequeña carpeta de cuero donde guardaba algunos documentos, y de esos documentos faltaba uno de especial relevancia: un sobre con una escritura notarial, firmada por su padre y por José de Torres, hacía años, donde se indicaba su posesión de la mitad de esta hacienda y de todas sus dependencias.

Jennifer Barnes no sabía muy bien qué pasaba por su cabeza en aquel momento, estaba más que cansada, apenas podía apartar sus ojos del velón encendido encima de la mesilla, así que guardó la carpeta debajo de la almohada, desató su moño de pelo rubio y se metió entre las pesadas sábanas de algodón de aquella cama ancha como un páramo. Ahora eran las largas avenidas de Londres las que sí atravesaban su frente, el auténtico Támesis discurría por su cabeza, y con él el cielo de aluminio de toda su vida. Por última vez respiró de sí misma el aroma de los heliotropos de la puerta y se quedó dormida.

Cuando despertó, la luz del sol se había filtrado por un montón de rendijas de la ventana y llenaba la habitación de haces amarillos. La puerta estaba entreabierta, y allí en medio, como una silueta, sin volumen, una niña con dos trenzas la miraba en silencio. Jennifer se incorporó sobre la almohada y se restregó los ojos. Sacudió su cabeza como para despejar definitivamente

al sueño y miró aquella silueta con trenzas.

—Soy América, señorita Barnes.

La niña poseía una voz chillona, y más que la magnitud de su voz fue el tono el que llenó toda la habitación al pronunciar su nombre.

—¿América? —preguntó Jennifer volviendo a sacudir su cabeza.

—Soy América, señorita Barnes, que me manda la señora doña Amalia para lo que usted necesite de sus cosas y de los desayunos.

—¿América? —volvió a preguntar Jennifer sacudiendo esta vez una mano. Pero antes de que la pequeña fuera a responder, Jennifer dejó la mano levantada sin saber muy bien por qué, entonces se percató de su propia actitud y la dejó caer sobre la cama—. Está bien, América: cierra esa puerta... Y descorre un poco la cortinilla de la ventana, que te dé la luz, quiero verte bien.

Así lo hizo la chiquilla, y Jennifer se quedó mirándola con curiosidad: era una preciosa chiquilla de piel oscura y dientes blanquísimos, tan blancos como el azúcar que Fernando de Torres acostumbraba a darle algunas tardes.

—Dime, América, ¿es así como te llamas? ¿América?

La pequeña dijo que sí con la cabeza.

—Bien, América, dices que te ha mandado doña Amalia...

—La señora doña Amalia... —replicó la chiquilla.

—Señora doña Amalia... ¿La señora doña Amalia es la esposa del señor don José?

—Uhum...

—Muy bien, pues baja ahora mismo y dile a la señora doña Amalia que tomaré mi desayuno en la mesa del salón si es posible.

—Sí que es posible, señorita Barnes... ya tiene allí su desayuno.

Jennifer Barnes asintió y con un dedo le indicó a América que podía bajar. No sabía qué hora era. Estaba desconcertada, pero se acercó a su

ventana y divisó los árboles alineados según el río. El cielo estaba muy azul. Se lavó la cara en una bonita palangana de loza y diez minutos más tarde estaba sentada, tomando café y unos deliciosos bollos de harina dulce, acompañada por Amalia, la madre de Fernando y de Alfonso, que era el hombre que irrumpió en el salón y que habló a sus espaldas.

—Por fin puedo saludarla, señorita Barnes.

Alfonso de Torres no pudo ver los ojos de Jennifer Barnes porque estaba sentada y le daba la espalda, pero sí vio brillar los de su madre, que se incorporó y se le acercó.

—¡Alfonso! Ven que te presente a la señorita Barnes... a Jennifer...

Ella se levantó lentamente, muy lentamente, era como si quisiera rebobinar aquella voz que acababa de oír, como si aquel acento no le hubiera resultado extraño y hubiese pertenecido a otra persona que se le antojaba familiar. Sin embargo, aquellos segundos no bastaron porque Alfonso ya estaba delante de ella, erguido, y le tendía su mano. Jennifer la estrechó y le sonrió.

—Espero no haberme levantado muy tarde... estaba muy cansada.

—No tiene que preocuparse, Jennifer, es una hora estupenda para desayunar y ya veo que lo estaba haciendo, así que continúe, por favor...

Jennifer se apartó de aquella mano demasiado caliente y se sentó. Alfonso ocupó una de las sillas a la derecha de su madre y se sirvió un poco de café antes de que Atalaya quisiera hacerlo por él.

—Alfonso ha llegado esta mañana, Jennifer; él tampoco ha desayunado.

El sonido metálico de la campana se oyó estrepitoso detrás de la hacienda. Aquel timbre solemne se metió por los oídos de Jennifer y le recordó como de golpe el documento que había desaparecido de su carpeta de cuero, y aquello la estremeció hasta el punto que sintió erizarse la piel de sus brazos.

—Son las diez de la mañana, Jennifer. Volverá a oír esa campana a las trece horas —le dijo Alfonso mientras sostenía en su mano la taza de café.

—Me alegra saberlo —respondió Jennifer.

—Ahora están almorzando los trabajadores... descansan de su tarea y se llevan un bocado, los muy chambones, aquí el trabajo es duro...

—Ya... —dijo Jennifer—, y hay que respetar las lindes del vecino...

Alfonso de Torres soltó una risotada, el reflejo de la mañana entraba por el ventanal del salón y les daba en la frente, que era tan despejada que parecía huir hacia el interior de cabeza.

—Observo que ya ha hablado con mi padre... El viejo siempre dice lo mismo.

—Debes respetar a tu padre, Alfonso... además, la señorita Barnes acaba de llegar a nuestra hacienda y se puede contrariar si te oye llamar viejo a tu padre.

Jennifer iba a decir que no tenía importancia, incluso se encogió de hombros pero no pudo decirlo porque Alfonso de Torres se acercó a ella y la agarró de un brazo, de manera delicada, pero firme, porque Alfonso de Torres era un hombre fuerte, como su padre, y Jennifer tuvo su mirada muy cerca y comprobó que aquellos ojos estallaban como dos volcanes, estaban llenos de fuego y de praderas, y además su voz parecía el viento enloquecido que azuzaba aquel incendio que se había provocado en un instante.

—Sabrá disculparme, señorita Barnes... no estamos acostumbrados a tratar con gente como usted, pero llamarle viejo al padre de uno es darle importancia, créame. Tengo entendido que su padre ha muerto, el doctor...

Ella se apartó con un movimiento de gato del brazo del hombre y dirigió su mirada hacia el ventanal.

—Así es. Mi padre murió hace seis meses.

—Lo siento...

Jennifer asintió.

—Es una hermosa mañana. Y quiero ver la hacienda desde la distancia, debajo de la luz del día...

—Así es, Jennifer, una hermosa mañana —le respondió Amalia—. Como creo que entiende de caballos, mandaré que le traigan una calesa hasta la puerta.

—Gracias, Amalia, pero no es necesario. Prefiero caminar, me sentará bien, así mis pies también conocerán la tierra de esta parte del mundo.

—En ese caso puedo acompañarla, Jennifer —le propuso Alfonso—. Ya que ha venido a quedarse es mejor que conozca donde vive. Me parece razonable. Precisamente iba a dar un vistazo por los maizales y las dependencias. Espero que mi compañía esté a la altura de su curiosidad.

Ella le sonrió. No había pensado en ser acompañada por aquel hombre arrogante, pero se había ofrecido y creyó que debía aceptar aquella hospitalidad varonil.

—Deme un cuarto de hora, Alfonso.

Alfonso sonrió y con una leve inclinación de su cabeza le dijo:

—A sus órdenes.

Abandonó el salón y subió las escaleras hasta su habitación seguida por la niña. Ella no estaba acostumbrada a que nadie le siguiera los pasos y mucho menos en una casa por amplia que fuera, pero lo aceptó; América le resultaba graciosa y estaba segura de que podría preguntarle muchas cosas. La mujerona Atalaya volvió a llenar la taza de café de Alfonso, y después abandonó el salón tras una indicación de doña Amalia.

—Es muy guapa —musitó Alfonso sin mirar a su madre, más bien fijándose en lo que había detrás del ventanal.

—Es inglesa —le respondió su madre.

—¿A qué ha venido exactamente?

—No lo sé. De momento se queda.

—¿Está casada? —preguntó Alfonso dándose la vuelta y mirando a su madre.

—No te detengas en tonterías... Si está aquí es porque lo está. O por lo menos no lo está ahora. Parece educada, y lista.

—Seguramente habrá leído muchos libros —le replicó apretando los labios y poniendo cara de intuirlo todo.

—Sí, tal vez demasiados libros para una mujer —respondió su madre.

—Me casaré con ella.

Amalia miró a su hijo Alfonso como sólo una madre es capaz de mirar. Después suspiró y salió de aquel salón dejándole a solas. Él se dirigió a un mueble acristalado lleno de rifles, y en aquel cristal se miró y se atusó el cabello; entonces se quedó observando sus facciones, sus ojos, su nariz, sus pómulos, y así permaneció más de un minuto, hasta que escrutando directamente el interior de sus propios ojos, aliándose profundamente con su propia imagen, se dijo a media voz:

—Me casaré con ella. Nadie cortará la Hacienda de Torres por la mitad.

Tan absorto estaba, tan ensimismado, que no se percató de la presencia de Atalaya hasta que ésta le dijo:

—Señor, la señorita Barnes le espera en la puerta.

Alfonso de Torres apartó a la mujer de su camino, salió del salón, cruzó hasta la salida de la hacienda y puso su mano en la barandilla de la escalera. Metro y medio más abajo, a los pies de esa escalera, con su rodete rubio y un pequeño parasol rojo estaba Jennifer Barnes. Alfonso la contempló un momento antes de decidirse a bajar.

—Ya le dije que hacía una hermosa mañana, Jennifer.

Jennifer se rio. Parecía feliz, dispuesta. Tan arrogante como él.

—Eso lo dijo su madre.

Alfonso se acercó a ella y quiso tomarla de nuevo del brazo, pero Jennifer adoptó otra vez ese movimiento de gato dulce y sibilino que poseen las mujeres, y se apartó comenzando a caminar. El mayor de los hijos de José de Torres permitió que la mujer se apartara un par de metros, y la miró como quien mira una mercancía que se escruta ligeramente para saber si se puede o no comprar.

—Sí. Es guapa... Y lista.

Tomaron un caminito de tierra dirección este. En la parte izquierda se alineaban árboles frutales de mil especies distintas, dando la apariencia de un pequeño Edén frondoso y cautivador. Jennifer pasaba los dedos por las hojas de aquellos árboles, Alfonso no dejaba de mirarla ni un instante aunque la seguía a un par de pasos. La Hacienda de Torres había quedado un centenar de metros atrás y ella, de vez en cuando, se giraba con lenta quietud y la contemplaba.

—No imaginaba que tuviera pararrayos.

—Pues lo tiene. Y muy bueno, créame... El invierno pasado se tragó un rayo caído directamente del infierno, era azul y grande, como un árbol gigantesco... Tembló toda la hacienda, pero aguantó. Es una hacienda con buenos cimientos. Aguantaría cien cañonazos de cien cañoneras portuguesas, créame, Jennifer.

—Le creo, Alfonso, le creo todo lo que dice... Y éstos son los maizales...
—le dijo señalando con su dedo.

—Así es... No es buen maíz pero el ganado lo soporta. En esta parte del río Uruguay los pastos no lo ocupan todo, esta tierra no se deja tocar siempre
—respondió intentando tomar el brazo de Jennifer, a lo que ella rehusó—. Y ya veo que usted se entenderá perfectamente con esta tierra.

Jennifer le sonrió por respuesta.

En un claro entre las acacias, donde habían plantado algunos ceibos, y otros árboles, cerca ya del río, estaba levantada una diminuta joya arquitectónica. Era un templete, un cenador, redondo y precioso, de ladrillo rojo como la arena del río y techumbre cónica, con columnitas también de ladrillo rojo, que lo rodeaban a modo de balaustrada. Se accedía a él por cuatro escaleritas que señalaban los medios entre los cuatro puntos cardinales, el noreste, el noroeste, el sureste y el suroeste, y así estaba indicado con cuatro siglas marcadas en el último escalón de cada una de ellas: NO, NE, SE, SO. Ellos subieron a aquel templete, desde allí se podía divisar el río entre la arboleda. Jennifer cerró su parasol y dejó caer su cuerpo sobre sus brazos apoyados en la balaustrada. No era más del mediodía, Alfonso se colocó a su espalda, la tomó por la cintura, y cuando ella se volvió se encontró con sus labios. Él la besó de una manera violenta, pero Jennifer apartó su boca como pudo y escupió al suelo, después le clavó cada una de aquellas pupilas azules como si hubieran sido puñales llenos de veneno y de venganza. Alfonso no dijo ni una palabra, es más: miró a la techumbre del templete y soltó una risotada que Jennifer no pudo soportar y que la obligó, primero, a soltar una bofetada más sonora que aquella risa, en la mejilla del hijo mayor de José de Torres, y, segundo, a abandonar aquel templete que minutos antes le pareció precioso y que ahora se había convertido en un lugar no deseado, en el inicio de un símbolo nefasto. Se alejó una decena de metros de aquel lugar y comprendió que estaba llorando. Alfonso se reunió con ella, a paso lento y cauteloso, con el parasol en la mano y con una sonrisa de poderío estúpido en medio de su cara.

—No se me enfade, Jennifer.

Jennifer no pronunció ni una palabra, permaneció quieta, envarada, mirando en dirección al río.

—He venido a traerle esto.

Ella se giró en silencio y tomó el parasol, entonces, cuando se cruzaron sus miradas, le dijo:

—No vuelva a hacerlo.

Alfonso de Torres extendió todavía más su sonrisa. Ella volvió la cara hacia el río y exclamó con toda la solemnidad que pudo:

—¡Jamás!

—Lo volveré a hacer si usted me lo pide, Jennifer.

—No se lo pediré.

—Esta es una tierra de horizontes. No es Londres, créame.

—No se lo pediré —repitió Jennifer Barnes.

Caminaron en silencio por una vereda entre los maizales. El maíz estaba alto, a pesar de que las cañas todavía estaban verdes y brillantes ya las mazorcas asomaban, un ligero viento acunaba al maíz y el sol de la primavera uruguaya lo llenaba todo de luz. Los pájaros se dejaban oír como si fueran hermosos xilófonos, algunos benteveos cruzaron sobre sus cabezas permitiendo que ellos vieran sus pechos amarillos. Al final de una de las cuadradas algunos hombres degollaban a un cerdo. Uno de los hombres, de aspecto desaliñado, se incorporó sosteniendo un cuchillo ensangrentado con la mano. Hizo ademán de remeterse la camisa en su viejo pantalón y se acercó.

—Buenos los tenga, don Alfonso. Y compañía de señora.

Jennifer miró a aquel hombre que debía tener grabada en la cara toda la historia de su pueblo, o cuanto menos de su vida, tan marcada estaba, tan oscura por el sol y por el frío, por los días o los caminos. Era un hombre delgado, no muy alto, parecía más viejo de lo que era y miraba con unos ojillos tan pequeños que recordaban las rendijas de una puerta.

—Buenos los tengas, Atrevido, y la compañía —dijo Alfonso de Torres al tiempo que se acercaba a los otros dos que terminaban de matar al animal.

El Atrevido permaneció delante de Jennifer. La miraba con curiosidad, Sin duda no era corriente ver allí detrás de los maíces a una señora vestida de aquella manera. Y tan guapa. Jennifer tragó saliva y pasó por delante de aquel hombre dirigiéndose al lugar donde agonizaba el cerdo. Alfonso la miró y se sonrió, y le dio con la puntera de su bota al pobre animal.

—Estará usted acostumbrada a ver la sangre. Es usted la doctora.

Jennifer no dijo nada. Alfonso de Torres acababa de presentarla a unos individuos que la miraban en silencio, y la había presentado como *la doctora*. Ideas, pensamientos, luces, recuerdos, jirones del futuro... todo eso sintió Jennifer Barnes pasar por su cabeza en aquel instante; por fortuna era la una en punto de la tarde, y de nuevo la campana de aquella estancia redobló y lo llenó todo de sonido metálico y tal vez de realidad. Era la hora de volver a la hacienda, ella se sintió aliviada a pesar de que Alfonso la tomó suavemente del brazo delante de aquellos hombres.

—Es hora de volver, doctora... —le señaló Alfonso en el más amable de los tonos. Después se giró a donde el Atrevido, caminó dos pasos hacia él y le dio un golpecito en el hombro.

—El cerdo viene de don Fernando —le dijo el Atrevido en tono de disculpas pero mirando hacia el maíz.

El mayor de los de Torres asintió con la cabeza y también miró hacia el maíz sin quitar la mano del hombro del Atrevido.

—Considéralo mío, Atrevido.

Aquel hombre pareció sacudirse un peso de encima con aquella palabras de alivio, se hizo más grande, unos centímetros más alto, y más ancho. Pasó los dedos por la hoja ensangrentada del cuchillo con el que había degollado al cerdo y luego llevó la punta de un dedo a sus labios.

—Yo le mataré un carpincho, don Alfonso... de ahí de la lagunita de El Hervidero, que tienen las carnes más prietas...

Alfonso siguió asintiendo y después volvió los ojos hacia Jennifer. Ella se acercó y sin decir nada más se fueron los dos por una de las veredas que llevaban justo a la hacienda. Sólo oyeron la voz del Atrevido tras sus espaldas.

—Buenos los tenga, don Alfonso... Y la Doctora.

Casi sin darse cuenta, liaba y desliaba mecánicamente una hoja de maíz alrededor de un dedo. Quería decirle algo a Jennifer, ni siquiera un hombre como él se las tenía podía soportar aquel silencio tan espeso. Lo ocurrido en el templete no debía ser motivo tan grave como para sostener aquella distancia. Ella venía de Europa, de Inglaterra, y no estaba casada. Él tampoco. Así que no había por qué desengañarse a consecuencia de un beso. Si había venido a quedarse tenía que comprender que ésta era una tierra distinta, con unos hombres distintos, y, desde luego, si quería vivir en la hacienda, en el *casco* de esta estancia que se llamaba El Tiempo, de la que él, Alfonso de Torres, era el heredero mayor, tendría que asimilar otras costumbres y otros presentes. Tendría que casarse con él.

Poco antes de llegar se les acercó corriendo la pequeña América.

—Señorita Barnes, que me mandaba a buscarla la señora doña Amalia...

Jennifer le sonrió y la niña se colocó a su lado izquierdo. Alfonso se separó de ellas y se dirigió a una de las esquinas de la hacienda donde comían algunos hombres. Jennifer y América entraron por la puerta principal. Allí, arriba de las escaleras, las esperaba doña Amalia, sonriente, acaparadora de toda la luz que aquel sol de noviembre era capaz de irradiar. Y a su lado estaba otra chiquilla, exactamente igual a América. Idéntica. Jennifer abrió la boca sonriendo, mirando alternativamente a América y a la otra chiquilla.

—Es mi hermana África, señorita Barnes. Somos gemelas.

La mujerona Atalaya apareció también detrás de la puerta, y con una voz firme y contundente llamó a las chiquillas que súbitamente desaparecieron Hacienda adentro. Amalia abrió sus brazos en dirección a Jennifer, que subía las escaleras.

—Hija mía, la estábamos esperando... Ya le dije que hacía un día precioso.

—Así es —respondió Jennifer.

—¿Y mi hijo?

Jennifer se encogió de hombros y señaló para detrás de la hacienda.

—Ah, mi Alfonso... habrá ido a regañar a los peones, estarán comiendo detrás y no le gusta... No se preocupe, Jennifer, alguien tiene que poner orden, son buena gente, ellos dependen de nosotros, y a Alfonso le respetan.

Nada más cruzar al interior de la hacienda vio a Fernando. Él la miró en silencio, con los ojos muy abiertos, debajo del dintel de la puerta que daba acceso al salón. Jennifer pasó cerca cuando subió a su habitación. Ni siquiera le miró. Todavía permanecía en su cabeza aquel desagradable suceso del templete. Ella no había venido a la República Oriental del Uruguay a contraer matrimonio con nadie ni a ser besada por nadie y, si atisbaba cualquier indicio de acoso por parte de algún hombre, estaba preparada para cortarlo de inmediato. Había venido a asentar su futuro, a darle un sentido a su vida, a recobrar sus propiedades y su destino, y no a otras cosas. En la puerta de su habitación la esperaba América. Jennifer no le dijo nada. Pasó a su cuarto seguida de la niña, que se quedó en medio de la puerta abierta. Ella la miró un par de segundos.

—¿Quieres cerrar la puerta?

—Sí, señorita Barnes.

Mientras Jennifer se repeinaba su rodete y se empolvaba un poco la cara, mirada detenidamente por la chiquilla, le preguntó:

—Dime, América, ¿está abajo el señor de Torres?

—Uhum... La estaban esperando a la señorita Barnes y a don Alfonso... Hoy comen puré de manzanas y asado de vaca. Lo cocina Atalaya. Mi tata Atalaya.

—¿Sabes una cosa?

—¿Uhum?

—Tú y yo vamos a ser amigas.

América miró a Jennifer y le sonrió con sus blanquísimos dientes. Era una chiquilla preciosa.

—Pero eso será un secreto.

—Uhum.

La chiquilla tomó una de sus coletas y metió la punta en su boca y la mordió. Ahora era Jennifer quien abrió mucho sus ojos azules.

—Así es un secreto, señorita Barnes...

—Ah... Ahora baja y di que llego enseguida.

América abandonó la habitación. Cuando Jennifer se quedó sola miró por la ventana, respiró todo lo fuerte que pudo y se arregló una vez más el rodete. Ni ella misma podía analizar lo que pasaba por su cabeza, ni qué le esperaba abajo, aparte del pedazo de vaca. Se dio la vuelta y acarició la almohada: necesitó acariciar algo que no oliera a esto, a estancia, a de Torres, a cerdo moribundo... acarició la almohada donde había reposado su cabeza y se sintió más tranquila, después salió de su habitación y bajó las escaleras. Allí seguía Fernando, a la vista esperando a que ella apareciera de una vez. Pero ella no le miró, sólo cuando pasó por su lado le dijo:

—Buenos días, Fernando.

—Usted los tenga, señorita Jennifer.

Cuando pasó al salón ya estaban sentados José de Torres, su esposa

Amalia y su hijo Alfonso. Atalaya permanecía de pie sosteniendo un cuenco lleno de puré de manzanas. José de Torres le señaló su lugar en la mesa y la invitó a sentarse con un amable gesto.

—Jennifer, estás guapísima —le dijo Amalia nada más que Atalaya comenzó a servir el puré, como si los comensales siempre tuvieran que hablar cuando les sirven la comida.

—Muchas gracias, Amalia.

—Está hermosa como el día —comentó Alfonso sonriéndole.

—Como el día y como la noche... —dijo en voz alta Fernando que acababa de entrar al salón y ocupaba su lugar.

—Ya veo que no le faltan halagos en esta hacienda, señorita Barnes —le dijo José de Torres arrojando su voz por encima de la mesa—. ¿Ha ido a ver los alrededores?

—Es todo muy bonito.

—Sí señorita, es todo muy bonito, y ya verá cuando el maíz se ponga amarillo como su pelo, le parecerá que el sol está echado sobre la tierra... ahí mismo detrás de la hacienda.

—Ha visto matar un cerdo —dijo Alfonso de Torres. Después miró de reojo a su hermano Fernando que apartaba y despartaba montoncitos de puré en su plato.

—¿Un cerdo? —preguntó su padre con tono incrédulo.

—¿No es así, Jennifer? Usted lo vio, usted vio cómo ese cerdo echaba sangre por su garganta, cómo agonizaba en medio de ese charco sanguinolento, cómo...

—No es la primera vez que veo matar a un cerdo, Alfonso.

José de Torres miró a su hijo mayor preguntando con un gesto inequívoco ¿y de dónde el cerdo?, ¿y quién? Pero le respondió su otro hijo.

—Yo le di un cerdo al Atrevido, padre.

Fernando de Torres miró a su padre con serenidad.

—¿A ese chúcaro? ¿A qué cuenta? ¿Favores?

Don José de Torres empleaba un tono agreste, duro como las cuchillas. Jennifer comprendió que su presencia por lo menos iba a amortiguar aquella extraña disputa por un cerdo. Alfonso se reía por dentro, cualquiera se hubiera percatado, Amalia la miraba a ella para tranquilizarla y Atalaya, oportunamente, recogió los restos del puré y los cambió en un momento, ayudada por una de las niñas, por platos grandes y vacíos, y en el centro de la mesa colocó la bandeja de plata y el humeante trozo de vaca rodeado de zanahorias y patatas hervidas.

En ese momento entró un muchacho, el que encendía los puros de don José, y llevaba en sus manos el parasol rojo de Jennifer Barnes. Lo levantó sobre su cabeza y dijo en voz alta:

—Que lo ha traído el Atrevido, que es de la Doctora...

El primero de diciembre de 1870, jueves, hubo plenilunio. Una hermosa y grande luna llena que acaparaba todo el horizonte. Había sonado la campana de las siete de la tarde, y aquel sonido le pareció a Jennifer que era como una obertura orquestada para que aquella bola blanca se hiciera más grande y misteriosa por momentos. Podía ver cómo crecía aquel astro y podía sentir cómo emanaba su influjo, que también se hacía más grande, más denso. El aire caliente y oloroso de la estancia llegaba del río, ese aire acariciaba a Jennifer que, absorta, se sumergía en sus pensamientos delante de la ventana abierta. Mañana haría un mes desde su llegada a este lugar, a la estancia El Tiempo. Era consciente de haber vivido su segunda primavera en un año y que estaba en verano a partir de hoy, pero no había notado ningún cambio ni en el aire ni en la carne de vaca asada, no había una fecha determinada que marcara esa diferencia que tan importante era en Europa. Había visto parir a una vaca, incluso intervino ayudando al pobre animal sin fortuna, porque el becerro venía muerto. Había comido exóticas naranjas que casi se guardaban para ella, provenientes de un único naranjo medio bravío que se resistía en medio de los frutales, tan esquelético como ellos. Poseía su propio caballo y su propia tetera sin usar. Pero a pesar de la maravillosa luna llena, a pesar de la entrada del verano y de la tetera en su habitación, Jennifer Barnes estaba muy nerviosa. No sabía por qué. Parecía que algo interior la arrastrara sibilinamente a ese estado, y se sentía como si la sentaran en una silla en

medio de un enorme salón de mármol vacío.

Tres golpecitos en la puerta la devolvieron, aunque no de forma definitiva, a la realidad.

—Pasa, América...

Jennifer oyó que alguien se paraba bajo el dintel de la puerta.

—Puedes pasar, América...

Pero la niña no respondió con su vocecita diáfana y estallida, Jennifer todavía miraba a través de la ventana abierta, respiraba con lenta profundidad y levantó sus manos como si quisiera tomar un pedazo de aquel aire fragante y lavarse la cara y el cuello con él.

—Nunca me han llamado América, señorita Barnes.

Ahora sí que miró para atrás. No era la voz de América, no. Era la voz de Fernando de Torres. Estaba realmente guapo. Lavado, repeinado, con una camisa blanca abotonada hasta la barbilla y una cinta negra anudada al cuello cuyos cabos le caían por el pecho. Sus zapatos estaban brillantes y su porte era estirado, señorial. Sin embargo, Fernando era mal actor, mal imitador excepto cuando se imitaba a sí mismo. Él sabía desde mediodía que América no estaría dispuesta para la señorita Barnes, porque iba a estar encargada de preparar y servir la cena. Esta noche la mujerona Atalaya estaba ausente por necesidad: una joven mestiza llamada Duarte iba a dar a luz. Así que Fernando se había preparado especialmente para ser el encargado de ir a decirle a la señorita Barnes que la cena estaba servida. Era la primera vez que iba a pisar esa habitación, a traspasar esa puerta, desde que Jennifer llegó a esta hacienda. Quería mirarlo todo, acariciar un pico de la cama, tocar cada objeto, ver qué había allí, ver cuáles eran las cosas de Jennifer Barnes. Pero no pudo hacerlo. La que estaba allí delante era esa mujer rubia y atildada llegada desde Europa, y ella le miraba en silencio, y cuando Fernando de Torres sentía que aquellos ojos azules le caían encima, sentía al mismo

tiempo una lluvia de ácido que le devoraba por dentro, sentía un sudor inexistente que le corría por la frente, una cuerda fina que le cosía los labios y le impedía hablar. Jennifer le miró unos segundos en silencio. Como si presintiera lo que le ocurría a ese hombre por dentro. Desde algún lugar del mundo alguien pulsó una guitarra y esa guitarra se oía allí mismo, entraba por la ventana, y con ella una canción lejana, apenas audible, pero de un eco romántico, melancólico, que probablemente hablaba de soledad, o del fuego, o de las primeras noches de los veranos.

—¿Ocurre algo?

Fernando de Torres despegó los labios como pudo, chascó la lengua y estiró un poco más su cuerpo.

—Que la Duarte está de parto.

—¿Y tanto te impresiona que la señora Duarte esté de parto?

—La Duarte no es una señora...

¿Pero, qué estaba diciendo? Hablaba por inercia, no sabía qué decir, qué hablar, se había preparado, Dios, toda la tarde, lavado, afeitado, re peinado, su mejor ropa, el primer día del verano, el aire caliente, la guitarra, y ahora no sabía qué decir.

—¿No es una señora?

—No... no... quiero decir que es de los peones, que es una joven mestiza, muy joven, que se ha sentido mal y que será que le viene el parto adelantado.

Jennifer levantó sus cejas y se acercó a Fernando al borde de la puerta.

—Y Atalaya ha ido a verla, y América está abajo esperando para servir la cena... Y eso es todo, señorita Jennifer... Siento haberla molestado...

—¿Molestado? ¿Por qué ibas a molestarme?

Jennifer le tomó del brazo, salió con él de la habitación y cerró la puerta, y así descendieron por las escaleras hasta el salón. Fernando guardaba silencio, no quería por nada del mundo que ese momento pudiera ser

interrumpido por una palabra mal puesta en su boca. Jennifer lo había tomado del brazo. A él. Sin él haber hecho ni dicho nada, había sido ella sola. Y bajaba con él así, sin soltarse, hasta el salón. Y tal vez todos lo vieran. Eso era importante para Fernando, que todos lo vieran, porque dejaría de ser el hijo pequeño de los de Torres para convertirse, quién sabe, en el marido de Jennifer, en un hombre nuevo, más grande, más importante y más feliz.

La puerta estaba abierta, también la primera noche del verano se colaba por allí, extendiéndose por todas las esquinas y por todos los rincones. Desde abajo todavía llegaba el olor ya gastado de los heliotropos, Fernando hubiera dado media vida por hacer las escaleras por las que bajaban más largas, kilométricas, deseaba con toda su alma que este dulce descenso a la realidad del salón se transformara en una cosa eterna. Miraba al frente, sentía sobre su brazo el de ella, sentía su peso, su roce, su olor, lo sentía todo, y fuentes y cataratas brotaban dentro de su cuerpo. También sintió una punzada en el estómago cuando vio a su hermano aparecer delante de aquella puerta abierta. Alfonso apoyó una de sus manos en el dintel, sonrió todo lo que pudo y se quedó mirándolos. Los brazos enlazados, Fernando vestido como si fuera a asistir a la cena más importante de su vida, y ella, la doctora Jennifer, con una falda amarilla como su pelo y una blusa blanca, blanquísima, que más que ocultar nada resaltaba su figura, su pecho y todo lo que la envolvía.

—Vaya, sí que es una sorpresa...

—Buenas tardes, Alfonso —le dijo Jennifer sonriendo.

—Buenas la tengan, señores... —respondió Alfonso de Torres indicando con su mano la entrada al salón.

A veces la arrogancia se une al desamor. Entonces se produce un choque violento que no todos somos capaces de encauzar. Generalmente cuando se dan esas dos premisas, arrogancia y desamor, la corriente de fluido que

originan se desata, se desborda como un río y llena todos los páramos y los campos, y anega las haciendas y empapa a los corazones. Pero Alfonso de Torres se tenía por un hombre entero. Él había crecido aquí, en este lugar, ésta era su hacienda y éste su mundo.

Aunque la noche no había caído plenamente ya los candilones estaban encendidos. Fernando de Torres y Jennifer Barnes pasaron al salón tomados del brazo, a él le pareció que entraba en un templo milenario y sagrado, de pronto los techos se hicieron más altos, las paredes se convirtieron en columnas, los candilones en fuegos perennes y la musiquilla de la lejana guitarra en órganos centenarios, asimismo la mesa de madera oscura le pareció a Fernando que era el altar a donde iba a llevar a la mujer soñada. Jennifer se sintió un poco incómoda por la misma situación. José de Torres y su esposa Amalia estaban de pie, al otro lado de la mesa. Los dos sonreían. A Amalia le brillaban las pupilas tanto como la luna llena, aunque era difícil saber lo que pensaba esa mujer. Afortunadamente la pequeña América apareció por una de las puertas ataviada con un delantal de Atalaya, que le venía bastante grande, pero que la dotaba de un aire más gracioso todavía. Traía en sus manos el asiduo cuenco del humeante puré de manzana.

—¿Pero todavía no están sentados los señores? Pues el puré está caliente y me quema.

Excepto José de Torres rieron todos y todos ocuparon su lugar.

—No hay ni una noche que no estés más guapa, Jennifer.

—Gracias, Amalia.

—Las noches de luna llena incitan a la belleza y aúnan las pasiones y los ardores... lo leí en un libro señorita Jennifer, no hace tanto tiempo —dijo Alfonso en voz alta.

—No sabía que leías.

—Pues así es, Jennifer. Sí leo. He decidido leer, volver al gustoso hábito

de la lectura.

Fernando miraba a su hermano en silencio. Sentía por él odio o admiración, no lo sabía muy bien, pero desde luego no sentía lo que se dice amor fraternal. Estos hombres estaban contruidos para ser ellos mismos, para dominar avatares y circunstancias. Esa era la idea que José de Torres había transmitido a sus hijos desde que nacieron. Especialmente Alfonso había asimilado esas doctrinas paternas y no sólo por ser el mayor era el más apreciado por su padre, también era el más fuerte, el más respetado.

—¿Y qué te gusta leer, Alfonso? Me has llenado de curiosidad y de sorpresa.

—Pues me gusta leer poesía que escriben los poetas... Los poetas, Jennifer, son gente especial, son capaces de decir por ti lo que sientes... cuando ellos dicen que la luna llena incita a la belleza es cierto, ¿no cree?

—Estamos todos seguros de que es así, hijo —le contestó su madre.

—Completamente seguros, Amalia —le dijo Jennifer.

José de Torres golpeó el canto de su plato con la cuchara. Sonó igual que uno de aquellos campanazos de los peones. América recogió algo disparatada los platos con los restos de puré y se apresuró también para traer el pedazo de vaca con zanahorias.

—¿De dónde has sacado ese libro? —le preguntó Fernando.

Más que preguntarlo lo dijo en voz alta, sin mirar a nadie, sin dirigir la palabra a nadie. Pero lo dijo en voz alta y al fin y al cabo era una pregunta que necesitaba una respuesta.

—¿De qué hablas, hijo?

—Habla de las poesías de los poetas... ¿no es eso, hermano?

Fernando arrugó la servilleta y la tiró a la mesa. En ese momento América le colocaba entre sus brazos el plato con la ración de vaca. Ahora quien guardaba silencio era Jennifer. José de Torres masticaba su bocado y

aunque miraba al interior de la mesa parecía estar ausente, sin que poetas ni poesías pudieran perturbar sus pensamientos.

—¿De dónde lo has sacado, Alfonso?

Fernando de Torres apretó las mandíbulas y levantó cuando pudo su espalda. Miró directamente a su hermano que no dejaba de sonreír, como no dándole importancia a lo que el pequeño quisiera preguntarle, Fernando no quiso quedarse con la respuesta que con seguridad ya sabía. Así que lo volvió a preguntar. Esta vez no en voz alta, esta vez en voz privada, en un tono que todos oyen pero que sólo llega a los oídos de uno.

—¿De dónde, Alfonso, de dónde?

—Fernando... lo encontré por ahí... hermano... lo dejaste en el templete y ahora lo tienes encima de tu cama, hermano, puedes comprobarlo... —Alfonso le señaló con el cuchillo con el que cortaba la carne.

—Hijos... —suplicó Amalia.

Jennifer terminó como pudo un bocado y se apresuró a mediar en aquella disputa de poetas.

—Bueno, es encantador que los dos quieran leer.

—No vuelvas a hacerlo, Jennifer Barnes.

Lo dijo Fernando. En tono solemne. Ahora sí que impresionó de verdad a todos. Ahora sí que cerró el interior de aquella mesa en la que su padre sumergía sus pensamientos. Jennifer abrió sus ojos y no supo qué decir, qué hacer, qué pensar... no sabía lo que ocurría pero lo único que deseaba era terminar con una más de aquellas cenas de puré y carne de vaca, que tanto odiaba.

—No vuelva a meterse en mis asuntos, señorita Barnes.

El menor de los de Torres se levantó. Su padre lo miró a los ojos preguntándole en silencio: ¿A dónde crees que vas?, sólo tienes veintisiete años. Jennifer soltó los cubiertos encima de la mesa y no sabía si

levantarse también, pero la imprevisible América apareció de nuevo, con su delantal grande y su voz aflautada.

—Que manda decir mi tata Atalaya que el niño de la Duarte viene atravesado.

Todos se miraron. Como si nadie entendiera absolutamente nada de lo que decía en ese momento la chiquilla.

—Que manda decir la tata que si la Doctora puede ir a ver a la Duarte, que tiene el carro en la puerta.

Alfonso de Torres se levantó.

—¿Dónde la tienen?

—En la tasajera la tienen, don Alfonso... —respondió América con la fuerza con la que puede responder una niña asustada.

—¡Guacho, vete al galpón y que me ensillen al bronco! ¡Vamos, chúcaro! —le gritó Alfonso al muchacho que encendía los puros de don José y que permanecía allí quieto durante todas las comidas y cenas.

Jennifer también se levantó.

—Voy por mi maletín, si me disculpan...

—Yo la llevaré en el carro, la tasajera no queda lejos —le dijo Fernando.

Amalia se acercó a su marido y se abrazó a uno de sus brazos. José se agarró uno de los extremos del bigote y cuando todos salían dijo como para sí:

—¡Mierda de hijos!

Cuando Jennifer bajaba de nuevo las escaleras desde su habitación, con el maletín en la mano, vio a América al lado de la puerta. Vio sus ojos grandes y brillantes, la vio nerviosa, también se percató de que la chiquilla tenía metida en la boca la cola de una de sus trenzas. Cuando pasó por su lado la chiquilla le rozó la mano. Jennifer entonces la miró y le dijo sin palabras: todo saldrá bien. Somos amigas de secreto.

La tasajera era el lugar donde se guardaba la salazón de vaca. Se componía de varias habitaciones cerradas, repletas de cajas forradas de telas delgadas llamadas fiambreras, para que dejaran pasar el aire y evitaran que la carne terminara podrida. Sea lo que fuere, el olor era insoportable. Desde luego no era el mejor sitio para dar a luz. Cuando llegaron en el carro Fernando y la Doctora, ya estaba allí amarrado el caballo cimarrón de Alfonso. Una candela ardía en la puerta, y dos hombres miraban al fuego ensimismados. Cuando Jennifer pasó a la tasajera y la llevaron al lugar donde yacía la Duarte, se llenó de espanto. ¡Era horrible parir allí! Y la pobre Duarte, enfebrecida, flaca, bonita, pelo largo suelto, labios gordezuelos, la cabeza caída sobre una mano de Atalaya... sólo tenía un año más que América y África, la gemela que guardaba la puerta de la habitación de la tasajera, quien también tenía la punta de la trenza metida en la boca. A Jennifer estuvo a punto de subirle desde el estómago toda la carne de vaca que había cenado. Pero respiró todo lo fuerte que pudo, y se lavó las manos con agua caliente.

—Tiene fiebre, señorita Barnes —le dijo Atalaya a pesar de que le temblaba el labio inferior.

Jennifer dijo que sí con la cabeza y se agachó al lado de la muchacha. Le puso una mano en la frente y comprobó que era cierto lo de la fiebre. La barriga de la Duarte era picuda. No era una barriga redonda y brillante como se le presume a una primeriza. No. Era una horrible barriga picuda, sin duda a consecuencia de la mala posición del niño.

Los gritos de la pobre Duarte llenaron aquel rincón mal iluminado que el destino le había preparado para parir a su hijo. Alfonso miraba en silencio, con la cara apretada, sudoroso, quería hacer algo, ayudar, decir algo, servir de algo. Fernando miraba con los ojos muy abiertos y encendió uno de sus

cigarrillos negros.

—Salgan de aquí.

Los hombres no dijeron nada pero tampoco se movieron.

—Los dos. Ahora.

Jennifer Barnes se levantó y les miró a la cara. Estaba realmente bonita, caprichosamente bonita, con las mangas remangadas, la cara seria y sus cejillas rubias y sus labios. Fernando no sabía qué pensar pero la miraba sin oírla y no quería estar allí, viendo cómo paría la Duarte, pero tampoco se quería ir porque algo le impedía moverse si tenía delante a aquella mujer inglesa.

—Por favor, salgan los dos... tiene que estar tranquila y ustedes la ponen nerviosa... Por favor... si desean ayudar pueden ir preparando más agua caliente.

Alfonso asintió y se dio la vuelta. Fernando le siguió. La Duarte gritaba. Atalaya le pasaba la mano por la frente. Jennifer tocaba aquel vientre hinchado y picudo y con lentitud le separó ella misma las piernas a la muchacha.

—África...

La pequeña se incorporó en seguida. Se acercó a Jennifer y la miró con los ojos muy abiertos.

—Diga lo que mande la Doctora...

—Abre el maletín y saca unas tijeras.

La chiquilla así lo hizo.

—Estas tijeras son bonitas señorita Barnes...

—Toma esas tijeras y mételas en el barreño de agua caliente.

—Son de plata, señorita Barnes, yo sé lo que es la plata...

—¡Haz lo que te diga la Doctora, África! —le respondió Atalaya.

La mujerona también estaba nerviosa. Probablemente habría asistido a

muchos partos pero no podía ocultar su nerviosismo. Agarraba la mano de la joven Duarte y con un paño le secaba el sudor de la frente y la babilla de las comisuras. Había problemas. Jennifer lo sabía. Atalaya lo sabía. Quizá también lo sabía la propia Duarte. El niño no venía bien. Venía de nalgas y algo desencajado. Jennifer y Atalaya se miraron como si quisieran intercambiar conocimientos y, sobre todo, valor. Jennifer se incorporó, se dirigió al barreño de agua caliente y sin pensarlo metió allí su mano y sacó las tijeras. La Duarte la miró, asustada, veía a aquella mujer extranjera con unas tijeras en la mano acercándose a ella, a quien todo le dolía tanto que creía sinceramente que se iba a morir.

—¿Qué me va a hacer, Doctora?

Atalaya le besó en la sudorosa frente. Jennifer la miró con toda la dulzura de que fue capaz.

—Vamos a ayudar a ese pobre niño... quiere nacer y no sabe cómo... así que vamos a ayudarle un poquito... tú tienes que respirar así, así, así...

La pobre muchacha gritó de dolor cuando sintió el corte de las tijeras en su carne. Su grito se oyó desde fuera. Toda la noche que caía a martillazos oyó ese grito de la pobre Duarte. Un niño precioso. Rubianco. Llorón. Fuerte. La Duarte lloraba y reía al mismo tiempo. Atalaya sólo lloraba y agarraba el brazo de Jennifer mientras ésta sostenía al niño por los pies y le daba unos cachetes en las nalgas.

—Bueno, señora Duarte, aquí tiene a su hijo.

—Dios la bendiga, señorita Barnes, dios la bendiga siempre... —Atalaya hablaba y lloraba al mismo tiempo y sostuvo también al crío.

—Gracias a ti, Atalaya, y a la madre... has estado muy valiente, Duarte, deseo felicitarte por eso. Ahora, mientras sostienes a tu hijo, voy a lavarte y a coserte esa herida. Apenas te dolerá.

Mientras Jennifer cosía la carne de la parturienta sintió que ésta y Atalaya miraron a la puerta de aquel cuarto de la tasajera. Ella también lo hizo, y se cruzó con la mirada de Alfonso de Torres.

—Ha sido un niño precioso. Y fuerte.

Alfonso no dijo nada. Miró a Jennifer, escuchó lo que ésta dijo y se dio la vuelta. Incluso se oyó el rebrincar y el galopar de su caballo bronco alejándose a toda prisa de aquel lugar. Jennifer se lavó las manos, miró a África y la pequeña se metió una de las coletas en la boca. Atalaya se acercó a Jennifer Barnes. Tenía los ojos llenos de lágrimas. De esas lágrimas duras que tardan en caer, que son gordas como gemas.

—Gracias, Doctora. Gracias... le estamos muy agradecidas...

—Yo también estoy muy contenta, Atalaya.

Atalaya la miró. Sonrió como pudo e hizo una tentativa de besar una de las manos de Jennifer. Pero Jennifer la retiró y tomó a Atalaya por los hombros.

—No, Atalaya, no debes hacer eso, yo también soy una mujer.

—Gracias, Doctora, gracias...

Jennifer se arregló su falda amarilla y su pelo, recogió su maletín y por último volvió a ver al niño y a la madre.

—Que se tome los calostros.

—Así lo hará, Doctora...

—¿Puedo hacerle una pregunta, Atalaya?

Atalaya abrió mucho los ojos y dijo que sí con la cabeza.

—¿Es usted la abuela de ese niño?

—Señorita Barnes...

No hubo más respuestas. Jennifer sonrió y salió de allí. Fernando la esperaba a pie de carro. Fumando uno de sus cigarritos, debajo de la noche. Se oían todavía las vidalitas de la guitarra. Era una hermosa noche. Y ella

estaba contenta. Feliz. Cuando ya se encontraban subidos al carro se acercó corriendo la pequeña África. Fernando sonrió, levantó una de sus cejas y uno de los bordes de su bigotillo, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un terrón de azúcar.

Volvieron camino de la hacienda lentamente. Salieron por una veredita de la tasajera, cruzaron los maizales, los esqueléticos frutales y tomaron el camino de la izquierda, el que llegaba al templete. Sin bajar del carro contemplaron en silencio la inmensa luna llena. El rumor del Uruguay llegaba a ellos. Jennifer pensaba en el niño que acababa de nacer y en su pobre madre, era un pensamiento lleno, sí, de melancolía, pero también de satisfacción. Fernando de Torres pensaba en Jennifer. Miraba en dirección al río pero cada uno de los otros sentidos estaban atentos a ella. La olía, sentía su respiración, casi le tocaba el brazo. Quería hablar, decir algo como un hombre, pero al mismo tiempo quería estar callado, en silencio como la luna, alargando aquel hechizo que sentía, aquel fluido que emanaba de su interior, y que lo embriagaba como nunca antes lo estuvo.

—Fernando...

—¿Qué, Jennifer?

Presintió que Jennifer le iba a decir las palabras de su vida, las palabras más importantes que sus oídos podrían oír nunca. Sabía que le iba a decir que lo amaba, que lo quería, que se quería convertir en su esposa, estar con él para siempre y sentirse amada por él... sí, eso iba a decirle Jennifer Barnes a Fernando de Torres, eso deseaba el corazón de Fernando de Torres que dijeran los labios de Jennifer Barnes.

—¿Quién es el padre de esa criatura?

Jennifer nunca supo realmente si Fernando oyó aquella pregunta que le hizo. Ella pensó que su pregunta iba a sonar como un disparo en los oídos de Fernando, pero él ni se inmutó, continuó así, con la cara como dormida y los oídos entontecidos en el rumor del río, a medias sonriendo como un seductor sin experiencia, y a medias como un hombre que se encontraba solo delante de aquel horizonte. Ella le miró con ternura, con una de esas texturas indefinibles del cariño, es más: le puso una mano sobre el hombro. Fernando sintió entonces un cosquilleo, pequeños navajazos, agujijones de sabe Dios qué; aturdido metió la mano en su bolsillo y sacó uno de sus cigarrillos. No quería parecer como un jovenzuelo imberbe que no aguanta el aguardiente, ni sabe hablarle a las mujeres. Él leía poesía, él sabía leer y además leía, no como Alfonso, él sí estaba a la altura de una señorita de Europa, de la mismísima Inglaterra. Él podría nombrarle cada una de esas plantas y cada uno de los riachuelos, como ese de enfrente, que fluyen al Uruguay. Él tenía veintisiete años, ella algunos más, pero no importaba, en ese lugar del mundo eso no importaba, no había muchas mujeres como Jennifer Barnes, un hombre como él difícilmente encontraría en estos páramos a la mujer de su vida, así que la mujer de su vida se había llegado a él, pasaba por delante de sus narices, y no iba a permitir que la ocasión se la llevara, como a todo se llevaban, mujeres, vida e ilusiones, estos horizontes. No había oído nada, ni había querido oír nada, él quería estar allí, con ella, con Jennifer, aun

permaneciendo callado, aunque fuera sin oír, pero con ella.

—Hábleme de Inglaterra.

Jennifer no le miró. Suspiró al aire y apartó su mano del hombro de Fernando.

—¿Inglaterra?

—Sí. Hábleme de usted... de ti.

—Estuve casada. ¿Es lo que querías saber?

—No... no... —balbuceó Fernando, a pesar de que sí era *eso* lo que quería saber—. Me gustaría que me hablara de sus cosas. Qué hacía en Inglaterra, cuáles eran sus aficiones, sus libros... su hacienda...

—Londres es una ciudad demasiado grande, pero no hay haciendas como esta.

—Yo estuve una vez en Paysandú...

—Es más grande que Paysandú, Fernando, mucho más grande. Las calles son largas, muy largas, llenas de farolas y de coches, y de gente, siempre hay gente caminando de un lado para otro, y hay ruido, y un río. También hay un río. El Támesis.

—El Támesis... —repitió Fernando mientras miraba a sus ojos azules. Lo repitió de una manera lenta, lentísima, sin saber por qué se detuvo en cada una de aquellas sílabas y mientras las pronunciaba acercaba, sin duda que sin darse cuenta, sus labios a los de Jennifer.

El aire venía cargado del olor narcotizante de los ceibos, el río arrojaba el rumor de su propio cauce, de sus propias orillas, y lo llevaba allí, al carro donde ellos estaban sentados, abajo de la luna llena. Si uno se concentraba, todavía podía oír las vidalitas de la guitarra, el verano había extendido toda su magia en aquel preciso momento, Fernando sintió que su columna vertebral surtía hielo molido al interior de su cabeza, ella hablaba de Londres, en voz baja y con su peculiar acento, suspendida en el aire como un ángel, él

estaba allí, y con él sus labios, y en la superficie de sus labios el deseo mejor guardado de su vida: un beso a la mujer de sus sueños, un beso con el que dotar de sentido a su existencia absurda. Es difícil saber qué habría ocurrido si los labios de Fernando se hubieran acercado aún más a los de Jennifer. Es tan difícil que nunca se sabrá.

Apenas los separaban unos centímetros, la noche gritaba por aquel beso que no llegaba a darse, los árboles, el aroma de los ceibos, el templete, aquel minuto de aquella hora, todo, todo estaba como confabulado para que los labios se unieran, y respondieran juntos a lo que estaba sucediendo.

Pero dentro de la cabeza de Jennifer Barnes no estaban los labios de Fernando de Torres. Había tenido un día agitado, lleno de cosas, de ventanas abiertas y de un nacimiento, gracias a Dios bien parido. Estaba contenta, pero contenta de una manera que la empujaba a estar recogida en sí misma, Fernando le había preguntado por Londres, y ella, más que responder, se había sumergido en su propio pasado, en su hacienda del presente y en su vida. Mantenía los ojos abiertos, pero las pupilas no miraban en dirección al río, no miraban a ninguna parte, si acaso miraban adentro, al salón recóndito donde ella guardaba sus cosas. No supo que Fernando quería besarla, por lo menos en aquel instante, no advirtió los pensamientos de aquel hombre que leía poesía, ella estaba lejos de allí, lejos de todos los sitios de este mundo excepto de su propio interior.

Como si de un espectro se tratase apareció allí delante. Encima del cimarrón, sonriente, con la camisa un poco desabrochada y una mancha roja en un costado. Estaba herido y era bastante visible.

—Buenas la tengan ustedes, parejita...

Su tono era de reproche, de desilusión, de miseria, de valor, de incontinencia y de furia. Ellos dieron casi un brinco cuando Alfonso saludó.

No lo esperaban. Nadie esperaba que Alfonso de Torres apareciese allí delante, en el templete, y además herido en un costado.

—¡Alfonso! —gritó Jennifer cuando le vio y se percató de la mancha de la herida.

—Alfonso de Torres para servirla, Doctora...

—Estás herido...

—Es poca cosa, Doctora... Cosa de hombres... y de las pulperías.

Ella dio un salto del carro y se acercó. Fernando no dijo ni una palabra, miró a su hermano mientras su hermano lo miraba a él. Sí que era cosa de hombres, y si hacía falta ponerlo en claro pues había que ponerlo en claro. Fernando bajó del carro.

—¿Y tú qué, guachito? —le preguntó Alfonso con violenta sorna.

—No me llames guachito, miserable.

Alfonso se apeó del caballo, Jennifer se interpuso entre los dos hombres. No entendía qué ocurría, pero sí entendía que su deber era separarlos. Algo había pasado. Esa misma noche. Su corazón lo delataba.

—Siempre detrás de las mujeres. Si no es con la vieja, ahora es con la Doctora, hermanito.

Fernando escupió al suelo.

—Algún día también yo me liaré la manta al brazo, Alfonso...

—¿Tú? Cualquier chúcaro te voltea como a un avestruz.

Jennifer se interesaba por la herida de Alfonso. Pero él le apartó el brazo de un golpe. Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—Estas heridas puedo curarlas yo, Doctora. Peores han de dármelas.

Alfonso chascó la lengua imitando el cloqueo del chajá en celo, y subió de nuevo a su caballo. Después, en silencio, movió un solo hombro y la montura se lo llevó de allí, tal como vino, camino de los maizales.

Amalia Lorenzo, que así se llamaba la madre de Fernando, estaba en la puerta de la hacienda. Miraba cómo se acercaba el carro con su hijo y Jennifer. Ella quería especialmente a Fernando. Su hijo pequeño. Alfonso era Alfonso, era más al estilo del padre, más curtido, más baqueteado. Pero Fernando, su Fernando, era delicado, era bueno, guapo y cariñoso. Siempre lo había sido. Ella misma le enseñó a leer, de ella obtuvo Fernando sus primeros libros. Pero aquí, en estos páramos con sus horizontes, no había nada más. Era evidente que el destino fue quien quiso cruzar a aquella mujer en sus vidas. Jennifer Barnes era un poco mayor pero era bonita, y parecía dispuesta; hacía más de un mes que vivía aquí, en El Tiempo, con ellos, como una más de la familia, como una invitada perpetua que, en silencio, se sentía la propietaria de la mitad de esta estancia. Todos lo sabían, pero a pesar de las tierras y del futuro, Amalia Lorenzo creía firmemente que Fernando y Jennifer no sólo hacían una buena pareja: hacían la mejor.

El chiquillo que encendía los puros de don José se hizo cargo del carro cuando ellos bajaron. Amalia se quedó mirándolos a los dos juntos, muy juntos, al pie de las escaleras, a un paso de los heliotropos. Les sonrió.

—¿Ha ido todo bien, hijos míos? Ya mandaron a África a contarlo, pero, ¿ha ido todo bien, de verdad?

Ellos subieron, Jennifer sonrió y asintió. Fernando también le sonrió a su madre.

—Sí, madre, todo ha ido perfectamente.

En el salón estaba José de Torres, sosteniendo una copa en la mano, de pie, mirando por el ventanal en dirección al río. Cuando ellos pasaron el patriarca se dio la vuelta y les miró unos segundos.

—¿Ya regresaron?

—Buenas noches —dijo Jennifer.

—Buenas la tengan, muchachos... —dijo José de Torres, mientras se

acercó a una vitrina y sacó dos copas. Se dirigió a la mesa y las llenó de coñac—. Me informaron que tenemos un nuevo peón... Que ha ido todo bien, la felicito doctora Barnes, ha sido su primer trabajo serio en América, digno de su padre... Brindemos por ello.

Fernando y Jennifer tomaron una copa cada uno. La alzaron y dieron un sorbo. El brindis quedaba sellado. Ella se acercó a la ventana, y también miró en dirección al río. Después dio un nuevo sorbo.

—Gracias, señor de Torres, es muy amable... Sí, tienen ustedes un nuevo peón.

—El maíz ya está gordo, Jennifer. Habrá que cortarlo. Las vacas necesitan comer. Nosotros necesitamos comer a esas vacas... ¿lo entiende, verdad? ¿Le gusta esta hacienda, Jennifer?

José de Torres giró sobre sí mismo. Levantó los brazos y señaló al techo del salón, como si quisiera abarcar con aquella actitud toda la estancia entera.

—Hace cuarenta años este lugar era un pedregal, una charruada. A la tierra se la llevaba el viento pampero, a las escuálidas vacas se las comían los leones, esos chúcaros malvivían o vagaban sin concierto... su padre se lo habrá contado.

Jennifer levantó la cabeza cuanto pudo. Cada vez que su padre era nombrado guardaba ese tipo de silencio que reclama respeto.

—Mi padre me contó muchas cosas, señor de Torres. Me contó que la mitad de esta estancia me pertenece.

Mientras Jennifer hablaba, José de Torres asentía, como diciendo, ya lo sé, Jennifer, ya lo sé... Fernando fue a colocar su copa encima de la mesa y, al hacerlo, la copa se derramó. José de Torres señaló a su hijo y miró a Jennifer al mismo tiempo.

—Eso no tiene ninguna importancia, señor de Torres —contestó Jennifer.

—Sí que la tiene, Jennifer. Sí que la tiene...

—Mi padre quiere decirle que soy un torpe señorita Jennifer, ¿no es eso, padre?

Fernando lo dijo sin gritar, en tono suave, como dando por hecho que lo que decía era la realidad. José de Torres se acercó a su hijo y le colocó una de sus manos en el hombro.

—Pero eres mi hijo, Fernando, eres mi hijo... Por cierto, señorita Jennifer, encima de la cama tiene un recado.

Jennifer abrió mucho los ojos, y le cambió el semblante como si alguien hubiera arrojado sobre su cara algún mágico velo. Inmediatamente pasó por su cabeza: los documentos, el contrato que le había sido escamoteado el día de su llegada.

—Esperaba ese recado, señor de Torres.

José de Torres meneó la mano en el aire, y dio un nuevo sorbo a su copa.

—No, Jennifer, no me malinterprete. Lo han traído de Montevideo, fíjese. Es un correo, una carta desde Inglaterra, es la primera carta que llega a esta hacienda. Un original sistema, sí señor. La tiene encima de su cama, le he mandado decir a la gemela que se la dejara allí.

El corazón de Jennifer dio un vuelco. ¡Una carta! Desde Inglaterra. Su Inglaterra, con total seguridad de Londres. Sintió ganas de dejar allí a los dos y subir corriendo las escaleras hasta su habitación, pero al mismo tiempo algo se le clavaba en el pecho: quién iba a escribirle a ella a la República Oriental del Uruguay, quién podía haber dado con ella en un lugar tan remoto... Sintió calor y frío, sintió que un cometa, arrastrando su cola de polvo helado, cruzaba su frente cabeza adentro. Fernando la miró. A él también le corrió calor y frío por el cuerpo al mismo tiempo. Un resorte interno lo puso en guardia, así que se acercó a Jennifer con la botella de coñac en la mano y pretendió rellenarle la copa.

—Gracias, Fernando. Creo que lo voy a necesitar.

—Por cierto, señorita Barnes, lo único que puedo adelantarle de su misiva es que la envía un tal señor Barnes...

Jennifer fue a dar un sorbo a su copa y descubrió que se estaba mordiendo los labios. ¡Dios! La carta desde Inglaterra la enviaba un tal señor Barnes. Era lo último que podía imaginar, lo último que podía ocurrir. Tal vez tuviera que dar explicaciones. Aquellas palabras de Torres en el salón sonaron mayestáticas, fueron disparadas como balas de cañón directamente a los oídos de Jennifer. Él, José de Torres, lo sabía. Pero aquel momento, intenso como una tormenta, tuvo su trueno y su relámpago. Amalia entró en el salón, todos la miraron, ella se entrelazó las manos encima del pecho, en un acto involuntario.

—Alfonso ha revuelto a la tasajera, que lo han mandado a decir. Dios mío, que la luna está muy mala esta noche...

Fernando fue hacia su madre y la tranquilizó.

—Han montado una pulpería, madre, los del Atrevido, ya sabes, nació el guachito y lo van a celebrar. No debes preocuparte.

José de Torres se atusó uno de los extremos de su bigote.

—Si quieres, voy a que la cierren de inmediato... —dijo Fernando.

—Quieto ahí, chúcaro... —le gritó su padre—. Que hoy es como domingo. Amalia Lorenzo se echó las manos a la cara. Y sollozó.

—Que me lo tienen herido, que lo han mandado a decir...

Fernando miró a los ojos de su padre. Su padre quería una respuesta, quería saber qué pasaba, y de dónde la herida.

—Que lo tocaron, padre. Ya sabes cómo es Alfonso, se lía la manta con cualquiera.

—Chambón... —dijo José de Torres para sí.

Amalia también miraba a los ojos de su marido. Necesitaba que alguien hiciera algo. La luna llena de esta noche a ella le parecía mala, lo acababa de

decir. Su hijo Alfonso volvía a estar herido. Dios, qué podía suceder.

—Iré a buscarlo, madre...

El chiquillo que encendía los puros de don José le encendió uno y salió corriendo a la puerta, y se pudo oír su voz:

—Que le ensillen un bronquito a don Fernando.

Jennifer, que no sabía qué decir, miraba a todos y a nadie. Ni siquiera acertaba a comprender si realmente quería saber lo que ocurría. Su cabeza estaba en aquella carta posada sobre su cama. La carta firmada por un tal señor Barnes. Que no era otro que su marido.

—Si me disculpan subiré a mi habitación. Y si me necesitan allí estaré.
Todos la miraron.

Cuando Jennifer entró en su habitación cerró la puerta a sus espaldas. Se quedó allí de pie. Vio la carta encima de la cama, y de inmediato su mirada se escapó por la ventana abierta en dirección a la noche. No quería tocar aquella misiva, era como si no le perteneciera, ella había venido aquí, a este lugar, y nada ni nadie iba a interferir en la decisión más importante de su vida. Así que segundos más tarde se sentó en el borde de la cama y tomó aquella carta entre sus manos. Era un sobre grande, blanco amarillento, con quince sellos del gobierno británico, que representaban la efigie de su graciosa majestad, la reina de Inglaterra. Lo primero que hizo fue curiosear esos sellos. Eran quince estampitas negras de *one penny*, después miró la caligrafía de su propio nombre, para cerciorarse de que era ella: Ms Jennifer Barnes, República Oriental del Uruguay, Provincia de Salto, Hacienda El Tiempo. Y en uno de los ángulos del sobre estaba escrito el nombre de la persona que la había enviado: Mr W. Barnes, London. Nada más. Se desató el rodete de pelo rubio y se desabrochó el primer botón de su camisa. Sólo después abrió

aquella carta y la leyó.

"Querida y amada esposa, te sorprenderá que un papel escrito por mi puño llegue a tus manos (confío en el Servicio de Correos de ese nuevo País, Libre y Americano). Por azar encontré la dirección a la que podía escribirte, entre las cosas de tu recordado padre el Doctor Barnes. No hace mucho tiempo que te has marchado, pero en ese tiempo las cosas han cambiado. Imagínate, querida, que todo Londres hubiera cambiado de repente. No he tenido más remedio, aun faltando a mi consideración, que vender la hacienda de tu Padre, y que tanto nos pertenece también a nosotros. Algunas deudas y otros gastos me han obligado a hacerlo. Lo pongo en tu conocimiento, y quiero que esa suma, que es cercana a las Dos Mil Guineas, sean repartidas a partes iguales como convinimos. La tienes depositada en el Banco Central De Londres, nominada a tu nombre. Recuerda que todavía eres mi esposa, que lo serás siempre. Tu Libertad no es completa. Will".

Y nada más. Quince pennys para nada más. Para unas líneas que lo único que le decían era que en Londres no había nada para ella y que ni siquiera su libertad era completa aquí. Cerró los ojos un momento y recordó otra vez el gran error de su vida: haberse casado con William Barnes, su primo Will. El borracho, tramposo, maleducado, pendenciero, mujeriego William Barnes. El hipócrita que la había hecho más infeliz en su vida, la sombra de la que no quería saber nada, el hombre con el que se casó para no herir a su padre, el hombre que jamás consumó su matrimonio porque la noche de bodas le fue infiel. El hombre que se había encargado de destrozarse su vida, y que tal vez la había empujado aquí. Pero lo más incómodo de la carta no era su contenido, no era que William Barnes hubiese vendido la hacienda de Londres, no, lo más incómodo era su nombre escrito en el exterior del sobre, en el remite: Mr

Barnes. London. Eso era lo importante, seguramente eso era lo que su primo Will había querido decir con aquella estúpida carta de quince *pennys*. El hecho de que se sintiera sola en aquel lugar la hacía más fuerte. Sólo tenía treinta y un años, una vida por delante, ancha y larga, cargada de sorpresas y, por qué no pensar en ella, de felicidad. Cuando aquel barco se la llevó del puerto de Londres nadie la despidió, ni siquiera la propia Londres. El buque la alejó de allí y ella presentía que lo hizo para siempre.

Una pulpería se construye con unos maderos cruzados, si se tienen, unas telas y un mostrador. Lo importante es que ese mostrador esté bien repleto de aguardiente de caña, y que en los alrededores trabajen hombres con sed, con calor y con olor a vacas. Donde hay pulpería, hombres y olor a vaca, hay candela. Donde hay candela se canta y se baila porque llegan las mujeres, también con calor y olor a vacas. Continuando esta secuencia casi matemática, donde hay candela, hombres, mujeres, olor a vacas y aguardiente de caña, hay pelea. Es parte del rito, de la historia del hombre y de la historia de los páramos. Dos hombres tocaban viejas guitarras, ahora cantaba uno la vidalita, ahora el otro. Era una especie de pulso, de trovadero, y nadie, mientras cantaban, sorbía de su bombilla de mate. Eso sí, pequeñas garrafas de aguardiente pasaban de mano en mano, debajo de la luna, ya vencida hacia el oeste, y también pulsaban canciones de amor y miserias, de leones que devoraban corazones de muchachas inquietas, de hombres que liaban las mantas rayadas en sus antebrazos y acariciaban los cachetes de los cuchillos.

No obstante, era una noche feliz, se festejaba el nacimiento del guachito de la Duarte, una noche feliz y larga, el calor sofocante y la candela en el medio estaban llenos de sures y de atrevidos chispazos, que se perdían noche arriba en fugaces devaneos, como las miradas. La candela no hacía falta para calentarse, hacía falta porque era candela. Alfonso de Torres estaba sentado en uno de los centros. La gente se reunía en torno a otra gente, aquí la gente de don Alfonso, acompañando palmas y atributos a su trovero, enfrente la gente que había llegado de la tasajera de El Olivito, una estancia

cercana. A pesar de que tenía la herida abierta, Alfonso disfrutaba. Sudaba copiosamente, pero reía y cantaba como todos. El Atrevido, que era gente de confianza de don Alfonso, se acercó a él y casi al oído le dijo:

—Que me apuntan del sendero que se acerca don Fernando en un bronquito.

Alfonso dio un trago a la garrafa de aguardiente, después se limpió los labios con la camisa y miró al Atrevido.

—¿Con un bronquito?

Soltó una risotada. Se levantó, se acercó a la candela y escupió sobre ella. Era un hombre hermoso. No resultaba bajo, más bien alto, corpulento pero no exagerado, con entradas visibles en su frente, pero de facciones duras, un hombre de aquí por muy de Torres que fuera. Se le respetaba pero también se le quería. Cuando se acercó Fernando, él mismo le saludó en nombre de todos, y al instante exigió una garrafita para su hermano.

—Gracias, hermano, por venir a brindar con nosotros, a la salud del peoncito...

Fernando bajó de su caballo y tomó la garrafa de la mano de Alfonso. Se limpió los labios antes de beber, pero dio un trago largo. Después miró en torno.

—Por el peoncito —les dijo a todos.

Alfonso soltó otra de sus habituales risotadas, era evidente que estaba cuanto menos alegre, se abrazó a su hermano y le besó en la mejilla. Fernando aprovechó aquella actitud para hablarle.

—El viejo te está esperando.

Le cogió por los hombros. Le brillaban los ojos, pero ahora no había ni maldad, ni resentimiento en aquellos ojos, no bullía más que aguardiente de caña, y tal vez melancolía, la melancolía de los hombres de por aquí. Mientras ellos se miraban, alguien rasgaba su guitarra y le cantaba a la propia

noche.

*El fuego de la candela
me recuerda tu cabello,
porque tiene igual destello
que el ojo de un centinela,
que en tus hombros de canela
yo levanto mi baluarte
pa que naide pueda encelarte
como yegua por la estancia,
la leche ya no se enrancia
en los pechos de la Duarte...*

*Soy guacho, no quiero amigo,
déjame dormir contigo,
vidalita, vidalita...*

Alfonso también le contestó al oído.

—Deja al viejo tranquilo, chúcaro...

Fernando hizo ademán de apartarse de su hermano, no le había gustado aquella expresión, ni él quería estar allí ni le apetecía rebrindar por nadie, pero Alfonso no le soltó los hombros e intentó tranquilizarle.

—Quieto, hermano, no te envalentones delante de estos chambones... Soy tu hermano, y te pido que bebas conmigo...

*déjame dormir contigo,
vidalita, vidalita...*

Aquella cancioncilla, atrevida y dulce vidalita, la había oído Fernando mil veces. Siempre era el mismo soniquete, cambiaban la letra de manera y

forma improvisada, pero siempre rimaban, y siempre el mismo soniquete, el mismo aire incierto de languidez y de candela, de soledad y de caballos. Alfonso no dejaba de mirar a los ojos de su hermano, tampoco le quitaba las manos de los hombros, cosa que le incomodaba. Además, tarareó con su voz olorosa de aguardiente el estribillo de la vidalita. Fernando accedió a sentarse en el centro, entonces le pasaron la garrafa y dio de nuevo un largo trago.

—Vaya por el peoncito.

Alfonso también dio un trago a la garrafa.

—Vaya.

En ese momento aparecieron con la Duarte, lo que desató a medias algarabía a medias complacencia. Dos mujeronas la traían sentada en una silla baja. La habían arreglado, le habían lavado la cara y la vistieron con un traje blanco que ya estaba un poco viejo. Era increíble, pero parecía que aquella chiquilla que acababa de parir fuera a estar compuesta para una de las mejores fiestas de su vida. Sonreía a todo el mundo, abría su boca y dejaba ver sus blanquísimos dientes, su piel era menos tostada que nunca, y detrás de la candela se le veían brillar los ojos como otros dos tizones separados del fuego y clavados en sus cuencas, y allí, en la oscuridad de la puerta de la tasajera, que quedaba a unos metros de la pulpería, se veía la silueta de Atalaya sosteniendo al recién nacido. El Atrevido se arrastró hacia Alfonso y le dijo abriendo sus permanentes ojos medio cerrados:

—Que dicen los de la Duarte que qué nombre le ponen al guachito.

Alfonso miró al Atrevido y después a su hermano y se encogió de hombros.

—¿Yo?

Se dio una nueva risotada. Las vidalitas cesaron en aquel momento. La candela crepitó entonces de forma furiosa y llenó aquel silencio. Se puede decir que todas las miradas se clavaron encima de don Alfonso de Torres.

Pero él era un hombre valiente. Sonrió a todo el mundo y se levantó.

—Señores, les voy a dar un honor que no esperaban: mi hermano don Fernando de Torres le pondrá nombre al niño que ha nacido, al niño de la Duarte...

Fernando no pudo hacer más que callar y mirar aquel fuego absorbente. Dos hombres guitarrearón con la intención de dar entrada musical al niño que iba a ser llamado por primera vez. Pero él respiró por la nariz todo lo intensamente que pudo. Se levantó, se dirigió a su caballo bronco y se acomodó en el recado. Sabía que todos lo miraban, sabía que su hermano y la Duarte lo miraban, y que Atalaya lo miraba. La noche entera lo miraba. Pero él le dio la vuelta al caballo. Y cuando estuvo de espaldas a todos gritó al cielo.

—¡Byron!

Después espoleó al animal, dirección a los maizales. No podía precisar si era real o no pero Fernando sentía que llegaban a sus oídos, mientras trotaba con el bronco, las risotadas de su hermano, las vidalitas y el nombre del niño repetido cien veces por cien bocas distintas. Sentía que el penetrante aguardiente de caña, como si fuera la niebla de los pantanos de El Hervidero, iba llenando el interior de su cabeza. Se bajó del caballo y se subió al templete. Apoyó sus manos en la pequeña balaustrada y entonces Fernando de Torres lloró.

Jennifer Barnes se levantó muy temprano aquella mañana. Cuando entró al salón para desayunar ya estaban allí don José y Amalia. América seguía de sustituta de la mujerona Atalaya, y la chiquilla le guiñó un ojo a hurtadillas de los señores antes de servirle el café. Jennifer tomó la taza y dio un sorbo, después miró a los de Torres en silencio.

—Hoy se ha levantado temprano, señorita Jennifer —le dijo José de

Torres apenas sin mirarla.

—Tengo que hablar con usted.

—Así que tiene que hablar conmigo...

Amalia Lorenzo la miró y le sonrió como de costumbre, incluso estaba a punto de decir lo precioso que iba a ser el día, a pesar de que tenía la melancolía y la flema de su Alfonso metida en la cabeza. Pero José de Torres encendió él mismo uno de sus puros, inhaló una larga bocanada de humo y luego la expelió sobre la punta del cigarro.

—¿Y qué tiene que hablarme, señorita Jennifer?

—Necesito ir a Montevideo.

—Al Plata... Es hermoso el Plata... A su padre siempre le gustó el Plata... Pero eso queda lejos. ¿No cree?

—De eso quería hablarle, José.

José de Torres volvió a inhalar una calada de su puro, después levantó las cejas al techo del salón en clara disposición de escuchar lo que quería decir esa mujer.

—Deseo comprar algo de ropa y mandar unas cartas a Inglaterra. Como supongo que aquí no encontraré el lugar adecuado, no tendré más remedio que desplazarme a la capital. Sé que es lejos y ahí necesito su consejo. Usted puede ayudarme, decirme cómo puedo llegar...

—Bueno, usted llegó aquí por los mejores caminos, la fueron a buscar peones de confianza.

—Sí... pero tardamos mucho, y yo necesito enviar esas cartas cuanto antes, es importante créame.

—Yo la llevaré a Montevideo.

Lo dijo Fernando mientras cruzaba la puerta del salón. A Jennifer Barnes, sin saber por qué, se le erizó el vello de los antebrazos.

—Es muy amable por tu parte, Fernando... —le dijo sin mirarle.

—Por supuesto si no es una incomodidad.

—No lo es...

—Hijo mío —le dijo su padre soplando el humo del puro—, quiero que oigas una cosa, y quiero que la oigas delante de tu madre y delante de la señorita Barnes: esta mujer es nuestra invitada, es más, es como de la familia, no queremos que nada malo le suceda, el Plata anda lejos, y hay varias noches... En tus manos pongo el recado. Si te ves capacitado para hacer el viaje, y si tienes el consentimiento de la señorita Barnes, puedes hacerlo. Pero hazlo bien o no lo hagas.

Fernando de Torres sintió la lanza del guerrero en su mano, quiso aullar como un chacal paramero lo hace al horizonte, se sintió más grande y poderoso que nunca, de sus ojos no podían salir ni las miradas de tan apretados que los tenía. Él se encontraba preparado, por eso lo había dicho. Él quería, deseaba con toda su alma obtener esa recompensa que el azar había puesto esa mañana en las palmas de sus manos. Lo había oído y había decidido que era él quien iría, y su propio padre lo había oído, y lo había permitido, era un hombre y ahora iba a demostrarlo más que nunca.

—Estoy preparado, padre, por eso lo he dicho.

—Bien, Fernando, bien, ya sólo te falta el consentimiento de la señorita Barnes...

Amalia Lorenzo cruzó una mano con otra y sonrió reposeída por Dios, miró al techo del salón y vio seguramente la más diáfana de todas las luces allí suspendidas. Jennifer se levantó, todavía sostenía en su mano el platillo y la taza de café. Los miró a todos, uno por uno, después de un leve parpadeo dio un nuevo sorbo.

—Está bien, Fernando, no haré ese viaje a Montevideo con nadie mejor que contigo. Eres muy amable. ¿Podremos salir mañana?

—A la madrugada, señorita Jennifer, ocuparé el día en prepararlo todo.

Asintió. Dejó su café en la mesa y sin decir nada más salió del salón.

Para tratarse de una mañana de verano, aunque era muy temprano, ya se podía adivinar que el día iba a estar nublado. Jennifer no había podido dormir, es más: se sintió espiada, se sintió espiada de una manera muy intranquilizante, incluso se incorporó de su cama y miró por la ventana y creyó ver una sombra que se movía, tal vez un hombre, tal vez un jinete en su caballo, no sabía, las noches son propicias para confundir a los deseos y a los ojos agotados y ella ni sabía ni quería saber.

Viajar hasta Montevideo se le antojaba una aventura tan larga como su viaje desde Inglaterra. Y, aunque no había previsto que le acompañase Fernando, lo daba por bueno, siempre iría más segura. Sin embargo, sentía malestar por esa circunstancia. Sabía que tendría que luchar contra Fernando, contra sus miradas, contra sus palabras y tal vez contra su presencia. Pero así eran las cosas. Acompañada de la chiquilla América bajó su maletín y un pequeño bagaje. Traía el pelo recogido en un rodete y llevaba ropa cómoda. Sonó la campana de la tasajera, eran las siete de la mañana. Jennifer Barnes pasó al salón y allí estaban todos. Incluido Alfonso.

—Buenos días a todos.

Y todos la saludaron. Fernando estaba radiante, aunque serio. Quería permanecer allí el mínimo tiempo posible, deseaba que Jennifer tomara su desayuno instantáneamente para poder partir. Contando que la presencia de su hermano le incomodaba bastante.

—Así que a Montevideo... Ha sido una sorpresa, Jennifer, tengo entendido que irá bien acompañada... aunque el día está pajarero —dijo Alfonso sin aparente tono de reproche.

—No te preocupes. Pronto estaremos de vuelta. Además, estoy convencida de que iré bien segura acompañada de tu hermano, que

gentilmente se ha ofrecido.

—Así que el pequeño Fernando se ha ofrecido a acompañar a la damisela inglesa, a nuestra *Lady*, hasta la hermosa bahía del Plata... todo un detalle, *Milord*.

Fernando miró a su hermano. Pero no quería decir nada. Lo que deseaba era salir de allí cuanto antes, así que se acercó a su madre y la besó en la mejilla, era como significar que ése era el principio de la partida.

—¿Y para cuánto tiempo, Fernando? —le preguntó su padre mientras oteaba el cielo por la ventana.

—Menos de un mes, padre.

—Abrígate la cintura, hijo, hay mucho revolucionario chúcaro por ahí... casi todos los días llega aquí el olor a pólvora de los horizontes.

—Voy abrigado, padre.

Fernando descubrió un lateral de su chaquetilla y allí tenía un bulto de pistola. Llevaba un arma en su costado, como quería su padre. Jennifer también lo vio, pero no dijo nada, después de todo tal vez fuera útil llevar una pistola en un camino tan largo.

—Iremos en el carro hasta Paysandú... después...

—Después pasaréis allí la noche, ¿no es cierto, chúcaro?, conozco un lugar donde se duerme bien, cerca del río... hum...

Fernando hubiera matado a su hermano con la mirada de haber poseído en ese instante la cabeza de una gorgona.

—Hijo... —dijo Amalia Lorenzo con un tono de madre afable que se pone en medio de dos hijos—, hijo... y tú, mi Jennifer, tened mucho cuidado... no estaré tranquila hasta que volváis... ¿es tan necesaria esta partida?

Amalia Lorenzo lo preguntaba con ese tono porque ése era el tono que había que emplear, pero en su corazón había un tono, un eco, distinto. Sus hijos eran mayores, ya tenían edades más que casaderas, y, ciertamente, por

aquí no había muchas posibilidades de encontrar una esposa aceptable. Jennifer le parecía una mujer completa, inteligente, buena y limpia, y bonita, además no había que olvidar que era la poseedora de la mitad de esta estancia. Y hacían tan buena pareja, que Amalia Lorenzo deseaba con toda su fuerza que Jennifer y su hijo llegasen a un noviazgo formal y serio. Pero también estaba el otro hijo, Alfonso, y ella no olvidaba que le dijo una mañana que se casaría con Jennifer, cuando casi ni la había visto. Sí, era complicado para una mujer como ella, pero las cosas llegaban así y así había que resolverlas, la mañana estaba realmente pajarera, algo nublada, pero era una hermosa mañana, estaba segura, había rezado a Dios con todas sus fuerzas e incluso había acariciado, sin saber bien por qué, los documentos que ella misma robó de la habitación de Jennifer Barnes.

—Recibirá noticias nuestras, Amalia, yo me encargaré de enviar un mensaje anunciándole que nos encontramos bien —le contestó Jennifer acercándose a ella, tomándole las manos y besándola en la mejilla.

Después salieron todos a la puerta. Allí delante estaba el carro y dos hombres a caballo que les acompañarían hasta Paysandú, al sur, camino de Montevideo. Jennifer Barnes sonrió a todos, a la mañana, a los caballos, al mundo entero. Sacó de su bolso un pañuelo de seda amarilla y se lo anudó al cuello. Una leve brisilla del río llegó entonces y revoloteó aquel pañuelo en torno a su cuello. Alfonso la miraba como ensimismado. Aquella escena del pañuelo le revolvió el estómago y probablemente el corazón. ¡Era él quien tenía que haber acompañado a Jennifer Barnes hasta Montevideo! Entonces se llevó una mano a su cintura y comprendió que volvía a sangrarle la herida.

Con una lentitud pasmosa el carro los fue alejando de la estancia. Ella iba tranquila, miraba a un lado y a otro, veía los frutales, los maizales, las fachadas de las cuadras y de la tasajera. Los días nublados le recordaban a su

Londres, era inevitable, los horizontes se sucedían espléndidos, y tomaron un camino pedregoso y amarillo hacia la frontera con el departamento de Paysandú. Fernando llevaba las riendas del coche, un carro ligero con un tiro de dos caballos, delante de ellos dos peones de confianza, montados en unos bronquitos les abrían el camino. Le colgaba de los labios un cigarrillo encendido y murmuraba, muy metido en sí mismo, una cancioncilla, o eso le pareció a Jennifer.

—En un par de horas cruzaremos por el Daymán. Si lo necesitas nos detendremos un momento.

Miró a Fernando y le sonrió. Le tomó de un brazo. Sabía lo que hacía. Iban a estar cerca de un mes juntos, y ella no quería poner distancias ridículas entre los dos, tenían que llevarse bien e iban a llevarse bien. Sin embargo, se corría el peligro de las interpretaciones de Fernando. Porque cada vez que Jennifer le puso la mano en su brazo, como aquella del templete, le recorrían chispazos por su columna vertebral, y aquello, claro, le ponía muy nervioso.

—¿De verdad no te importa que te acompañe en este viaje?

—No, es más, agradezco tu solicitud. Iré más tranquila, más confiada. Además, tu compañía siempre me es grata.

¿Por qué decía aquello? ¿De qué había valido repensar toda la noche su apartamiento de estos dos hombres? ¿Y ahora, qué? Jennifer estaba preciosa de verdad, no era precisamente guapa con respecto a los cánones mestizos, pero sus facciones estaban dibujadas a trazos suaves, y sus ojos despedían la luz como dos linternas, con seguridad que cualquier hombre de edad en estas tierras se hubiese enamorado de ella: circunstancia casi inevitable.

Bajaban hacia Daymán, el río Uruguay les quedaba a la derecha, ella no apartaba los ojos de la ribera, contemplaba aquel paisaje entre desolado, misterioso y atrevidamente bello. Se sentía feliz, y tal vez esa felicidad le provocaba el desconcierto que sentía cada vez que hablaba con Fernando.

—¿Puedo preguntarle algo?

Fernando de Torres le hablaba de usted a Jennifer Barnes cuando se sentía preso del desasosiego, cuando quería saber algo que no sabía si debía preguntar o no. Era un hombre sensible, pero también era duro, leer poesía en estos páramos no es fácil, pero la poesía también existía aquí, además él leía siempre, Espronceda y Leonardo Rosa eran sus poetas por excelencia, y eran los únicos que había leído, pero poseía una joya, un libro sin igual, imposible de encontrar aquí, escrito en inglés. El libro que su hermano Alfonso encontró aquel día en el templete, un libro con poemas de lord Byron, un libro que le hizo llegar, hacía algunos años, el mismísimo doctor Barnes, el padre de Jennifer, al que Fernando juraba no haber visto en su vida.

—Sí —contestó Jennifer mientras contemplaba una bandada de pájaros rabilargos pasar sobre ellos.

—¿Por qué va a Montevideo?

—Ya lo has oído, tengo que echar unos correos, comprar algo de ropa y rebuscar en las boticas, a ver si puedo encontrar algunas medicinas. ¿Deseas saber algo más?

En ese momento se acercó uno de los peones en su bronquito.

—Don Fernando, que llegamos a Daymán, que éste y yo nos adelantamos y esperamos en la salida, que si manda algo...

Fernando miró a Jennifer y ella le dijo que no con la cabeza.

—Se adelanten —le indicó al hombre, que dio la vuelta a la montura y al trote se acercó a su compañero. Segundos más tarde los dos peones galopaban hacia la entrada de Daymán.

A pesar del día nublado estaban en verano, y el sol aparecía, perturbador, pero caliente, y dejaba caer en los páramos una luz amarilla muy pesada, exenta de brillo, pero densa como oro viejo.

—No, no deseo saber nada más, Jennifer.

Fernando dijo aquello mirando al frente, con los ojos clavados en las cabezas de los caballos, pareciera que ahora no quería mirarla a ella, y él se encontrase resguardado entre el perfil del río Uruguay y el perfil de Jennifer Barnes, comprendía que se había equivocado una vez más en una situación como ésta, o como la del templete, su hermano no se hubiera comportado así, y mejor le hubieran rodado las cosas, pero a él siempre le salía mal, quería y deseaba hacerlo bien, pero sus propios sentimientos lo traicionaban de una manera irremediable. Ella parecía fruta más madura, había estado casada, era mayor que él, inglesa, venía de otro mundo, de otra cultura, y probablemente se reía de todos ellos cuando les oía hablar de tonterías que no le importaban en absoluto. No, él no era hombre para ella, tal vez fuese demasiado joven, leía poesía pero no sentía ese arrojito necesario de tener, faltaba algo en sí mismo que no podía entregar a la mujer de la que estaba enamorado. Por vez primera se preguntó si había hecho bien en acompañar a Jennifer, lo deseaba con toda su alma, era como un regalo de los dioses, pero también era algo más, era la prueba más difícil de su vida. De eso era consciente. Por eso miraba al frente, a las cabezas de los caballos, por eso prefería mirar al horizonte, buscar también su propio destino, eso sí, acompañado por esta mujer, que le amara o no le amara, por lo menos compartía el carro y el viaje, y eso significaba compartir el aire y parte de la vida.

Jennifer volvió a posar su mano en el brazo de Fernando. Comprendió que él estaba rígido y entonces hizo algo que no había pasado antes por el filtro de su cabeza, por el filtro de lo razonable: se inclinó sobre el hombro y le besó. Le besó en la chaqueta, sí, en el tejido de la chaqueta, pero era un beso para Fernando, había puesto sus labios de forma totalmente libre sobre algo que a él le pertenecía. Se arrepintió de inmediato. Se percató de que aquel acto podía traerle consecuencias no deseadas del todo, y siempre

comprometidas. Pero lo hizo. Fernando fue quien no hizo nada. Su rigidez se tornó más de acero, sus ojos se clavaron aún más en las cabezas de los caballos, aquellos chispazos de su columna vertebral eran ahora rayos gigantescos, volcanes, estrellas que explotaban.

—Eran tijeretas, Jennifer...

—¿Qué? —preguntó ella como quien pregunta tras despertar.

—Los pájaros amarillos que pasaron antes, están echados ahí. En la ribera.

—Sí...

—¿Sabes una cosa, Jennifer?

La mujer le miró, de nuevo la brisilla del río le envolvió el pañuelo amarillo sobre la cara, ella se destapó y enseñó la sonrisa que a Fernando le parecía mágica.

—Pues que me alegro mucho de hacer este viaje contigo. Me alegro mucho.

Ella se separó unos centímetros, se arregló el pañuelo y señaló la entrada de Daymán.

—Yo también me alegro, Fernando. Yo también.

—Bueno, *lady* Barnes, pues eso es Daymán, próximo pueblo... Rivas.

—Y después Guaviyú... y Quebracho...

—Te has leído el mapa.

—Así es... ¿Llegaremos esta noche a Paysandú?

—Sinceramente creo que no. Habría que haber ido a caballo galopado.

—Entonces dormiremos en Quebracho.

—Uhum... Ya está preparado.

—Hace un día precioso.

—Me alegro de que te guste. A mí me parece magnífico.

Fernando detuvo el carro. Treinta metros más adelante le esperaban los

peones de confianza.

—Quiero que estés tranquila.

Jennifer lo miró y le sonrió.

—Lo estoy.

Ahora Fernando volvió a poner sus ojos encima de las cabezas de los caballos, pero los fue levantando, y vio a los hombres y sus monturas, y más arriba la lejanía de los árboles, y luego algunas nubes y por fin el sol, discreto pero muy amarillo, allí arriba, encima de todo. Se sintió feliz. Hinchó cuanto pudo sus pulmones y le pareció que todo era maravilloso. Ya la tarde estaba muy cuajada cuando llegaron a Quebracho. Se desviaron a la izquierda, siguiendo el curso de un riachuelo que se llama Guiguay. Allí Fernando despidió a los hombres, a pesar de que habían apalabrado con su padre que la compañía sería hasta Paysandú. Pero Fernando llevaba una pistola, se sentía fuerte, conocía Quebracho y en Quebracho le conocían.

Cuando llegaron al lugar donde iban a pernoctar, Jennifer se sintió no intranquila pero sí incómoda. Era una especie de gran pulpería donde se vendían mil cosas y a la que llamaban Hotel, aquí en Quebracho. Arriba, justo encima de donde los paisanos bebían aguardiente, era fácil suponer que estaban las habitaciones. A Jennifer no le gustó especialmente que cada uno de los hombres que allí se emborrachaban la mirara de una manera atroz. Fernando también se percató, pero supo decidirse.

—Buenas la tengan, señores —lo dijo en voz alta, en voz ronca, siendo más hombre y más grande de lo que era en realidad.

—Don Fernando, don Fernando —repitió una mujer muy corpulenta detrás de la barra.

Ellos se acercaron.

—Usted debe ser la Doctora.

Jennifer miró a aquella mujer y le dijo que sí con la cabeza.

—Ya están preparados sus cuartos. Van a dormir tranquilitos. Y van a cenar también.

Jennifer miró hacia las mesillas que ocupaban los hombres, sabía que tenía aquel montón de miradas babosas encima de su espalda y de su cuerpo entero.

—Yo no voy a cenar, señora. Gracias. Creo que iré a ese cuarto que usted ha preparado.

—Yo la entiendo, Doctora, yo la entiendo. Y yo mismita la voy a acompañar por si quiere asearse la señora.

Fernando se quedó allí en la barra, de espaldas a todos, tomando una copa de aquel aguardiente. Jennifer acompañó a la señora, subió por unas escaleritas hacia el piso superior, cruzaron un pasillo hasta que se detuvieron frente a una puerta. Entonces sacó del bolsillo de su delantal una enorme llave y la abrió.

—Es el único cuarto que tiene cerradura, se lo he dejado a ustedes.

Jennifer la miró sin entender demasiado el acento de aquella mujer. Pero la mujer le sonrió con una complicidad estúpida y además tuvo el descaro de pellizcarle en la mejilla.

—Es usted tan guapa. Ya me habían hablado.

—¿Ah, sí?

—Sí... Quebracho está cerca de cualquier parte. Créalo. Y con ese pelo rubio, y ese pañuelo, parece usted una artista... Don Fernando es un hombre muy afortunado, y muy guapo, pero como a usted no ha traído a ninguna.

—¿Viene mucho don Fernando por aquí, no es eso?

—No se me ponga, Doctora, no se me ponga, créalo... Hágame caso, nadie va a molestarla, además, si lo desea, puedo hacer que le traigan la cena al cuarto. Yo mismita lo haré.

—No se preocupe. No tengo hambre y estoy muy cansada.

—Bueno, pues ahí tiene la palanganita, que es la mía, la mejor que tenemos. Y que lo pasen.

—Oiga...

La mujerona dio la vuelta cuando salía.

—Me dará usted la llave de la habitación.

Soltó una risotada encima de la cara de Jennifer. Esa mujer también bebía aguardiente de caña. Volvió a sacar la llavona de su delantal y se la entregó.

—Sí, señora, que llamen, que llamen, que se acostumbren por muy señoritos que fueren...

6

Don José de Torres abrió de par en par la armería acristalada y sacó una escopeta nueva. Aquel arma resplandecía en sus manos. El hombre apretó los labios y acunó la escopeta como si estuviera llena de vida, después la olió, intentó meter por su nariz aquel olor a linimento, a grasa y a nuevo.

—Máuser 1868.

Don José de Torres se giró y miró directamente a los ojos de su hijo Alfonso.

—Uve doble punto Máuser... fabricada en Europa, Alemania... ¿has oído bien, Alfonso?

Alfonso no decía nada. Miraba a su padre. Estaba de pie, sostenía una copa y no podía evitar que su cabeza, su imaginación, le traicionaran como lo estaban haciendo. Su padre puso aquel arma encima de la mesa y recogió uno de sus cigarrillos encendidos que el chiquillo del dintel le ofreció.

—¿Cuántas?

—Una punta, padre.

—¿Cuánta punta, chúcaro?

—Siete vacas y tres becerros.

Volvió a recoger el arma de la mesa. Con una sola mano. Después se dirigió a su hijo y se la entregó de una manera brusca. Alfonso tomó el Máuser y lo sopesó.

—Es preciosa, padre.

—Lo es.

Alfonso sonrió, apretó las mandíbulas y escondió los labios como su padre, después volvió a sonreír. Estaba inquieto, nervioso, un hombre como él, un hombre que poseía un costado capaz de aguantar un achuchón y sangrar más de doce horas. Habían robado ganado de los de Torres, de la estancia El Tiempo, y no era la primera vez. Y don José de Torres estaba dispuesto a que no volviera a suceder. ¿Acaso él no regalaba un novillo, o una vaquillona, a los peones cada navidad? José destapó una caja de balas aptas para el Máuser y las arrojó sobre la mesa. Cogió una y la puso muy cerca de su pupila, como si fuese una moneda valiosa. Mientras, Alfonso fue tomando una a una de esas balas y rellenando el cargador del rifle. Cabían siete. Alfonso salió a la puerta, seguido de su padre. Apuntó con aquel Máuser al cielo y disparó. Fue un disparo limpio, su sonido atravesó el aire con la suavidad de un puñal.

—Suenan bien, padre.

José exhaló una bocanada de humo y asintió con la cabeza. En ese momento llegó un jinete con un caballo rebrincado. Era el Atrevido. Traía una escopeta encananada a la espalda, un sombrero negro y sucio, la camisa a medio abrochar y un machete debajo del cinto.

—Que la tengan, señores —dijo casi de un grito mientras de un hábil salto se apeó de su montura.

Alfonso dio un paso hacia él.

—¿Cómo se anda, Atrevido?

—Pues que tienen a gente de los Fermines, patrón.

Don José de Torres llamó al chiquillo de los puros, que siempre estaba atento.

—Que me ensillen al zaino, guacho.

—¡Padre! —le gritó su hijo—. Será suficiente con que yo me acerque. ¡Que me lo ensillen al bronquito, guacho!

José de Torres miró a su hijo. Se acercó a él. Le dejó caer la mano en el hombro. Alfonso asintió, entendiendo lo que su padre quería decirle.

—Te traeremos uno, padre. Dentro de dos horas en la tasajera, detrás de los sacos de sal.

Alfonso dio un salto y se ajustó en el recado de su bronco. Enredó las riendas en sus manos y miró a la puerta de la hacienda. Estaba allí su madre. En silencio.

—No los mataremos, padre. Sólo quiero ese ganado.

—Dos horas —dijo José de Torres.

Tiró el puro a la tierra y lo pisó. Después se metió un dedo de cada mano en un bolsillito del chaleco y salió paseando en dirección al río. Allí se quedó contemplando cómo se iba el agua de verano río abajo. Oyó cantar a los benteveos y olió la yerba de las orillas y los árboles. Amalia le puso una mano en el hombro. Él sabía que era ella.

—Cuatrerros —dijo José de Torres mirando al frente.

—Cuatrerros —suspiró Amalia.

—Devolverán hasta la última cabeza de ganado.

—Lo harán.

En ese momento se oyeron los campanazos de la una de la tarde. José de Torres se giró, miró a su mujer y le puso las manos en la cara.

—Es hora de comer, preciosa.

—Sí.

Los dos se dieron la vuelta y regresaron por el caminito de tierra. El sol caía limpio, más que amarillo era dorado viejo el color de la luz que emanaba. Amalia se agarró al brazo de su marido. José se detuvo un momento y la miró a los ojos.

—Tengo miedo, José.

Él no dijo nada. La besó en la frente y le acarició una mejilla. Y cogió su mano y también se la acarició. Después miró a aquel cielo oriental y vasto, ancho y largo como un mundo plano, infinito. A lo lejos había cirros, cual brochazos de cal en el techo del cielo. Cuando subían por la escalera hacia la entrada de la hacienda oyeron dos disparos. Amalia apretó más el brazo de su marido. Atalaya les esperaba en la puerta del salón para servir la comida.

José de Torres se quedó mirando aquel pedazo de vaca asada en su plato. Miraba aquella carne como si quisiera penetrar en ella, encontrar algún secreto escondido en su interior. Amalia le miraba en silencio. Se volvió a oír un disparo.

—Dios mío —musitó Amalia.

Su esposo hincó el tenedor y el cuchillo en la carne y cortó un bocado. Se lo llevó a la boca y la miró.

—¿De qué tienes miedo, mujer?

—No lo sé, José. Todo vuelve a estar revuelto.

—Tu hijo sabe cuidar de sí mismo. Y lleva una cuadrilla por delante. En estas tierras no hay leyes si no las ponemos nosotros. Cada vez que la ley ha llegado aquí ha sido para embarullarlo todo, para matar gente y llevarse el ganado. Somos gente de bien. A nadie le debemos nada, sólo a Dios.

—Sí, José, sólo a Dios. Pero yo no tengo miedo por Alfonso, tengo miedo por la vida, por el futuro, por nosotros...

—Mujer... mujer...

—He oído que hay mucho desertor por los hervideros. Que en Montevideo politican cada día, que se llevan a la gente, que todo está revuelto. Estoy preocupada por ellos. Por Fernando y por la señorita Barnes, por Jennifer...

—Jennifer... Jennifer... Señorita Barnes... —repitió como para sí José de Torres.

Atalaya entró en el salón, retiró los platos y sirvió el puré de manzanas. José de Torres la miró, más que mirarla clavó sus ojos en los de la mujerona. A ella le tembló el labio inferior, daba la impresión de que iba a echar a llorar de un momento a otro cada vez que José de Torres la miraba. Amalia Lorenzo le sonrió.

—Puedes retirarte, Atalaya —le dijo con suavidad—, deja la cafetera en la mesa y ve tú también a comer.

—Sí, señora Amalia.

En un cuartucho oscuro de los laterales de la tasajera, donde el saladero, tenían a los dos hombres. A uno vivo y al otro muerto. Alfonso no pudo impedirlo, a uno de la cuadrilla se le fue la mano y la tontería, cuando él casi llegaba, y le pegó un tiro en la boca al desgraciado. Al otro prisionero lo tenían atado con tiras de cuero, desnudo de cintura para arriba, colgado de un gancho.

El Atrevido se acercó y agarrándolo de los pelos le levantó la cara ensangrentada.

—Eh, chúcaro, que está aquí el patrón.

Alfonso se acercó al prisionero. Le miró directamente a los ojos, no era más que un muchacho de unos veinte años. El Atrevido sacó su cuchillo del cinto y colocó la hoja en la mejilla del muchacho, pero Alfonso le dio un manotazo.

—Ya habéis matado bastante.

El Atrevido soltó una risita y escupió sobre la propia hoja del cuchillo, luego la limpió en su camisa y lo encintó de nuevo.

—¿De dónde eres, muchacho?

—Nací en la Cabanita, señor.

—¿Para quién trabajas?

- A mí me paga la gente de Ramón Solari.
—Esa es gente de los Fermines, don Alfonso —dijo el Atrevido.
—¿Qué hacéis con las cabezas? ¿Quién las compra?
—No lo sé, señor, no lo sé...
—¿Sabes que te vamos a colgar de un árbol?
—Sí, señor.

Alfonso se quedó mirando los ojos de aquel muchacho. Tenía unos grandes ojos marrones. Y estaba llorando. El robo de ganado se paga con la muerte. Todos lo saben. Era una ley tan antigua como el propio ganado, y nadie podía ni debía ser redimido, daba igual una vaca o cien vacas. Era robar ganado.

—¿Y ése? —Alfonso señaló al cadáver del otro hombre, tumbado entre unos sacos.

Al muchacho se le cayeron las lágrimas y dejó caer la cabeza. El Atrevido se la levantó de un golpe en la barbilla.

—Era mi hermano, señor.

Uno de los chiquillos de los peones llegó corriendo hasta la puerta del cuartucho.

—Don Alfonso, que se acerca don José en un bronquito.

Alfonso miró otra vez al muchacho y salió a la puerta. Su sombra se alargaba en la tierra rojiza. Vio cómo se acercaba su padre y dio unos pasos hacia él.

—¿Cómo va, Alfonso?

—Uno se nos ha ido, padre.

—¿Chambón! ¿Es que no oíste lo que te dije?

—Se le fue la mano a un chúcaro, padre.

José de Torres entró en aquel cuartucho de la tasajera. El olor a sal era intenso, y puede decirse que también el olor a pólvora y hasta a sangre

flotaban en aquel aire viciado. Se acercó al prisionero y le levantó la cara, más bien estrujó la mejilla del muchacho entre sus manos, y al igual que su hijo también le miró directamente a los ojos.

—¿Para quién trabajas, muchacho?

—Ya se lo he dicho, señor...

El Atrevido le dio un golpe al muchacho en la cabeza.

—Que le contestes al patrón, valiente.

—¡Alfonso! —gritó don José de Torres.

Su hijo se acercó.

—Dile a este miserable que salga de la tasajera. Ahora.

Sólo bastó una mirada de Alfonso para que el Atrevido abandonara aquel cuartucho seguido de dos hombres.

—Don Alfonso, que lo esperamos en el ombú —dijo el Atrevido en una voz, ya ensillado en su montura.

El ombú era un gran árbol, también llamado bellasombra, a mitad de camino entre el río y la vacada, donde hacía seis años, en la guerra, ahorcaron los portugueses a diez blandengues y ahora se ahorcaba a los ladrones. Era un lugar apartado, algo misterioso, a donde nadie solicitaba ir porque significaba que la muerte estaba cerca, y así los niños de los peones, y las mujeres, jamás pisaban aquel lugar macabro, y la sola mención de esa palabra hacía estremecer a cualquiera. El pobre muchacho también lo sabía, en aquel remoto lugar salpicado por varias estancias, todos sabían lo que significaba un ombú y su apreciada sombra.

José de Torres sacó uno de sus cigarros puros. Trató aquel cigarro con delicadeza, como si contara con todo el tiempo del mundo. Uno de los hombres le ofreció fuego y don José lo encendió. Se había formado, al mismo tiempo que el humo, un espeso silencio en aquel lugar. El prisionero sangraba por su boca y por su nariz, y lloraba. Eso no estaba bien visto entre estos

hombres.

—Señor... señor...

Apenas podía balbucear. Don José le miró.

—Señor...

—¿Oye, muchacho, dónde está Ramón Solari? —le preguntó Alfonso.

Cuando José de Torres oyó aquel nombre se llevó dos dedos al nacimiento de su nariz, allá en la frente, y se mantuvo así unos segundos.

—Ramón Solari... Solari... Ése estuvo trabajando aquí en la estancia... ¿Así que ahora ese matrero se dedica a cuatrear el ganado?

—Señor... —el muchacho quería mirar a los ojos de don José, pero parece que el peso de su propia cabeza se lo impedía.

—¿Que se te antoja, guacho? —le preguntó Alfonso.

—Señor... que entierren a mi hermano, que no lo ensalen, que lo entierren, no me lo picoteen los pirinchos...

—Sea —dijo José de Torres.

—¿Dónde llevan el ganado, muchacho? ¿Dónde está el Solari? ¿Quién manda al Solari? —le preguntó Alfonso en un tono amable.

El prisionero respiraba con dificultad. El olor a sal y a pellejos era muy fuerte incluso para una nariz que estaba taponada por la sangre.

—Yo soy Solari, señor...

—Suéltelo —ordenó José de Torres.

Cuando desataron al muchacho éste cayó al suelo y se arrastró hasta el cadáver de su hermano. Dejó caer la cabeza en la espalda del muerto y le lloró.

—Eh, ¿dónde lleváis el ganado? —le preguntó Alfonso agarrándolo de un brazo y separándolo así de su hermano—. ¿Que dónde lleváis el ganado, chúcaro?

El muchacho miró a don José. Éste expulsaba humo por su nariz y le

miraba impertérrito.

—Se lo cruzan en una chata al otro lado del río, señor...

—¿Dime, eres tú hijo de Ramón Solari? —le preguntó José de Torres.

—Lo era. Ahora le he traicionado, señor.

—¿Para quién trabaja tu padre? Vamos, dime el nombre del patrón, el nombre de la estancia, señálame un punto cardinal y será suficiente.

El muchacho movía la cabeza negativamente, tal vez ni quería ni podía hablar. José de Torres salió de aquel cuartucho. Miró a la luz del sol, y al horizonte. Era una hermosa tarde, por encima de los maizales pasaba un bando de pájaros, al oeste, hacia aquel lugar que el muchacho había dicho, detrás del río, el color azul del cielo era más intenso. El chiquillo de los peones le acercó el bronco a don José. Se subió a la montura y tiró un aro de ceniza de su cigarro. Su hijo se le acercó.

—¿Qué hacemos, padre?

José de Torres se apretó el cigarro con los dientes, miró a la lejanía y antes de girar a su caballo le dijo a su hijo:

—Al ombú.

Al muchacho se lo llevaron en un carro. Ni siquiera iba atado, sino echado sobre el cadáver de su hermano y mantenía los ojos abiertos como lo hacen los animales moribundos.

Se fueron alejando de la tasajera. Alfonso iba detrás, solo, en su caballo. Parece que la luz del sol era más intensa, la brisa fluvial traía aromas confundidos, la sombra del jinete y su montura se alargaba hasta tocar las ruedas traseras del carro. Era dentro de su pensamiento donde trotaban caballos enloquecidos, vacas que mugían y disparos. Él quería pensar en otra cosa, necesitaba distraer su vida, llevaba treinta y cinco años haciéndolo y nadie le iba a impedir ser feliz. Pero ella estaba allí, hundida en su cabeza como un martillo. Eran las cuatro de la tarde, puede que un poco más, Alfonso imaginaba qué estarían haciendo ahora, dónde, en qué camino, qué se decían, cómo se miraban... Cerraba los ojos y ya no veía más que aquel pañuelo amarillo alrededor del cuello de Jennifer, cerraba los ojos y por su nariz ya no entraba el aroma del río sino el olor de Jennifer Barnes, recordaba aquel beso aviolentado del templete y sentía que algo se movía en sus tripas, algo ajeno a él que no quería abandonarle, un animal voraz, parásito, que se había acogido en su interior. A los lejos se adivinaba el formidable ombú y

algunos hombres a caballo. Las ruedas del carro chirriaban con la intensidad de un cuchillo al ser afilado. Los hombres que esperaban a la sombra del ombú reían y se pasaban una garrafitita de aguardiente y bromeaban con el lazo corredero que habían preparado para ahorcar al desgraciado. Cuando llegaron y se detuvo el carro, el muchacho besó a su hermano y él mismo se arrastró hasta tirarse en la tierra. De allí lo levantaron dos del Atrevido. Lanzaron una soga de pialar a la rama del ombú, y aún estando el muchacho en el suelo ya se la corrieron en el cuello.

—¿Te gusta pialar, chúcaro? —le preguntaba uno.

—Vas a tener sombrita, Solari... —le decía otro.

El muchacho quiso mirar a los ojos de Alfonso de Torres, pero los ojos de de aquel hombre aunque miraban en dirección al muchacho veían otras cosas.

—¿Patrón? —demandó el Atrevido, pidiendo permiso.

Alfonso ni siquiera lo miró. Dijo que sí con la cabeza, de manera cansina más que angustiada.

—Entierren a mi hermano, señor, lo entierren...

Alfonso seguía diciendo que sí con la cabeza.

—Átale las manos con un cuerito, no se vaya a dar guantadas... —ordenó el Atrevido a uno de los suyos.

Y así lo hicieron, y la soga de pialar la ataron a la silla de un bronco. Uno de los hombres se levantó sobre los estribos de su propio caballo, y se quedó pendiente del horizonte. En Uruguay los horizontes son más largos que las distancias. Doscientos metros de distancia son kilómetros de horizontes, los páramos imponen su ley a la física y las cosas se miden de otra manera.

—¡Don Alfonso, que a alguien se ve por allí!

En efecto, alguien se acercaba a aquel ombú. Se veía la silueta recortada entre la luz, acercándose como un espectro hacia el grupo de hombres.

—Vayan a ver —dijo Alfonso.

Un jinete salió trotando. Entonces Alfonso sí se encontró con los ojos del muchacho, lo miró todo lo fijamente que pudo, no quería buscar piedad en aquellos ojos, ni perdón ni inocencia, no, más bien quería encontrarse a sí mismo, utilizaba aquellos ojos que iban a morir como si se tratasen de dos cuevas, de dos pasadizos que él debía recorrer hasta hallar una salida. Alfonso levantó la mano derecha. Era la señal definitiva. Pero el grito de una mujer recorrió la distancia que la separaba del ombú, abrió cada centímetro de esa distancia con la precisión de un bisturí entre los dedos de un cirujano. Alfonso mantuvo la mano alzada, pero giró su caballo con apenas un movimiento de dedos, y miró a la Duarte, con su hijo en brazos, acercándose a paso de trote, junto al jinete.

Los hombres murmuraron, se podría decir que la brisilla del río se hubiera detenido o no hubiese existido nunca; algunos aprovecharon para sacar tabaco, a otros parece que les molestara la parada de la funesta diversión. La sombra de la Duarte y de su hijo Byron se llegó antes que ellos mismos al ombú. El sol les ayudaba. Traía el pelo suelto, una camisa blanca donde apenas cabían sus pechos, los labios pintados de rojo. Su hijo abría sus ojillos azules y miraba a los pájaros nerviosos del ombú. Ella se acercó directamente al muchacho sentenciado. Le puso una mano en la mejilla y lo miró unos segundos. Después volvió la cara hacia Alfonso.

—Dámelo como marido.

—Ha robado ganado.

La Duarte dio dos pasos hacia Alfonso. Levantó la barbilla en una actitud de soberbia impropia de sus dieciséis años.

—Dámelo.

—El chúcaro cuatreó una punta, Duarte —le gritó el Atrevido.

Alfonso no despegaba sus labios. Desanudó el pañuelo de su cuello y se

limpió el sudor de la frente. La Duarte levantó a su hijo. Lo alzó por encima de su cabeza, y con el niño así dio una vuelta sobre sí misma, como si lo mostrara a los puntos cardinales. Eso no le gustó a Alfonso. Clavó sus ojos en la mujer y ella clavó sus ojos en los de él.

—Mi hijo quiere un padre, señor de Torres.

—Ya lo tiene.

—Dámelo como marido, que se venga conmigo o que yo me vaya con él... ¿para qué un hombre colgado? —la Duarte estiró su brazo señalando al muchacho, pero ya no pudo hablar más, todo pasó rápido, en silencio, nadie dijo nada, pero cuando la joven señaló con el brazo ya no estaba allí el muchacho, sino un hombre ahorcado, apenas balanceándose del ombú. No era la hora, pero alguien tocó la campana de la tasajera y hasta aquí se oyó. El pequeño Byron empezó a llorar.

Alfonso miró a los ojos de la Duarte. Estaban vacíos.

—Entierren a los dos Solari —le ordenó al Atrevido, después giró su montura y salió de allí al galope.

Eso no evitó que el grito de la Duarte corriera más que su bronco y se le vaciara en los oídos. Ni el llanto del niño.

Llegaron a Paysandú al atardecer. Un montón de haciendas blanqueadas, muchas con azoteas de ladrillo y madera, otras de totora, y una docena de edificios repartidos entre dos calles. Fernando detuvo el carruaje antes de entrar en la ciudad. Quería verla un momento así, de lejos. Le parecía más grande, la ciudad más grande del mundo. Era una ciudad auténtica, con pulperías fijas y mucha gente. Pero él no quería que Jennifer le encontrara muy impresionado. Encendió uno de sus cigarrillos y poniendo el gesto del que ha visitado Paysandú mil veces dijo:

—¡Paysandú! Ahí la tienes.

Jennifer Barnes le puso su brazo encima. Se acercaron a Paysandú por un camino de tierra, bordeado por dos filas de espinillos en flor, volvía ser un día hermoso, y sobre la ciudad el color del cielo era más intenso. Frente a ellos se abría una calle ancha y con edificios más altos que lo que Fernando recordaba. La calle hervía de gente porque era día de feria franca, y los sanduceros se confundían con pobladores vecinos, con changadores y mozos de cuerda, y trataban sus artículos y parecían felices. Ella no podía dejar de sonreír, ansiaba ver gente, ver bullicio y puestos y mercadería, quería ver cosas, animales inverosímiles como el zorro-perro y el manos peladas, y vio hierbas frescas y secas, ramas de mataojos y de laurel negro, racimos de dátiles frescos y esquejes para injertar ¡de mandarinos y membrilleros!, y sólo habían llegado a Paysandú. Entraron en la calle, se detuvieron a leer su

nombre en una tabla: calle de 33 Orientales. Fernando leyó el nombre con la actitud del que lee un versículo de la Biblia, y luego la miró a los ojos, y se lo repitió, como si él tuviera necesidad de decirle cada cosa que sucedía por nimia que ésta fuera.

—33 orientales...

—Sí.

Siguieron en el carro calle arriba, adentrándose en la ciudad. Ni él ni ella dejaban de mirar a un lado y a otro, cuando se cruzaron con la calle 18 de Julio torcieron a la izquierda y avistaron la plaza de la Constitución. Y muy cerca, colindante, la calle Rincón de las Gallinas, que era donde se levantaba el hotel El Sol de Oriente 1868. Se detuvieron en la entrada, un joven se hizo cargo del vehículo y del equipaje, Fernando ayudó a bajar a Jennifer y los dos se pararon un momento a mirar aquel hotel. Era un edificio nuevo, pero no lo parecía, tenía cierto aire melancólico, como toda Paysandú. La parte de abajo era una cafetería, con sillas provistas de apoyabrazos y veladores de mármol, aunque todo parecía a un tiempo nuevo y viejo. Olor a café y a cigarrillos encendidos envolvían aquel ambiente, pero era agradable. Jennifer cerró los ojos y respiró todo lo que pudo, aquel aire le hacía sentirse limpia, a pesar de que deseaba bañarse, descansar, tomar un café, sentirse alguien, una dama, una persona, se acordó un instante del *hotel* de Quebracho y le dio un pequeño escalofrío; él, por su parte, se sentía el propietario de El Sol de Oriente, de toda Paysandú. Estiró su cuerpo, alisó su chaqueta, se tocó un momento el bigotillo y miró por encima de sí mismo alrededor de la cafetería. Tomó con decisión a Jennifer del brazo y se acercaron a la barra. Un camarero distinguido con un chaleco de líneas rojas les atendió.

—Soy Fernando de Torres Lorenzo...

—¿Acaso tenía el señor reservada una habitación en nuestro hotel? En ese caso haga el favor de esperar un momento.

—¡Oiga!

El camarero distinguido dio la vuelta y miró a Fernando levantando al tiempo uno de sus índices, en señal de solicitud.

—¿Señor?

—Haga el favor de servirnos dos cafés. Calientes. Y no tengo una habitación reservada. Sino dos.

—Por supuesto, señor.

Jennifer le miró de soslayo, y también Fernando miró de soslayo a Jennifer. Delante de ellos había colgado un enorme espejo, entonces los dos miraron al frente, y se vieron en el espejo, y no pudieron ni quisieron contener la risa.

—Señor de Torres, es usted un caballero... —le dijo Jennifer a mitad de carcajada.

—*Lady Barnes...* —replicó él— me encanta oírla reír.

Se sentaron, en una de aquellas sillas con apoyabrazos alrededor de los veladores de mármol, uno cerca del otro; Fernando cruzó una pierna encima de la otra, sacó su pitillera, encendió su cigarrillo y una vez más se sintió el hombre más feliz del mundo. Creía que todas las personas que allí tomaban café les miraban, que se fijaban en ellos y murmuraban: *¿Os habéis fijado en Fernando de Torres? Miradle, aquí, en Paysandú, con la Doctora Jennifer Barnes... ¡Vaya mujer más bonita se ha enamorado de Fernando de Torres! ¡Es un hombre con suerte!* El camarero distinguido les llevó los cafés a la mesa, con terroncillos de azúcar envueltos en papelitos azules rayados de blanco, como la bandera del país. Fernando sostuvo el suyo y lo miró. Después volvió los ojos a Jennifer y guardó aquel terroncillo en un bolsillo de su chaleco.

—Es para las niñas... Para América y...

—Y África —le dijo Jennifer Barnes entregándole su terroncillo a

Fernando.

—Oh, no tienes por qué tomar el café amargo, Jennifer, tú no estás acostumbrada...

—Yo me acostumbro rápido.

Fernando tomó el terrón de azúcar, pero lo que tomó realmente fue su mano. Acarició la mano de ella mirándola a los ojos. Jennifer entreabrió un poco los labios, la luz entraba en El Sol de Oriente 1868 por uno de los ventanales, el aroma a café envolvía aquel microscópico universo que se había creado en el velador de mármol, el terroncillo de azúcar amenazaba con desmoronarse, no sabían qué hora era de la tarde, ni siquiera sabían si era realmente por la tarde. El tiempo no se había detenido, no, el tiempo sencillamente no hubo existido nunca, ni las voces ni las presencias, porque delante de ellos se plantó un amable señor bastante gordo y bien predispuesto a ser atendido, motivo por el que tuvo que repetir el nombre de Fernando por dos veces.

—Señor de Torres... Señor...

Fernando le miró sin soltar la mano de Jennifer.

—Señor de Torres... Don Fernando...

—¿Sí?

—Soy Leonardo Plottier, director de este hotel.

Fernando cogió su taza de café, dio un sorbo, necesitaba salir del trance, volver casi empujado a la realidad. Después se levantó y tendió su mano a Leonardo Plottier.

—Encantado de conocerle, señor Plottier. Tenemos habitaciones reservadas en su hotel, ¿no es cierto?

—Efectivamente, señor de Torres, y cuando lo deseen pueden acceder libremente a ellas, una de las sirvientas les acompañará para que puedan acomodarse, pero continúen, por favor, tomando su cafés... Ah, la habitación

de la señora posee baño, como usted mandó decir, señor de Torres, también, cuando lo desee la señora, se le preparará...

—Gracias, señor Plottier, dígame cuánto le debo por los servicios...

—Por favor... por favor, disfruten ustedes de nuestros servicios, y paguen cuando vayan a dejarnos, son ustedes bien recibidos en El Sol de Oriente...

—les respondió con acento consternado y levantando al tiempo su índice derecho—. ¿Desean otra cosa?

Fernando miró a Jennifer y se encogió de hombros. Le sonrió y ella le sonrió a él. Así que Fernando volvió su mirada al director del hotel y le dijo que no con la cabeza.

—En ese caso —Leonardo Plottier señaló a la barra y al camarero distinguido—, a su disposición, señores. Ah, si la señora desea alguna cosa especial se le atenderá correctamente.

—Gracias, señor Plottier —contestó Jennifer.

En cuanto se quedaron solos el tiempo volvió a detenerse. Cada uno sostenía ahora su taza de café, cada uno acercaba la taza a los labios y los labios a la taza. Cada uno miraba por encima del humillo de su propio café a los ojos del otro. Jennifer se percataba de que su corazón no latía con normalidad, notaba que su cabeza se desvanecía como si aquel café fuera un potente bebedizo, un narcótico de dentista, una mano cuyos dedos largos le removieran el interior del pecho. ¿Qué estaba sucediendo? De algún lugar llegaba música. Música de violín. Los ojos oscuros de él eran penetrantes, eran animales con su propio sentido de la vista y de la desesperación, sus pupilas eran negras pero incandescentes, Jennifer le miraba intensamente y se reconocía en aquellas pupilas de Fernando, se veía reflejada y se repetía *Dios mío ¿qué está sucediendo?*

—Jennifer...

Jennifer apenas movió su labio inferior como respuesta.

—Jennifer...

—Fernando... —musitó.

Fernando tardó en contestar. Eso creyó él. Se detuvo un instante más de lo debido a mirar a la mujer de la que estaba enamorado. Se lo iba a decir, pero tardó un segundo, y un segundo es tiempo, y el tiempo es la sustancia de la que está hecha la vida, tanto el armazón como el fluido de todo lo que tiene sentido. Se lo iba a decir, ya se lo estaba diciendo, ya las palabras habían salido de su boca, llegaban a sus labios, iban a ser habladas, pero no lo fueron.

—No puede ser, Fernando, es una locura, no puede ser...

—Jennifer...

Ella le miró. Intentó mirarlo de otra manera, intentó no distraerse en su propia imagen allá en las pupilas, intentó que su mirada no delatara su interior, por lo menos el interior de su pecho aquella tarde, cuando acababan de llegar a Paysandú.

Fernando mantuvo el silencio. Dejó su taza de café en la mesa sin apartar los ojos de aquella mujer. Pero ya no la veía a ella. La puerta de El Sol de Oriente 1868 se abrió con la música. Un hombre delgado, vestido de negro, y con un pequeño sombrero, tocaba el violín, de manera muy suave. Y entró en aquella cafetería del hotel. Y dio unos pasos, lentos, alrededor de los veladores, la gente guardaba silencio, y el hombre y su violín se detuvieron, con la formalidad de lo soñado, donde estaban ellos. Y la melancólica música caía como una cascada de pasión, de soledad, de enamoramientos.

Jennifer Barnes puso su mano sobre la de Fernando de Torres. Él apartó cada uno de aquellos dedos, con precisión, cerró el puño y apretó la cara.

—Espero que mi compañía al menos no le sea molesta.

—Por favor...

El hombre del violín giró una vez más sobre el velador y les dejó solos.

—Creo que deberíamos ver esas habitaciones. Estarás cansada.

Jennifer también colocó su taza en la mesa. Suspiró y se levantó. Una jovencita les acompañó a sus habitaciones. Cruzaron la cafetería, accedieron por una puerta y subieron unas anchísimas escaleras de losas de mármol y posabrazos de madera negra.

—Habitación 11 de la señora, habitación 12 del señor... Cuando lo diga la señora subiré agua tibia para el baño.

Jennifer miró el interior. Era espaciosa. Muy bonita; el baño estaba a los pies de la cama, era un baño enorme, con cuatro garras de león a modo de patas, probablemente recién traído de Francia, y así lo indicaba un frasco de color violeta y exuberante olor que estaba dispuesto en uno de los bordes, junto a toallas de color también violeta.

Fernando se mantuvo quieto debajo de la puerta abierta. Estaba desesperado, pero contento. Eso era lo que él quería para Jennifer, eso era lo que había contratado con el señor Plottier. Un baño nuevo, grande, con sales de baños etiquetadas en París. Una habitación, la mejor, con ventanas, desde donde pudiera contemplarse la plaza de la Constitución, la gente, el cielo. Eso era lo que él quería, lo que él había dispuesto, un emigrante violinista, un violín romántico, un café espeso, un *te quiero* certero que se vio traicionado por la emoción, y ésta por el tiempo...

Jennifer paseó lentamente por la habitación, se acercó a la ventana, tocó el borde de la bañera, acarició la colcha de la cama, desató sin pudor su moño rubio y dejó que su cabellera cayera sobre su espalda, Fernando la veía hacer estas cosas, pero ella no era consciente, estaba como privada de este mundo, como feliz, como sola. Él sacó otro de sus cigarrillos, golpeó el extremo contra la pitillera y lo puso en sus labios. Después cerró la puerta tras de sí, y se fue a su habitación. Ella oyó el cerrar de la puerta, y suspiró de nuevo, luego se acercó a la madera de aquella puerta y la acarició también. Cerró los

ojos.

—Fernando, no... Fernando...

Dos horas más tarde, a las siete en punto, justo cuando debían tocar la campana en la tasajera de El Tiempo, Fernando golpeó con los nudillos la puerta de la habitación número 11. Jennifer abrió. Llevaba el pelo suelto, ropa limpia, olía a violetas, ella y toda la habitación, pero él, que no estaba dispuesto a oler cosa alguna, tampoco quería aparecer como un desagradable y malencarado resentido. No había ocurrido nada. Eso se lo había repetido mil veces en esas dos horas, tumbado sobre la cama de su habitación, fumando sin parar y con los ojos abiertos mirando al techo. Él le prometió a su padre que estaba preparado para hacer este viaje, y realmente lo estaba, era ese su propósito y su cometido. Así que sacó de sí mismo toda la elegancia y la predisposición que pudo y sin formular ningún comentario negativo, se limitó a decir:

—Está realmente bonita.

—Gracias.

Ella cerró la puerta y se agarró al brazo de Fernando, con naturalidad, y así cruzaron el pasillito y bajaron las escaleras. La luz y el relente del río Uruguay ocupaba las calles de Paysandú. Pronto encenderían las farolas de la calle 18 de Julio y pronto el cielo se colmaría de estrellas y ensueños. Cenaron pescado, algo por lo que felicitarse, bebieron una copa de vino genovés y querían hablar de sus cosas, uno al otro, como si acabaran de conocerse, como si estar juntos en un lugar extraño los uniera de una manera distinta y cortés. Caminaron calle abajo hasta cruzar la Plaza Colón y toparse con la calle de las Piedras, que separaba la ciudad vieja de la nueva. Y desde allí contemplaron el cercano puerto sanducero. Algunos barcos estaban amarrados, entre ellos el esbelto Tévere, algunas aves cruzaban de una orilla

a otra, con un vuelo al mismo tiempo preciso y cansino. Olía a cargamento de cuero, a carne seca, a sal... pero también a esas cosas que emanan de los ríos en los atardeceres; el sol caía sobre la orilla opuesta a ellos, a occidente, pero su luz arrebolaba la superficie del agua, estallaba en ella hasta empaparla todo de magia, de misterio, acaso de inmortalidad.

—De pequeña me gustaba ver los barcos anclados en el Támesis. Mi casa no quedaba cerca, así que ir al río se convertía en un paseo importante... Mi padre me llevaba de la mano, me señalaba los mascarones de proa y me los explicaba... las mitologías, las sirenas, los misterios de la navegación y las estrellas... Siempre soñé que algún día yo navegaría en uno de esos barcos, un viaje largo a lo desconocido... Y ya ves... se hizo realidad.

La doctora Barnes levantó sus brazos al cielo. Dejó caer la cabeza hacia atrás, dejó que su cabello se suspendiera en el aire, y así ella parecía uno de aquellos mascarones de proa de los que hablaba. El agua del Uruguay murmuraba al chocar con el muelle, las golondrinas de río chillaban en pleno vuelo, el vago ondear de la brisa era caliente y susurraba palabras, Fernando le rodeó la cintura mientras ella se echaba para atrás. Jennifer se agarró a su brazo y le miró absorta, él se encogió milimétricamente de hombros, ella permitió que sus párpados envolvieran en un secreto, en una atadura de pañuelo, aquel momento, y los dejó caer sobre los ojos, lentamente... por la ranura incógnita que separaba sus labios se escapaba el aliento de Jennifer Barnes como fluido de pantano del Edén y llegaba al rostro de Fernando de Torres, cerca de ellos una farola de gas despedía su luz a otra parte, nunca supieron quién besó a quién, cuánto duró aquello o qué sintieron, lo único cierto es que sucedió.

A la mañana siguiente llegaron al puerto en un ómnibus tirado de caballos. A razón de dos reales el billete. Era un día muy luminoso, el Tévere

tenía aires de ligera y de elegante, era una hermosa goleta de dos palos, trinquete y mastelero de proa, que sólo admitía doce pasajeros, y cuyo trayecto no variaba de Montevideo a Paysandú con el propósito invariable de enviar y recoger mercaderías finas y correos, una semana la ida, otra la vuelta. Ya el equipaje estaba a bordo. Y al pie de la pasarela el capitán don Luis Bermúdez, ataviado con un impoluto uniforme blanco, saludaba cortésmente a cada uno de los pasajeros. A él le llamó por su nombre y a ella la besó en la mano. Accedieron a su estancia: inevitablemente un camarote doble que tendrían que compartir durante cuatro noches; por fortuna espacioso, con un ojo de buey por donde, con similar atrevimiento, podrían escapar los sueños o colarse el mundo. Jennifer miró de un golpe el camarote y después miró a Fernando.

—Ya lo arreglaremos. Era lo mejor que tenían —le dijo él.

—Lo comprendo —susurró Jennifer.

—Por las noches puedo acomodarme en otro lugar. Hablaré con don Luis.

—Me parece bien.

—Voy arriba, a cubierta, en quince minutos zarpará el Tévere. Quiero verlo.

Jennifer se sentó en una de las camitas. Cruzó las manos sobre el regazo y tuvo ganas de llorar. Pero no iba a hacerlo. Por el ojo de buey entraba el griterío que conlleva que zarpe un barco. Se levantó y miró por aquel ojo, y vio el puerto y la gente, y entre la gente el lugar de la noche pasada, cerca de la farola, donde ella fue mascarón de proa y Fernando la besó. Y recordó lo que ocurrió después, a la vuelta al hotel El Sol de Oriente 1868, algún beso más en el camino, el abrazo aquel, la mirada en la puerta de la habitación número 11 y lo que tuvo que decirle. Y lo que él le dijo.

Cuando el Tévere se movió, Jennifer salió del camarote y también subió a cubierta. Dos barcazas arrastraban al barco hacia el centro del cauce,

algunos marineros desataban el velamen, una decena de pasajeros saludaban a los de tierra y el silbato ululante del barco sonó para despedirse de Paysandú y entregarse definitivamente al río Uruguay. Fernando se encontraba en la proa, justo en la base del mastelero, mirando río abajo, atravesada su frente sabe Dios por qué pensamientos. Cuando se percató, Jennifer estaba a su lado, mirando con él cómo el barco abría las aguas al tiempo que se levantaban bandadas enteras de gaviotos de pico azul y tijeretas. Se miraron y se sonrieron con serenidad. Ella se alegró de la actitud de Fernando. Él le puso una mano en el hombro y le dijo:

—No pasa nada.

—No pasa nada —repitió ella.

Se anudó un pañuelo al cuello. Fernando la miró de perfil, la brisa le desataba el pelo y el pañuelo, pero ella mantenía la mirada parada en el horizonte, el hombre se fijó en su tez clara, no era ella una de esas criollas de quince años, su piel había sido acariciada por el aire de muchas primaveras, emanaba olor de flores penetrantes y desconocidas y solamente tocarla originaba vuelcos en las nubes y cambiaba, incluso, el curso de los ríos; Jennifer era, era como uno de esos rasgones de sueños que no encajan en ningún otro... y sólo con pensar en dormir a su lado, en acariciarla mientras se entrega a la adivinación poseída del sueño, le hacía sentir a Fernando que estaba tocando la propia creación de la vida.

Jennifer le miró y lo vio así, perdido, absorto, con los ojos disparatados, fijos en un lugar de su pañuelo, de su cuello, su cabeza, su cuerpo entero. Ella le tocó la cara y se percató de que estaba sudando, así que sacó un pañuelito de su bolso y un pastillero, secó el sudor de Fernando mientras él no dejaba de mirarla, le puso una pastilla en la mano y se rió.

—No pasa nada, Fernando... Sólo estás un poco mareado. ¿Es tu primer viaje en barco?

Él miró a otro lado.

—Es mi primer viaje de todo.

No pudo más. El gran hombre del río Uruguay, el leedor de poesías de Byron y poseedor de una pistola, no pudo más, y además ella estaba delante. Era inevitable, pero hubiera sido mejor morirse. Se enroscó en la barandilla del Tévere y devolvió al río Uruguay lo que pudo sacar de sí mismo.

Alguien llevó un vaso de agua y Fernando se tomó la pastilla.

—Son las ventajas de viajar con una doctora —le dijo con los ojos cerrados.

Ella le miró sorprendida.

—Gracias, Jennifer... Muchas gracias.

Desde la popa del barco llegaba el sonido de un violín. Eso les hizo sonreír.

—Vaya —dijo a media voz—, el violinista nos persigue...

Por fin aspiró todo el aire fresco que pudo. Se tomó a sorbos pedazos de aquel horizonte, pero se sintió mejor, hinchó sus pulmones, miró al cielo y suspiró.

—¿Vamos a verlo? —insinuó ella.

Fernando alzó un brazo en dirección a la popa de la goleta, y con aires de ser el dueño del barco, le dijo:

—Si lo desea la señora...

Jennifer anudó su brazo en el de Fernando, él estiró el cuerpo, se echó un poco para atrás, y con aires a medias entre lo elegante y lo marcial, recorrieron el mundo que hay en la cubierta de un barco. Llegaron a popa, se toparon con otros pasajeros y miraron hacia el violinista. Era un pasajero, un señor atildado, a decir de él pariente de un tal Lino el Colla, y el violín que rascaba pariente también del violín auténtico del Indio Miguel Carhué... O eso es lo que le decía, al mismo tiempo que tocaba, a una señora gorda y

relucientemente vestida que lo miraba embelesada. Allí se llevaron un rato, despejados de sus propios pensamientos, en una de esas treguas de la felicidad: música de violín, brisa casi marina, día luminoso y el sonido arrullador y constante del agua al chocar con la goleta. Nadie puede necesitar nada más.

—Debería tomar un café —dijo Fernando llevándose una mano al estómago.

Ella le dio una palmadita en el brazo y quiso tranquilizarle.

—No te preocupes, encontraremos ese café.

Descendieron al interior del Tévere, y en la sala principal de pasaje, que hacía funciones de espera, de pasatiempos, de sociedad y de cafetería, prepararon ese café para Fernando de Torres. Aunque no sólo para él, porque otro pasajero, tal vez también indispuerto, solicitó el comfortable bebedizo.

—Si no le importa a este caballero, por supuesto.

—Por supuesto —le contestó Fernando.

El inesperado invitado a café se lo tomó con ellos, apoyado en una pequeña barra. Y sostenía su taza prácticamente pegada al plato, pero aquello no evitó que un contoneo del Tévere estuviera a punto de echarle el café por encima.

—Lo siento, soy demasiado torpe. He estado a punto de manchar a la señora, lo siento...

—No tiene importancia —le dijo Jennifer.

—Ah, es usted inglesa... Lo había supuesto... por su aspecto, su cabello y su acento...

—¿Y usted quién es? —le preguntó Fernando levantando la barbilla por encima de aquel sujeto torpe y entrometido.

—Oh, lo siento, caballero, no me he presentado. Voy a Montevideo, con seguridad ustedes también, así que no está mal saber con quién se cruza uno...

El hombre le ofreció la mano a Fernando. Y Fernando sin dejar de mirarle a los ojos se la apretó.

—Soy Ernesto de las Carreras, señores... Para la disposición que estimen conveniente.

—Pues es usted muy amable, caballero. Mi nombre es Fernando de Torres, y soy hacendado en Salto, y la señora...

—Me llamo Jennifer Barnes, señor de las Carreras.

Tenía porte de señor. Era dueño de una mirada pegadiza, aunque discreta, y hablaba con un suave tono, y era dueño de un bigote tan poblado como el del padre de Fernando, aunque no debía ser mayor que Alfonso; su aire enigmático y sereno cautivó, por el mero hecho de compartir un café que casi se vierte, tanto a Jennifer como a Fernando. Ernesto de las Carreras apuró el último sorbo de su taza, elevó sus cejas mientras sonreía, estiró los extremos de una palomilla que llevaba al cuello y les dijo:

—Señores, ha sido un auténtico placer. Estoy convencido de que la goleta no será lo suficientemente grande como para evitar que volvamos a compartir un café.

Jennifer y Fernando inclinaron un poco la cabeza. Ernesto de las Carreras les miró otra vez, de nuevo estrecharon su mano, y luego salió de la sala de pasajeros.

Jennifer Barnes no permitió, a pesar de la insistencia, que Fernando hablara con el capitán Bermúdez con el único propósito de encontrar un lugar en cubierta donde pasar la noche. Ella quería que Fernando durmiera en aquel camarote, era verano y la noche plácida, pero no iba a consentir que el hombre pernoctara al socaire como uno más de la marinería. Él era un señor, y dormiría aquí, en el camarote. Ya se las aviarían, además, había dos camitas. La noche era sumamente estrellada, el Uruguay estaba en silencio, las aves y los insectos estaban en silencio, todo detenido, el Tévere estaba quieto, a pesar de su velamen desplegado, lo que hacía era limitarse a flotar, dejarse llevar al paio. La elegantona pasajería se turnaba aquí y allá para tomar el fresco y distraer el tiempo, todos caminaban por cubierta, igual que lo harían en un paseo de Paysandú. Ellos estaban en la base del mastelero de proa, donde antes, porque allí la cubierta del barco se empinaba y era más difícil *pasear* y por tanto ser molestados con inútiles presentaciones. Miraban al sur. Fernando fumaba uno de sus cigarritos, el humo salía blanquísimo de su boca y tomaba dirección también al sur.

—Me gusta este cielo —dijo Jennifer.

—Es cielo uruguayo. Por lo menos hasta el mar del Plata. Mira, Jennifer, parece que se pudieran recoger las estrellas a puñados, levanta las manos y creerás que se te llenan de estrellas, que te caen por entre los dedos como la arena de un desierto.

Así lo hizo Jennifer Barnes. Levantó los brazos, abrió los dedos de sus manos y le pareció que tocaba el cielo, que las estrellas le corrían con chispazos por la piel. Se acordó de sí misma y se rió. Una risa preciosa, a medio tono, pero plena de verdad. A Fernando le brillaban los ojos, ahora por las lenguas de aluminio con que restallaban las olitas del río, ahora por Jennifer, ahora porque aquel silencio que ocupó la risa de ella le recordó una vez más lo inevitable: en el sobre de una carta recibida en El Tiempo estaba la firma de Barnes, de un señor Barnes, ella le dijo que *estuvo* casada, y eso no estaba claro. Era mejor recordar dónde había nacido él, de quién era hijo y qué hacía aquí. Pero no podía. Sin embargo, Fernando de Torres insistiría en comportarse como un auténtico caballero, digno de sí mismo y de su apellido, no iba a tolerar que ninguna pasión truncara su vida, ni que sus sentimientos vagaran de un lado a otro en manos de una mujer turbulenta. Ella mantenía los brazos alzados, ahora sí que parecía un auténtico mascarón de proa, el mascarón del Tévere, y aunque llevaba el pelo recogido, y no como en el puerto de Paysandú, a él le pareció que alguna vez, no sabía cuánto tiempo atrás, si horas, si días, si años, había soñado con esto: con un mascarón de proa viviente, que le hablaba y le miraba y del que estaba, por decisión de fatalistas dioses, enamorado.

Otra vez a popa rascaba su violín el pariente de Lino el Colla, y no lo hacía mal, porque aquellas notas recorrían la cubierta de la goleta, lentamente, salpicadas de gotitas de humedad, y llegaban hasta ellos, y la noche caía y una brisilla confiada, más que hinchar las velas, las acariciaba como si fueran cortinas de seda.

Hicieron bien en retirarse pronto. El camarote estaba iluminado por ignotos destellos que entraban por el ojo de buey. Jennifer encendió la lámpara y Fernando cerró la puerta y permaneció apoyado en ella. La mujer

se acercó al ojo de buey y miró la orilla del río. Se oía el canto de algún ave acuclillada en los juncos, el ensoñecido chapotear del agua en la madera, imprecisas estrellas destellaban en el horizonte. Jennifer miró atrás, hacia Fernando, y le sonrió. Estaba nerviosa. Llevaba un vestido blanco, con una cinta de satén en la cintura, los labios pintados de rosa pálido, casi como su color natural, y los brazos desnudos. Brazos alabastrinos, suaves y probablemente fríos. Él se quitó la chaqueta y la tendió en una de las camitas.

—Jennifer, ¿te importa que fume dentro del camarote?

—No...

Prendió una cerilla y la acercó al cigarrillo, a sus labios, a su cara. El resplandor de la cerilla lo envolvió en un misterioso halo dorado, de nuevo se oyó el violín de cubierta, notas lejanas que eran como voces de otros mundos; además, el perfume que es capaz de originar la noche al chocar con los juncos entraba en el camarote disuelto con el aire; la primera bocanada de humo envolvió todavía más aquel escenario fascinador, el silencio de Fernando era eso que no se oye de una voz muy grande, su mirada estaba perdida, tal vez buscando un lugar, un objeto, algo, en que detenerse.

—Me gusta verte fumar...

Fernando oía las palabras de Jennifer pero, ¿las oía realmente? Él estaba allí pero no estaba allí, sentado en la camita del camarote pero no sentado en la camita del camarote, sino flotando, etéreo, él quería enterarse de todo y no podía, deseaba controlar la situación y sabía que no era posible.

—¿Por qué? —le preguntó Fernando sin mirarla.

Jennifer levantó sus brazos, por detrás de su cabeza, y se desató hábilmente el pelo.

—Supongo que será el olor del tabaco que fumas.

Los ojos de Jennifer Barnes ahora no era azules, sino grises. El airecillo que entraba por el ojo de buey le echaba el pelo sobre la cara y sobre el

cuello, Fernando se levantó, dio una nueva calada a su cigarrillo y se acercó. Ella no podía dejar de mirarlo, él no sabía si era él, así que aplastó el cigarrillo contra un cenicero, se colocó frente a ella y le puso las manos en los hombros casi desnudos. Estaban fríos, como el mármol. Jennifer sentía las manos calientes de aquel hombre, su pecho respiraba como si fuerzas invisibles resoplaran con un fuelle dentro de él, Fernando sentía el aliento de Jennifer, caliente, sensual, indescriptible, ella sentía el aroma de la boca de Fernando, su olor a tabaco y a hombre, su olor a Uruguay y a páramos, a poema y a bronco, su mirada penetrante, solícita, incombustible; Fernando estaba paralizado, sentía el frío de la piel de Jennifer, sentía unas manos que le empujaban hacia delante, sentía que estaba a punto de caer derrotado pero no lo estuvo. No cerró los ojos, ella tampoco, los labios se unieron pero ellos continuaron mirándose. Después esos ojos se fueron cerrando, casi de una manera que no puede recordarse, los labios tomaron la función de todos los sentidos, los labios veían, tocaban, oían y respiraban de los otros labios, los brazos de Jennifer se fueron enroscando en el cuerpo de Fernando, los brazos de Fernando fueron abrazando al cuerpo de Jennifer, los labios no sabían, no querían, no podían despegarse, pero era demasiada felicidad para ser tomada de un bocado, así que se separaron y aún con los ojos cerrados olió su pelo, sintió cómo era su cuerpo debajo de sus brazos.

—Jennifer... te quiero.

Ella abrió sus manos y acarició la espalda de Fernando, lo estrechaba contra sí, dejó caer la cabeza en el hombro de ese hombre, entonces abrió los ojos y se quedó mirando la puerta del camarote.

—No...

—¿Por qué no, Jennifer? ¿Por qué no?

—No puede ser, no es posible.

Quiso besarla otra vez. Pero ella no se despegó del hombro donde

escondía su cara y sus ojos cerrados. Después apartó a Fernando de manera suave, se dio la vuelta y se sentó al borde de una de las camitas.

—No es posible, Fernando. Debemos evitarlo. Por favor.

—Está bien, *lady* Barnes. No volveré a acercarme a usted...

—Por favor, deja que las cosas sucedan con su propia cadencia.

Él se sentó en la otra camita, frente a ella, le cogió las manos y la miró a los ojos, pero ella miraba al suelo de madera, a cualquier parte menos a Fernando.

—¿Por qué no es posible, Jennifer?

—Déjalo...

—¿Hay algún problema en Inglaterra, algo que deba saber?

—Déjalo, por favor.

Jennifer se incorporó y volvió a mirar por el ojo de buey, la brisa era más intensa, empezaba a oírse el flamear de las velas, la goleta, lentamente, como una cuna, como un baile, se fue dejando caer a un lado y a otro, de manera muy suave. No dijeron ni preguntaron nada más. Cada uno se metió en su cama, cada uno miró al techo que le había tocado, y la cabeza y los ojos de cada uno fueron envueltos en un lienzo diminuto que se encargó de anudar el sueño.

Cuando Fernando abrió los ojos, Jennifer ya no estaba en el camarote. Sacudió la cabeza de manera compulsiva, cual si se hubiera acostado borracho la noche anterior. Se lavó la cara, incluso se afeitó, y miró a través del ojo de buey. Era temprano. El barco navegaba a buen ritmo. Subió a la sala de pasajería y vio que Jennifer compartía mesa con otras personas.

—¡Vaya! Buenos días, señor de Torres...

Ernesto de las Carreras se levantó y le tendió la mano.

—Fernando —le dijo Jennifer sonriéndole—, esta es la señora de Debarbieri y su hijita Elvira, que también van a Montevideo.

—Señora de Debarbieri... No, no, no se moleste señora —le insistió Fernando cuando fue invitado a sentarse a su lado—, ni usted, caballero, creo que será mejor que yo tome el café en cubierta, el aire fresco me vendrá bien.

Jennifer no entendió por qué Fernando no aceptó un lugar en aquella mesa para tomar café. Cuando él se giró y salió, les sonrió a todos.

—No se encuentra demasiado bien... Es su primer viaje en barco, ya saben...

—Su marido parece fuerte, señora.

Jennifer miró a la señora de Debarbieri. Y se sintió estúpida.

—No es mi marido.

—Ah...

—Es casi mi hermano.

—Tú eres rubia y tu hermano es moreno... —dijo la niña Elvira.

—Elvirita... —replicó su madre en tono afable— no por ser hermanos tienen que ser iguales.

La niña Elvira puso una mano en el vientre de su madre, que estaba embarazada.

—Una niña encantadora... y preciosa... —dijo Ernesto de las Carreras—. Bien, señoras, creo que yo también iré a tomar ese fresco de cubierta.

—Le acompaño —dijo Jennifer.

—No faltaría más, *lady* Barnes...

Fernando, efectivamente, tomaba café junto al mastelero de proa. Miró atrás y vio cómo se acercaban Jennifer y Ernesto, tomados del brazo pero con esa discreción de cualquier paseo formal en Paysandú.

—Hacen ustedes muy buena pareja.

Ernesto de las Carreras le sonrió. Abrió la boca y tragó todo el aire que pudo.

—¿Usted cree?

Fernando apuró su café. Después sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Sí, lo creo... Son dos personas cultas, de aspecto inteligente, y jóvenes...

Ernesto de las Carreras soltó una carcajada, Jennifer se separó de su brazo y se apoyó en la barandilla.

—¿Así que es usted hacendado en Salto?

—Sí.

—En la estancia El Tiempo, según me ha confirmado *lady* Barnes... Espero que no tengan problemas...

—¿Problemas? ¿Qué problemas?

—Aparicio está levantando el norte del país. Ándense con cuidado.

—Siempre estamos alerta, señor de las Carreras...

—Puede usted llamarme Ernesto, si lo prefiere.

Ernesto de las Carreras también encendió un cigarrillo. Igualmente miró la corriente del agua, momento que aprovechó Fernando para mirarlo de perfil; tenía el pelo un poco largo, como un poeta, y su bigote le daba un aspecto melancólico pero poderoso, de sabelotodo, de hombre destinado a grandes designios, y de hombre acostumbrado a verse rodeado de mujeres de una manera irremediable.

—He oído hablar de usted, Ernesto.

—Ernesto es periodista —le contestó Jennifer.

—Ya... he visto su fotografía en algún periódico de Paysandú.

—En efecto, de Torres, en *El Comercial*, pero no crea, anunciaban mi partida de Paysandú...

—¿Se va usted de Paysandú? —le preguntó Fernando.

Ernesto asintió mientras halaba una bocanada de humo.

—Verá usted, de Torres, hasta hace unos meses he ejercido de gerente del Banco Mauá y Cía, y ahora que el banco ha decidido cerrar la sucursal no

tengo más remedio que desplazarme yo también a Montevideo.

—Debe ser usted una persona de influjo poderoso.

—No crea... —Ernesto tomó el brazo de Fernando, le sonrió, se puso muy cerca de él y le habló casi al oído—. No crea, de Torres... También voy a Montevideo a conocer a mi futura esposa.

Jennifer también tomó un brazo de Fernando.

—Ernesto fue defensor de Paysandú, en los dos sitios, me lo ha contado en la sala.

—Es usted un valiente, Ernesto...

—Bueno, bueno, no se crean... Fui ayudante del coronel Emilio Raña... —perdió su mirada en la orilla del Uruguay, exhaló una bocanada y pareció que por su frente amplia los recuerdos de la terrible guerra se sucedían—. A mí me tocó redactar la réplica del coronel Gómez a la nota intimidatoria de Flores y Tamandaré —el periodista abrió sus manos delante de Fernando, como una excusa—, pero el trabajo fue interrumpido por las fuerzas imperiales... rodearon la Comandancia y nos obligaron a la rendición.

—Tuvo que ser terrible, Ernesto... —musitó Jennifer.

—Lo fue... aún lo es *lady* Barnes.

—Por lo menos consiguió sobrevivir... —asintió Fernando, que verdaderamente prestaba atención a lo que decía aquel personaje tan magnético y con tanta mirada de poeta.

—Sí... gracias a Dios... y al almirante don José Murature, que a bordo del 25 de Mayo me llevó a Buenos Aires... Y eso es todo... Ahora hay cosas más importantes que hacer por este país, Fernando.

Fernando le puso una mano en el hombro, le miró a los ojos y le dijo:

—Es usted un valiente, Ernesto... hombres como usted...

—No se crea, de Torres, no se crea... Ah, le recomiendo que visite la librería de Tristán Narvaja, en Montevideo, seguro que encontrará libros de

su interés.

Fernando escudriñó sus ojos y se sintió extraño y desnudo; sin embargo, demostrar que le gustaba leer enfrente de Ernesto de las Carreras podía considerarse un acierto, ahora no estaban en El Tiempo, cenando carne de vaca y puré de manzanas, sino que navegaban a la capital, así que él era un señor, un hijo de Torres, y se puede ser ganadero, estanciero y muy hombre, y además no resentirse por el placer de leer.

—Me ha comentado *lady* Barnes que lee usted poesía... —Ernesto también escudriñó los ojos de Fernando, y estiró media sonrisa cómplice y discreta—. Me ha contado muchas cosas, y la goleta navega bien...

—¿Cómo dice? —le preguntó como saliendo de un trance.

—Amigo de Torres... digo que la goleta, El Tévere, navega bien, por el medio del río, con bonanza y sin prisas, como la poesía... —Ernesto puso sus dos manos en los hombros de Fernando—. Es usted un hombre con suerte...

Él abrió los ojos como quien acaba de recibir un premio inesperado. Jennifer, a medio metro de distancia, les daba la espalda, contemplaba el navegar de la goleta. Los dos hombres la miraron.

—Un hombre con suerte... —repitió Ernesto de las Carreras.

Se acercaron a ellos la señora y su hijita Elvira, más bien bajo el señuelo del atrayente Ernesto, acompañadas por un barbado caballero de uniforme.

—Ah... Paula María Peregrina Lassarga de Debarbieri y su hija... —Ernesto la saludó como si hiciera mil años que no la veía, sin embargo habían tomado café juntos—. ¡Y Fortunato de los Santos, de quien tanto hace que no oigo! —exclamó al reconocer alegremente al personaje del uniforme.

El tal Fortunato de los Santos dio un taconazo en cubierta.

—¿Y cómo es que hombre tan ejemplar va al sur en vez de al norte? —le preguntó Ernesto a Fortunato de los Santos.

—Merecido descanso, señor, merecido descanso...

—Este es el señor de Torres, y esta es la señora Barnes...

Fortunato de los Santos volvió a dar un taconazo.

—¿Por qué no nos cuenta lo del duelo criollo?

El barbudo Fortunato sonrió. Era un hombre más joven de lo que aparentaba a tenor de su crecida barba y su uniforme bien raído. Pero resultaba simpático. Tenía mirada de loco, pero también de romántico.

—Eran unos chúcaros emponchados don Ernesto, si me perdonan las señoras presentes.

—¿Oyó hablar del *Retobao*, de Torres? —le preguntó Ernesto.

—Algo se oyó.

—Pues he aquí al hombre que acabó con esa alimaña que se creía invulnerable, en auténtico duelo criollo.

Fernando miró al singular personaje con curiosidad.

—Aquí mismito bien tengo dos cuchilladas, señor... —le dijo Fortunato a Fernando echándose mano al brazo izquierdo—. ¿Y se llama usted de Torres?

—Así es, señor.

—¿Son salteños? ¿Estancieros? —Fernando miró a los ojos de aquel hombre—. Pues ándense con Aparicio, señores, ándense... —Fortunato de los Santos bajó el tono de su voz hasta convertirla en un susurro, en un secreto—. Hace tres días que metieron fuego a las estancias Vichadero chico y Aroma, y eso que el Aroma era una estancia empotrada entre dos cuchillas.

—Eso queda a unas veinte o veinticinco leguas de El Tiempo.

—Espero que no llegue allí el olor de la pólvora, señor de Torres...

—¿Que ocurre, Fernando? —preguntó Jennifer que pretendía seguir la conversación de los hombres.

Fernando acarició una mejilla de Jennifer, delante de todos, estiró su cuerpo y le contestó:

—No ocurre nada, el norte que está revuelto...

—Pero revuelto está todo, y continuamente, siempre, *lady* Barnes... El señor de Torres, tiene razón; además, el día es precioso y necesita ser contemplado —continuó Ernesto—, estamos llegando a las islas de Fray Bentos... ¿habrá algo más hermoso?

Ernesto bostezó como para llenar sus pulmones de aquel idilio, abrió sus brazos y los suspendió sobre la corriente del río.

Era una mañana brumosa. El viento acunaba las encañadas de maíz con insistencia, pero no impedía la belleza agreste de ese lugar. A vista de pájaro, el casco de estancia ocupaba el lugar más afortunado de las tierras. Un hermoso casón de madera, rodeado de frutales y maíz, como si fuera el centro de un círculo cuya tangente estuviera trazada por el río, y sus distintas circunferencias por los maizales, las dependencias, y luego la tasajera y la vacada.

—Habrà tormenta —le dijo José de Torres a su mujer.

—Dios quiera que aguante el maíz.

—La caña está fuerte. El maíz es cimarrón al igual que las tormentas. Aguantará.

Amalia Lorenzo se agarró al brazo de su marido. Estaban en la puerta, en el umbral de las escaleras. Permanecieron en silencio unos segundos. Los pensamientos de cada uno no permitían ser más que eso, pensamientos, ni una sola palabra, ni una respiración. José de Torres puso una mano encima de la mano de su mujer. Ella las tenía frías, como el día. Él era hombre de pocas palabras, llevaba treinta y cinco años mirando aquellos límites, tocando los maderos de esta hacienda. Él llegó siguiendo a Barnes, al doctor, hace mucho tiempo, era joven y ambicioso, y lo único que poseía eran sus propias manos y su corazón. Cuando tomaron estas tierras llenas de piedras y de cielos, cuando aunaron vacada y se ganaron la confianza de mestizos y criollos, de negros libertos y escondidos, nació esta estancia. Durante las primeras

semanas los peones recogían las piedras, una a una, y formaban montoncitos. Entonces dormían en tolderías improvisadas a ambos lados del río afluente del Uruguay; no podían tasajar la carne así que los desuellos de novillos enteros eran desliados colgados de un gancho. Fue como nació El Tiempo. Barnes y de Torres, de Torres y Barnes. Los pirinchos fueron expulsados hasta el gran ombú, los carpinchos diezmados por su carne distinta y más que sabrosa, extinguidos los leones. Al principio los niños entretenían el hambre con el choclo, y los hombres entretenían las noches sorbiendo de pequeñas calabazas el mate, alrededor del fuego, y se contaban unos a otros historias de peleas mientras arrojaban hojas de capororoca para que estallaran en las candelas; las mujeres parían asistidas por Barnes y los hombres trabajaban asistidos por de Torres, Barnes dibujaba los planos del casco y dependencias, de Torres rotulaba maizales y rodeaba ganado, por fin un día delimitaron la tierra, levantaron la puerta de la estancia y colgaron de los postes el panel de madera donde se leía, grabado a fuego, el nombre que le dieron: El TIEMPO.

José de Torres parpadeaba ahora, en la puerta de esta hacienda, mientras acariciaba la mano de su mujer, y cada vez que los párpados caían sobre sus ojos en su cabeza sonaba un disparo, una tormenta, acaso una voz. Se acordaba de la última vez que vio a Barnes, al doctor. Hacía más de treinta años. En el puerto de Montevideo, con su pequeño maletín de cuero, su sombrero, su elegancia. Recordaba su voz, sus ademanes, la diplomacia que siempre mantuvo, aun en los momentos difíciles. Barnes le entregó el contrato unas horas antes. Firmado por ambos, en dos copias, expedido por la Notaría de Mauá y Cía, en la calle ancha de la capital oriental. Él poseía uno de los contratos, que le hacía dueño de la mitad de estas tierras y de sus ganancias, así venía escrito y firmado. Aquellos días lo único que poseía eran sus manos y su corazón, Barnes corrió con los gastos, con las atenciones y *reclutó* peones, él sólo *reclutó* cuatrerros sin fortuna, mestizaje charrúa,

brasileros huidos... cosa de poca plata y poca medicina. Pero todo hacía más de treinta años, y en todo ese tiempo únicamente él, José de Torres, mantuvo estas tierras y las mejoró, se ganó el respeto y el capital, y a veces brusco, pero siempre justo, soportó revoluciones y medió en duelos, plantó frutales para su esposa y tasajera para el salado, con habitaciones para las mestizas favoritas, entre ellas la hija de la negra Europa, Atalaya, quien engendró de él a la mismísima Duarte, madre ahora del peoncito.

El día estaba nublado para ser verano. El viento traía esa cosa rara que enloquece siempre y que recoge al pasar por los páramos entrecuchillas, al norte y al oeste las estancias volvían a ser levantadas, aquí robaban ganado y cada vez miraban los hombres más malencarados. José de Torres atusó uno de los extremos de su bigote, golpeó con sus dedos la mano de su mujer y luego la besó en la frente.

—Vamos dentro.

Se sentaron en el salón, uno frente al otro. José se sirvió una copa de coñac, y encendió uno de sus cigarrillos.

—Nos estamos haciendo viejos, José.

Asintió. Miró a su mujer y le sonrió.

—¿Por qué?

Ella también le sonrió.

—Son los años... los hijos, la hacienda, El Tiempo, José...

Amalia Lorenzo se levantó, abrió un cajón llaveado del mueble y sacó el contrato que mandó robar a Jennifer. Se acercó a su marido y se lo puso en las manos.

José lo cogió, ni siquiera lo abrió, sabía lo que era.

—Es de esa mujer.

Amalia le miró a los ojos, como miran las mujeres encariñadas.

—Es tuyo, José, es tuyo, tú has levantado esto...

—Es de esa mujer, Amalia.

—Escúchame, querido, esa mujer se casará con uno de nuestros hijos, da igual con quién lo haga, pero lo hará, no hay otros pretendientes, y esto, que será de nuestro hijo, será tuyo, es como si Dios te lo volviera a poner entre las manos.

José de Torres miró aquel documento. Llevaba el cigarro en la boca, vestía de negro, estaba peinado, su pelo entrecanado echado hacia atrás, su frente despejada y los ojos hundidos mirando a través del ventanal del salón. Y lo que vio fue el interior de la garganta de la muerte. Sólo le dio tiempo a dejar caer el documento, de ponerse las manos sobre el pecho: la bala le atravesó las palmas, le rebotó en los huesos y se alojó en su corazón. Sus manos y su corazón, lo único que había traído José de Torres a estas tierras había sido abatido, de golpe, de un fagonazo.

Cayó hacia atrás, también de golpe, sin doblar las rodillas, tiró una silla en su caída y ya en el suelo sólo tuvo ese segundo mortecino que nos consigue rescatar la vida en el último instante y que le permitió caer la cabeza hacia un lado. Mantenía los ojos abiertos, de un inexplicable color gris, la boca casi abierta, y un hilillo de sangre oscura sobre su bigote. El cristal del ventanal estalló como puede hacerlo una estrella, cual si le hubiera reventado un polvorín en lo más interior de su alma translúcida. Después que estuvo muerto José de Torres meteoritos de vidrio chocaron en el aire y emitieron particulares destellos, un rayo de sol se coló por el boquete del ventanal, y le dio a José en el pecho. Amalia colocó una mano en la mesa, se mantuvo de pie, mantenía abierta la boca pero no pudo gritar, ni pudo llorar, estaba paralizada, y en ese estado se mantuvo hasta que llegó la mujerona Atalaya. Atalaya gritó, Atalaya se descompuso, se tiró del pelo y cayó de rodillas cerca del cadáver. Entonces Amalia dio dos pasos hacia ella, le puso una mano en el hombro y la levantó. Las dos mujeres se miraron probablemente

tan cerca como no había ocurrido antes.

—Que me llamen al Alfonso.

Atalaya enjugó lágrimas, sorbió dolor por sus labios amoratados y cruzó las manos, sin decir nada salió del salón; cuando lo hacía, el grito de Amalia Lorenzo silbó como una flecha sobre sus oídos. El chiquillo que encendía los puros del muerto se agarró al dintel de la puerta y miró a doña Amalia tumbada sobre el cuerpo de don José, y vio la sangre y también había oído el disparo. Él dio la voz. Salió corriendo como un perro rabioso, bajó las escaleras de un salto, levantó sus manos al cielo, aligeró sus pies camino de los maizales, sin saber muy bien a dónde dirigirse pero gritando con todas sus fuerzas:

—Que mataron a don José, que lo mataron al patrón...

Algunos peones se quitaban los sombreros, erguían el cuerpo y se miraban unos a otros. La brisa que pasaba por encima de las cañas de maíz se levantó de pronto al paso del chiquillo, pero su grito corría más que sus piernas y pronto llegó a la tasajera, al saladero, al ombú, a la estancia entera, a los oídos de Alfonso de Torres.

Una voz anónima entró en la habitación de la Duarte, una voz susurrante, discreta. Allí estaba Alfonso. Con ella. Cuando oyó que habían disparado contra su padre sintió una punzada en la espalda. Todavía ignoraba que estaba muerto, aún no se lo habían dicho, pero Alfonso de Torres sintió la voz de su padre, la voz de su madre, la voz irreal de la estancia entera. Se levantó sin decir ni una palabra. Puso los ojos sobre la Duarte y le acarició una mejilla. Montó en su caballo y se fue al galope. Cuando llegó a la puerta estaban allí reunidos unos peones, murmurando, con las cabezas caídas y los sombreros en las manos, estaban allí América y África, cada una apoyada en un bastidor de la puerta. Atalaya lloraba debajo del marco del salón. Y allí dentro, en el salón, había silencio, el cadáver de un hombre abrazado por una

mujer que lloraba en silencio. Él mismo la levantó. Amalia se echó sobre el pecho de su hijo y Alfonso le acarició la cabeza.

—Me lo han matado...

—Sí, madre...

Ahora el silencio no pudo contener al llanto. Amalia lloró por su marido. A pesar de que se sentía hundida, cuando la muerte irrumpe de manera violenta en una hacienda, el corazón de los que quedan vivos funciona unos minutos de otra manera. Los sentimientos y los sentidos no son los mismos, hacemos cosas que no haríamos y tomamos actitudes que nunca creímos que tomaríamos. Amalia se despegó del pecho de Alfonso, sin mirar al cadáver se agachó a su lado y recogió el contrato de Jennifer. Le pasó una mano por encima, como si estuviera lleno de polvo, y no estaba, tal vez intentando espantar residuos de muerte de aquel papel importante. Se lo entregó a su hijo. Le miró a los ojos.

—Ahora es tuyo, hijo.

Alfonso tomó el sobre y miró a los ojos mojados de su madre. Asintió con la cabeza y la besó en la cara. Después se agachó y contempló el rostro de su padre. ¿Adónde miraban aquellos ojos? ¿Qué apalabraba aquella boca medio abierta? Alfonso metió la mano por debajo de la cabeza de su padre. Con la otra mano le cerró los párpados y luego le besó en el pelo. Se sentó a su lado, colocó la cabeza en su regazo y miró el ventanal roto. El rayo de luz continuaba entrando por el boquete pero un escalofrío recorrió las tierras y la hacienda. Bramó un trueno, un trueno importante, cercano. La tormenta era inminente. Alfonso metió dos dedos en la herida, después los miró de cerca, apretó su mirada en aquellos dedos manchados de sangre, señaló la ventana y dijo a media voz:

—Juro que te vengaré. Yo, Alfonso de Torres y Lorenzo.

Se pasó toda la tarde lloviendo. A don José lo tenían tumbado en la mesa del comedor. Habían ido a buscar el féretro a Salto, así que el cadáver estaba sobre una mantilla blanca, con las manos cruzadas en el pecho y cubiertas por un paño también blanco, justo allí donde le hirieron. Su cabeza estaba anudada por un pañuelo, y cuatro velones encendidos en las esquinas de la mesa llenaban de una luz irreal, y también mortecina, aquel lugar. La campana de la tasajera dobló a difunto. A los pies de la mesa estaba arrodillada Atalaya, y a cada lado África y América permanecían derechas y de pie, custodiándola, con una velita encendida cada una y vestidas con trajecitos rigurosamente negros. Amalia Lorenzo estaba sentada en un sillón, cerca del ventanal. Mantenía la cabeza erguida, totalmente cubierta por un velo, y parecía que miraba a través del ventanal, por el boquete abierto, al lugar aquel por donde había entrado la bala que acabó con su marido. Alfonso estaba parado bajo la puerta del salón, en los dedos de la mano izquierda enrollaba y desenrollaba la cadena de plata del reloj de su padre, con la otra mano estrechaba la de los peones y las mujeres de la estancia, que venían a despedirse de don José difunto, aunque llovía, aunque era verano de truenos. Unos lloraban, otros no, pero todos inclinaban la cabeza ante Alfonso, pasaban al salón y miraban al cadáver. Sólo un instante, abrían los ojos y contemplaban el rostro del hombre que los mantuvo vivos, del hombre al que aún temían, respetaban y querían. En la puerta de la hacienda, cuando salían, recibía cada uno un cazo de café caliente que una mujer de las de Atalaya les servía. Y luego se marchaban, como en procesión, por los caminitos de entre maizales, cada uno bebiendo su café, mirando al cielo y a la tarde levantisca a su manera.

La Duarte llegó con el niño en brazos. Traía el pelo suelto y mojado, Alfonso estrechó su mano como a una más. Pasó al salón. Era la primera vez que lo hacía en su vida y era algo que siempre había deseado: entrar en la

hacienda. Se quedó mirando el espacio, los muebles, los cuadros, la estantería acristalada y la armería, por fin dejó que sus ojos vieran la mesa con el cadáver y se acercó. Byron se puso a llorar aunque su madre quiso consolarlo murmurándole cosas al oído, y entonces sucedió algo inesperado. Porque el llanto del pequeño era suave pero persistente, así que Amalia dejó de mirar a través de su velo negro, se incorporó y ella misma tomó un instante al niño en brazos. Lo alzó hasta su cara y le miró. Y el pequeño Byron la miró a ella y se calló. La Duarte se lo quitó de los brazos, levantó la cabecita del niño y la puso en dirección al cadáver.

—Míralo, hijito, míralo...

Después salió de allí, sin decir nada más, no quiso tomar el cazo del café y se perdió con el niño enroscado en una toga debajo de la lluvia de aquel verano. La noche entró de golpe. Allí en el fondo del cielo, a oriente y a occidente, todavía se podía adivinar algo de luz, algo de arrebol o de tarde, pero en la estancia El Tiempo la noche zarandeó su cabellera negra, puso algunas luces muy lejanas y ella también se pasó a ver al muerto. Porque, al igual que un rayo de sol entró por el boquete de la ventana, cuando murió José de Torres, ahora un haz de noche, no de luna, sino de noche, era el que entraba por el ventanal y le daba en la cara al difunto. A la medianoche exacta se llegaron de Salto con la caja. La traían en un carro, tapada con una manta, pero la manta venía empapada por la lluvia y por la prisa. Así que Atalaya ordenó a las niñas, que seguían despiertas, a secar el ataúd con paños y toallas. Alfonso sacó del salón a su madre y ordenó a dos hombres que colocaran el cadáver en la caja. Tomó las manos de su madre y se quedó delante de la hacienda, las rachas de viento hacían que alguna vez la lluvia les azotara la cara, seguían oyéndose los truenos, a lo lejos. Amalia apretaba la mano de su hijo y mantenía una desgastada serenidad.

—¿La caja es de nogal negro?

—Sí, madre.

—Tu padre la quería de nogal negro, Alfonso.

—Es de nogal negro, madre. La he visto. Y por dentro está forrada.

—Que le metan unos puros.

—Sí.

—¿Has mandado llamar a tu hermano?

—Esta tarde envié dos caballos a Montevideo.

Amalia miró a los ojos de su hijo, se dejó caer en su pecho y sollozó. Alfonso le acarició la cabeza. Estaba como ido, soportaba la situación como un hombre pero estaba atormentado, intranquilo. Quería saber quién había matado al viejo. El Atrevido y sus guachos ya estaban merodeando caminos y estancias, preguntando a los chúcaros y los peones como saben hacerlo, en los toldos y en las pulperías, y pronto encontrarían señales, noticias, rasguños de encapados. Pero en este momento Alfonso de Torres estaba vencido. Pasó un brazo por la cintura de su madre y la besó en la cara.

Atalaya se acercó a la puerta. Ellos la vieron.

—Vamos a cenar, hijo.

Y cenaron. Pasada la medianoche. Los dos solos, con la caja de muerto encima de la mesa, con el cadáver dentro y destapada, con los velones encendidos y el chiquillo que le encendía los puros a don José ocupando su lugar. Atalaya les sirvió una especie de sopa muy clara, y vasos de vino. Y puso entre ellos una bandeja pequeña, no la de siempre, con un pedazo de carne de vaca asada todavía humeante. A Amalia Lorenzo se le caían las lágrimas pero tomó sopa. Acercó la cuchara al plato y a su boca. Varias veces. Alfonso también lo hizo. Después cada uno dio un sorbo al vino. El chiquillo de los puros le trajo un cigarro encendido a Alfonso, él lo tomó y fumó por primera vez en su vida un puro de su padre. Se mantuvieron así varios minutos, en silencio. Atalaya les sirvió café, pero antes de tomarlo

Alfonso se levantó con su copa de vino en la mano, dio un sorbo mirando a la caja, y después vertió el resto sobre la carne de vaca. Tomó aquel pedazo de carne, lo levantó, y con sumo cuidado lo dejó entre los pies de su padre.

A la mañana siguiente sólo había vestigios de humedad. La campana de la tasajera dobló a las siete en punto. Y a las siete en punto los peones y familias se reunieron en torno a la hacienda. Alfonso de Torres se había afeitado y lavado la cara. Se cambió de ropa, se tocó con un sombrero negro y salió a la puerta.

—Ustedes pueden irse a sus labores. Me miren el maíz y los becerros. Ya lloraron bastante por mi padre. Recibirá cada familia azúcar extra, jabón y paños nuevos. Y ahora váyanse, hoy ya no llueve.

Uno de los peones, tal vez el más viejo, se acercó a Alfonso, abrió las manos e inclinó un poco la cabeza.

—A su disposición don Alfonso. A lo que mande.

Después este hombrecillo miró a la gente y con un batir de brazos les indicó que podían irse cada uno sin remordimiento. Y así lo hicieron.

—Don Alfonso... —dijo el hombre.

Lo miró.

—Me mandaron decir que la tumbita está preparada. Como ordenó usted. Detrás del templete. Que la fosa es honda y que la cadenearon. Como mandó.

Él asintió con parsimonia, cansado. Después el hombre se fue. Alfonso se dio la vuelta para entrar en la hacienda pero un caballo frenó su carrera de manera violenta. El jinete dio un salto.

—¡Don Alfonso, que me manda el Atrevido!

—¿A qué se las trae?

—Que metieron fuego al Vichadero y al Aroma, la tropada de Timoteo Aparicio. Que de lo de su padre nada. Que así se anda.

Alfonso sopesó unos segundos sus pensamientos y se rascó la barbilla.

—En la cocina tienes café y aguardiente. Ven a verme después del entierro.

—Lo que se tenga, don Alfonso.

Cuatro hombres portaron el féretro de don José de Torres. En efecto, era de nogal negro, la madera relucía al sol de la mañana. Algunos benteveos se perseguían mientras volaban y chillaban, el río parecía más bramoso que de costumbre. Alfonso y Amalia iban detrás. Y a unos pasos, en fila de a dos, Atalaya, las niñas, el chiquillo de los puros y un par de hombres.

Cuando el amanecer entró por el ojo de buey todavía permanecían despiertos. Jennifer estaba echada sobre el pecho desnudo de Fernando, mientras él mantenía los ojos abiertos mirando al techo del camarote. Olía el pelo de ella en toda su cara, en todo su cuerpo. Con la mano izquierda acariciaba la espalda de la mujer y a pesar de que estaban tapados, una parte de los cuerpos mantenía la desnudez al descubierto. El Tévere navegaba tranquilo, se podía oír el agua al ser abierta por la quilla del barco y aquel dulce bamboleo los acunaba todavía más, aunque ellos flotaban en el éter a medias venenoso y a medias licor de moras que origina el amor.

Fernando se sentía el hombre más feliz del mundo y el hombre con más problemas y más trabajo del mundo. No podía evitar pensar en ella, en la mujer que dormitaba bajo su brazo, no podía dejar de absorber los efluvios del amor ni sus consecuencias para la razón, y se veía incapaz de apartar de su cabeza todas las cosas que tendría que hacer y pensar a partir de ahora. Sí, se sentía comprometido, por fin todo adquiriría fuerza y sentido, empezaba la nueva vida, tendría que levantar una hacienda, una familia, unos hijos, tal vez el futuro que tanto deseaba y que se había plantado delante de su vida sonriente y desafiante.

El amanecer entraba por el ojo de buey, pero él deseaba que no lo hiciera. Por una parte, aquel amanecer significaba que todo empezaba, la nueva vida, la ilusión factible y el futuro. Por otra parte, el amanecer también

tenía algo de último, no en cambio era lo último de aquella noche, y la alborada podía definir mejor las sombras y quién sabe si pulir los sentimientos y arañar la felicidad.

—Te quiero, *my lady*...

Jennifer no respondió. Apretó con su mano el hombro de Fernando, volvió la cabeza hacia él y le sonrió en silencio. Ella también estaba muy aturdida. Imágenes dispersas caían como papeles dibujados por su cabeza, sus ojos semicerrados y vidriosos parecían los ojos de una muchacha de quince años dormitando en un bosque, la pulpa de sus dedos acariciaban la piel del hombre y le transmitían información ancestral, se sentía mujer y se sentía sueño, el aire que respiraba todavía llenaba sus pulmones de algo parecido a lo indescriptible, a su cuerpo lo confundía un hormigueo que se le iniciaba en el cuello, justo debajo de la barbilla, le llegaba al pecho, cruzaba por el canalillo y bajaba por el vientre, parecía perderse en el ombligo pero lograba salir de allí y deslizarse todavía más hacia el secreto de la entrepierna, como una gota de sudor imaginario, sorteando los vellos del pubis, quemando y helando la piel al mismo tiempo. Sentía ganas de llorar y de reírse, algún fluido caliente le caía del ojo y le cruzaba la mejilla hasta llegar al cuerpo de Fernando aunque no eran lágrimas, el olor de la madera del barco sólo era la primera capa de olores, la más delgada, la que envolvía todos los demás olores que allí estaban, destilados de la primera noche de amor de Fernando de Torres y Jennifer Barnes.

La bocina del Tévere sonó en el instante que ella cerraba los ojos y se quedaba dormida. Echada sobre el pecho de Fernando, abrazando la espalda de aquel hombre que la había seducido con timidez y arrogancia, y ella se había dejado arrastrar por la noche, por el vino, por la goleta, por la soledad, por lo más delicado que escondía en su interior... sintió sobre su cuello el aliento de Fernando, olió el humo de su tabaco, impregnado de él mismo, olió

su camisa y su sudor envolvente, no tuvo que decidirse, sucumbió como jamás hubiera imaginado, parece que ella misma arrastrara tras de sí al hombre que la enloquecía, que la necesidad de integrarlo en el medio de sus pechos era más decidida que su cabeza, que los labios cuando fueron mordidos por los labios de Fernando ya no le pertenecían, sino que ella misma, ella entera, pertenecía a esos labios que tantas cosas decían sin pronunciar palabra. Cuando sonó la bocina del Tévere los párpados de Jennifer Barnes fueron ocultando sus pupilas otra vez azules, y con ellas la visión turbia y gaseosa del amor y cuanto contiene. Fernando sintió que Jennifer se dormía cuando la goleta viró dulcemente a la izquierda para evitar un banco de arena y sintió dentro de sus tripas que era arrojado al vacío, al firmamento. Abrazó un poco más a aquella mujer, restregó su mejilla por el pelo de ella y bendijo a Dios. Él también necesitaba dormir, pero no lo iba a hacer, mantendría sus ojos abiertos, quería otear el horizonte nuevo y magnífico que se había creado en el interior de su cabeza, quería velar el sueño de aquella mujer que vio junto a su madre, arriba de la escalera, quería sentir para siempre aquel chispazo inverosímil que sintió por sus dedos y sus manos, aquellas agujas clavadas en los medios de su espalda.

Cuando Fernando de Torres se despertó eran más de las diez de la mañana. Abrió los ojos y descubrió que Jennifer no estaba. Aun así, antes de preguntarse por ella, acarició la parte de la camita que había ocupado, acarició la almohada, el lugar exacto donde había reposado la cabeza de su amada, el hueco que había dejado aquella cabecita de pelo rubio y fragancia a violetas francesas, se abrazó a sí mismo, luego rodeó a una Jennifer imaginaria entre los brazos y besó al aire, con los ojos cerrados. Cuando oyó que la puerta del camarote se abría dio un brinco. Se ocultó el pecho con la sábana y entornó bien los ojos. Y allí estaba ella. Preciosa. Con su pañuelo

amarillo enroscado al cuello, el pelo recogido, los ojos estirados, los labios entreabiertos. Traía una bandejita y una taza de café. Y una flor. Parecía un ángel en el turqués de la mañana.

—Buenos días, Fernando.

—Buenos días, *my lady*...

Ella se sentó en el borde de la otra camita. Él se quedó mirándola. El humo del café tomó posesión del espacio que había entre ellos, apenas un metro, cien centímetros de distancia, mil milímetros de universo. Fernando estiró una mano y Jennifer también. Los dedos se tocaron y una cosquilla le subió a cada uno por el brazo, mientras los ojos no dejaban de mirarse cogió los dedos de Jennifer, los atrajo hacia él, ella llenó su pecho de ese aire del suspiro, sintió el sofoco propio de una vestal, la llamada irresistible de la naturaleza le recorrió todo el cuerpo de un manotazo sublime, el Tévere dio otro de sus dulces virajes, el mismísimo tiempo se abrió el pecho con un cuchillo, la luz que entraba por el ojo de buey estalló en un fogonazo. Jennifer apartó su mano y recogió la bandejita.

—Te he traído café.

Se incorporó y cogió la taza. No apartaba los ojos de ella mientras daba el primer sorbo. Ella tomaba la flor y la besaba, sin dejar de mirarle a los ojos, después se la entregó. A Fernando de Torres no le hubiera importado haber muerto en ese momento. Habría muerto feliz, su vida habría tenido un sentido, un desarrollo natural y completo. Después de tomar el café encendió un cigarrillo. Jennifer se levantó, recogió la taza vacía y le dijo desde la puerta:

—Yo subiré a cubierta.

Una hora más tarde también subió Fernando a cubierta. Ardía en ganas de estar junto a su amor, pero se había lavado y afeitado someramente,

además se vistió con su mejor ropa y había encendido su cigarrillo predilecto. La brisa fluvial le dio gozosamente en la cara, miró al cielo azul y a las orillas del río, cargadas de algarrobos, chañares y quebrachos blancos. El capitán Luis Bermúdez se cruzó con él y le saludó con cortesía mientras la goleta flotaba llena de bonanza rumbo al mar del Plata.

—¿No se llega usted a popa, señor de Torres?

—Buenos días, capitán...

—¿Busca usted a la señorita Barnes? Entonces encuéntrela en la popa, puede acompañarme, así oírás también la historia de este país contada por los mismísimos labios de la República Oriental...

El capitán Bermúdez soltó una risa y asió amistosamente el brazo de Fernando. Muy pronto vieron que la gente estaba arremolinada donde dijo Bermúdez, en la popa. Pasajeros y marinería se apretaban unos a otro para oír la voz de la patria. Esa voz era la del peculiar barbado Fortunato de los Santos, quien subido en un cajón, vestido de uniforme y dotado de enérgicos ademanes y de voz tan poderosa como secreta, entretenía con sus recuerdos, sus hazañas y probablemente sus exageraciones a la totalidad del Tévere, incluido el piloto timonel que era el único que permanecía por detrás del excéntrico soldado.

—En esa disparada —arengaba Fortunato—, dejaron en el campo las reses que tenían muertas, un par de boleadoras de marfil, unas maletas con ropa, un poncho de goma, un reloj con su cadena e infinidad de otros objetos, hasta un saco con municiones de rémington...

Los ojos de Fernando no tuvieron que buscar demasiado. Allí estaba ella, tomada del brazo por ese seductor bien vestido con aires de poeta, ese Ernesto de las Carreras que tan enigmático y tan sobrado de erudición y elegancia parecía. Ernesto se percató de la presencia de Fernando y éste supo que Ernesto le remiró directamente a los ojos, aun por encima de todas las

cabezas. Jennifer también le miró, le sonrió, pero a él se le antojó distante.

—... Sobre un piano se ve a un joven al que las balas le han llevado las manos y el teclado. Ese joven improvisaba en medio del fuego... —Fortunato de los Santos detenía sus ojos en medio de un punto imaginario, la gente le miraba hipnotizada, cada persona descubría en aquella mirada una visión selecta de lo que oía—. No olviden ustedes que en la guerra el número vence al valor, no olviden las palabras de Fausto Aguilar, el 19 de julio de 1865, las palabras en medio de la pólvora, la desolación ¡y la gloria!... *"Sáquense los ponchos, muchachos, que en el otro mundo no hace frío..."*

—Ya se lo advertí, de Torres... oír a este hombre es como haber estado en dos sitios a la vez... —le dijo el capitán Bermúdez, pero Fernando no le oía, ni a Bermúdez, ni a Fortunato de los Santos y su guerra de Paysandú, ni al murmullo de la pasajería.

Cuando Ernesto de las Carreras volvió a mirar hacia Fernando, él ya no estaba. Con la misma cortesía se despidió del capitán y se refugió en la sala de pasaje. Destapó un ojo de buey y se quedó mirando el río cada vez más ancho, la corriente del agua, las orillas y las aves. Cierto es que cuando entornaba los ojos la noche anterior se sucedía, segundo a segundo, si es que había podido contar el tiempo. El narcótico que pueden destilar los besos de una mujer le había llenado cada vena del cuerpo, y la sangre afluía a su cabeza y la envenenaba. Había nacido en él el amor, pero ese nacimiento fue el de un ser deforme, bicéfalo, cruel, un ser dotado de toda la magia y de toda la tortura imaginable, porque también había nacido en el pecho de Fernando de Torres el constructor, el arquitecto misterioso y vengativo que levanta el edificio donde habitarán muy pronto los celos. Cuando él despertó esta mañana, lo único que pudo hacer aparte de respirar fue acariciar el lugar que había ocupado Jennifer, fue observar su propia piel porque había sido tocada

por la piel de esa mujer inglesa que se le había entregado... Recordó como arañado por un resorte mecánico las palabras de su padre, recordó cada una de sus miradas oblicuas y recordó su entrega al honor: *Si estás preparado, hazlo; si no, no*. Pero todo se había acabado en la cabeza y en el corazón de Fernando, cuando era la más hermosa de las mañanas, cuando la goleta parecía más bonancible que nunca y el paraíso florecía en cada rincón, sube él enamorado y arriba a cubierta, y sus ojos encuentran al objeto de su amor agarrada del brazo por ese poeta petimetre y románticón. A ése había que haberlo visto capando novillos en El Tiempo, tomando caña por las pulperías de Quebracho... Pero no importaba, él dejaba vagar sus ojos, porque con cada una de aquellas miradas dejaba vagar también un trozo de la noche pasada. Al fin y al cabo él era un hombre, y ella había accedido de propia voluntad, así que ahora podía hacer lo que quisiera, no iba a importarle nada y su espalda ya no iba a ser tocada por esos calambres, ni iba a ser sacudida nunca más por el misterio que ya conocía. Cuando Jennifer le puso la mano en la espalda él sabía que era la mano de ella. Pero no se inmutó, permaneció en la misma postura, sin percatarse siquiera de que su cuerpo se ponía más tenso, de que la rigidez se le subía a las facciones, de que la espalda sí era sacudida por aquella electricidad desconocida que emanaba de la mano que apenas le rozaba.

— ¡Ah, estás aquí!

Fernando no respondió. Sino que muy envarado se giró lentamente y miró por encima de la cabeza de Jennifer. Detrás de ella, sonriente y altivo, Ernesto de las Carreras le dirigió la palabra con esa actitud propia de un caballero al que se reconoce.

—¡Fernando! Está aquí, contemplando el río por un agujero... así le será más difícil observarlo todo, ¿no cree?

—Hay poco que observar, señor de las Carreras...

—Ah, ah... de Torres, yo le he llamado Fernando, así que haga el favor de llamarme solamente Ernesto.

—¿Y qué importancia tiene llamarse Ernesto?

Ernesto de las Carreras soltó una risita y volvió a tomar del brazo a Jennifer, por lo visto era uno de esos tipos que para hablar tienen que tomarte el brazo o no terminan de explicarse, o eso le pareció a Fernando.

—Me avisó Ernesto de que estabas en cubierta... —le dijo Jennifer sonriéndole. Él se atusó el pelo y suspiró, seguía mirando a la puerta de la sala de pasajes, de espaldas al ojo de buey, al río, probablemente al mundo—, cuando me giré ya habías desaparecido... tenías que haber oído a Fortunato de los Santos... ese hombre es un privilegiado para contar las cosas como las cuenta...

—Hay demasiados hombres privilegiados —dijo Fernando—. Usted mismo... Ernesto, nos ha privilegiado a todos fundando el Casino Uruguay, en Paysandú.

Ernesto miró directamente a los ojos de Fernando, aunque no los encontró porque Fernando se dio la vuelta y prefirió contemplar de nuevo las orillas del río. Sin embargo, Ernesto, que era hombre sensible, que poseía don de gentes y delicadas maneras, le dijo al aire:

—Voy a Montevideo a casarme, señor de Torres... además, es cierto que tuve el privilegio de cofundar el Casino Uruguay, donde —continuó ahora mirando hacia Jennifer— se dan dos bailes al año e innumerables tertulias.

—Ah, bailar, bailar... —dijo Jennifer como quien recuerda algo casi olvidado.

—Podrán hacerlo en Montevideo... ¿baila bien, Fernando?

Fernando se giró. Ahora sí que Ernesto se encontró con lo más profundo de sus ojos.

—No. No he bailado nunca... En las estancias los patrones no bailan.

—Pues hágame caso, el baile, la danza, relaja los músculos y seda la mente... Un poco de felicidad no es mucho para malgastar bailando.

En ese momento llegó más gente a la sala de pasajería. Las personas fueron entrando, la señora de Debarbieri, su hija, hasta el mismísimo Fortunato, sonriente, enseñando su caja de dientes amarillos y mesándose la barba con pequeños tirones, mientras otros le preguntaban todavía por más detalles de hazañas, por más recortes de gloria y más disparos perdidos... Aquel aire confundido y lleno de palabrería fue ordenado por la voz del capitán Luis Bermúdez. Quien sonriente, enérgico, impecable y sobretodo muy capitán, se acercó a la barra, se apoyó al lado de la cafetera y les dijo a todos:

—Ya lo saben, a las siete en punto, cuando aparezcan las primeras estrellas, sonará la bocina del Tévere y dará comienzo el baile. Será nuestra bienvenida al mar del Plata.

La gente tocó las palmas como si el anuncio de un baile en cubierta fuese una fiesta especial, algo que podía no volver a ocurrir en la vida entera.

—¿Has oído? Habrá baile —le dijo Jennifer tomándole una mano.

Fernando separó la mano de la mujer, apartó de su paso al poeta y salió de la sala.

—Hombre curioso este Fernando de Torres... —sentenció Ernesto de las Carreras mientras saludaba, mano alzada, a alguna persona conocida de la pasajería.

—Lo es —dijo Jennifer.

—¿Realmente está enamorada de él?

Jennifer bajó los ojos y suspiró. La señora de Debarbieri, su hijita Elvira y otro señor se acercaban a ellos, pero le dio tiempo a responder.

—Creo que sí... Ernesto.

—En ese caso empújelo al baile de cubierta, estos nortños se amansan,

son bravucones, como el ganado cimarrón, pero este Fernando parece de otra parte, harina de otro costal, lee poesía, mira siempre pegado a la distancia, y posee un baúl lleno de celos y de inconvenientes, pero ámelo, Jennifer, ámelo, no pierda la oportunidad de ser amada en la vida, de ser elevada a la incandescencia, de acercarse a la inmortalidad.

Las tormentas de verano siempre son imprevisibles. Todavía lo son más en el hemisferio sur. Si el apagar de las tardes es rápido, las nubes no están inquietas sino que se suspenden como algodón, las aves apenas remontan el vuelo o surcan muy veloces el aire, no hay vuelos intermedios, y si adquiere el horizonte un solemne tono rojizo lleno de occidente y de crepúsculo es que va a llover. Las mismas personas sienten en sus interiores pasadizos vacíos, y la propia voz suena a hueco, el cabello se humedece antes que la brisa, los dedos tienden a unirse unos con otros, a no separarse, los pensamientos apenas existen o se diluyen como acuarelas que no pueden definir paisaje alguno.

Fernando no consintió en comer. Se llevó casi todo el tiempo en el camarote, tumbado en una de las camitas mirando al trasluz del ojo de buey, fumando sin parar y con la cabeza llena de susurros y gritos, de miradas y cerrar de ojos. No podía pensar más que en ella. ¿Dónde se hallaba ahora? ¿Qué estaría haciendo? ¿En qué lugar de la goleta? ¿A proa, a popa? ¿Con quién? ¿Con ese Ernesto? ¿Hablando de qué? ¿Contándole qué? ¿Hablando en inglés? Porque Ernesto sabía hablar inglés, y hasta cuatro idiomas, según se encargó de acertar mientras tomaron un café. No hay peor fiebre que la calentura provocada por la duda, ni ansiedad más grande que la que vivió esa media tarde. Trataba de pensar en sí mismo, en la estancia, en el ganado, en la felicidad de la que nunca había carecido hasta que apareció Jennifer Barnes

en su vida. La *Doctora* que apretaba la mano de la vieja y negra Europa mientras él nacía asistido por Barnes. La mujer que poseía el cabello rubio y los ojos azules más escandalosamente malignos de todo el oriente de América. Fernando sentía puñales que alguien clavaba una y otra vez en su carne, sentía la brasa del cigarrillo quemando el nacimiento de sus dedos y asimismo una fuerza muy grande dentro de sí, una fuerza que le retorcía el estómago y que más que hacerle vomitar hacía que se autodevorara una y otra vez, víscera a víscera, ahora el hígado, ahora el corazón... Eso es lo que sentía Fernando de Torres cuando eran las seis de la tarde del 17 de diciembre de 1870, sábado, a bordo del último viaje de la goleta Tévere, surcando el río Uruguay, el río de la vida y del sueño, el que todo lo da y todo lo quita, derrotando hacia la bahía de Montevideo, donde tal vez el mundo iba a explotar como un polvorín en su vida y eso, para bien o para mal, rompería su existencia por la mitad, le iba a marcar, como se marca al ganado, con una señal imborrable.

Cuando Jennifer abrió la puerta del camarote la corriente de aire que entró por el ojo de buey se llevó el humo y muchos de aquellos pensamientos atroces. Él no dijo nada, ni se movió, pero se sintió más tranquilo nada más oír que la puerta se abría.

—Estás descansando... —le dijo Jennifer.

—Así es, señora Barnes.

—Tonto... ¡Chambón!

A Fernando le hizo gracia que le llamara chambón, que es como solía llamarle su padre cuando estaba enfadado.

—¿Dónde has estado?

Jennifer le miró abriendo mucho los ojos y desliando al mismo tiempo el pañuelo amarillo de su cuello.

—¿Por qué preguntas eso?

—¿Que por qué? —él se incorporó y se sentó en un rincón de la camita—. Yo había supuesto que hacíamos el viaje juntos... Esa fue la propuesta en la estancia.

—Fernando...

—¿Fernando? Estás por ahí todo el día, sin que yo pueda ver qué haces, sin poder cumplir el cometido de cuidarte y de...

No pudo decir nada más porque Jennifer le besó en los labios. Fue un beso corto, pero suficiente como para acelerar su silencio y confundir sus sentimientos.

—¿Crees que he ido a pasear a un parque? ¿Acaso a una tertulia de ese Casino Uruguay? No es así, *milord*, simplemente he estado en el mundo.

—¡En el mundo de ese imbécil!

—Eh... Ese imbécil chambón me ha dotado de mucha información que nosotros necesitamos... Información sobre el futuro.

Fernando entornó los ojos, después torció el cuello y no evitó una estúpida risita.

—¿Información sobre el futuro? Eh, vamos... *my lady*.

—Así es, rústico caballero, información valiosa sobre el ganado, sobre el pienso que debe comer el ganado, sobre dónde conseguir sementales llegados de Europa, ah, y dónde asistir una tarde al Teatro de la Ópera... Muy pronto llegará el telégrafo a Paysandú, Ernesto me lo ha confirmado, y si llega a Paysandú llegará a Salto.

—¿Y? —preguntó poniendo cara de desacuerdo.

—Es la prosperidad... si llega el telégrafo llegará la civilización, los caminos se abrirán a todos los horizontes, ¿no lo entiendes?, tenemos que estar preparados, este país crecerá si la gente que lo habita crece también.

—Mi país es El Tiempo.

—No, Fernando, tú país eres tú.

—Ese tipo te ha metido ideas políticas, ¿eh?

Se sentó a su lado y cogió sus manos. Ella le miró a los ojos y meneó la cabeza. Soltó aquel cabello su efluvio todavía de violetas.

—Te quiero, Jennifer...

Ella no le dijo nada. Acarició el dorso de sus manos y después se levantó. Mientras comenzaba a desnudarse le pidió a Fernando que le permitiera quedarse sola. Así que él se incorporó, se arregló, estiró su camisa, se puso su chaqueta ¡y un sombrero! A Jennifer le pareció el hombre más atractivo del mundo.

—Te esperaré en cubierta...

—Sí.

—Quizá me esté informando con de las Carreras...

Jennifer sonrió y le besó en la mejilla.

—Estás muy guapo, chúcaro.

Se tocó el ala del sombrero y también le sonrió, atusó su bigotillo y carraspeó.

—Es por si llueve.

El mar del Plata no es la bahía más grande del redondo mundo, pero lo parece. Desde ella se puede atender a gran parte del firmamento. Los crepúsculos son infinitos, uno no puede precisar dónde empiezan y dónde acaban, a pesar del vasto horizonte. Allí el mar y el río parece que se agreden constantemente, pero no es así, lo que hacen es besarse, de manera continua y a veces hasta furtiva. Y los alientos del río y del mar cuando se mezclan forman un vaporazo constante sobre toda la bahía, vaporazo que entra por los puertos y recorre las calles y permite a los hombres sobrevivir en un fluido distinto, amoroso, aventurero. Sin embargo, los páramos son tierras contrastadas con los sueños discontinuos, son fragmentos de paraísos y de infiernos mezclados azarosamente. En los páramos no es fácil conciliar el sueño cuatro horas seguidas, el viento aúlla y desequilibra tanto que hace enloquecer hasta las madres de los broncos, las tardes caen de forma inesperada, ahora azul imposible ahora rojo de escoria de hierro. Los hombres tienen más pronunciados los músculos y los cortes de la cara, y los juegos de las mandíbulas, porque abren menos la boca para que no les entre la tierra y los ahogue.

Después de enterrar al viejo, Alfonso acompañó a su madre a la hacienda, pero al llegar a la puerta la dejó al cuidado de las gemelas y se acercó al río. Se quedó mirando el agua y comprendió que para poner orden

en su vida antes lo tendría que poner en sus sentimientos. Miró su propio rostro en el agua, se agachó y arrancó una brizna y se la llevó a los labios. En primer lugar quería saber quién había disparado contra su padre. En segundo lugar quería agarrar con fuerza las riendas de la estancia llamada El Tiempo. Y en tercer lugar quería saber dónde estaba Jennifer Barnes, qué pensaba hacer la heredera de media estancia, hacienda y ganado, qué quería hacer esa mujer... Por último estaba su hermano Fernando, tan legítimo como él a poseer las tierras... Pero su madre había puesto sobre sus manos la llave maestra, la materia legal y consistente de la propiedad. En fin, que Alfonso de Torres había decidido que la estancia El Tiempo, y cuanto contenía, sólo podía atenderse en dos direcciones: o su hermano y la Doctora no aparecían más, como hizo Barnes, o Jennifer le consentía el matrimonio y con ello la unión de los dos contratos en contrato único: en él.

—¡Don Alfonso!

Alfonso agarró la brizna de su boca y la arrojó al río. Después se giró y se acercó al hombre del Atrevido.

—¿Sabéis algo del Solari, del Solari viejo? —le preguntó.

—Poca cosa, don Alfonso... Parece que ya no se llega a El Hervidero y que se montó una chacrita, para arriba, para las lagunas...

—¿Ese piojoso se montó una chacra? ¿Para tanto da ser peón?

—Él le fue capataz a su viejo muchos años, don Alfonso, y sólo es una chacrita.

Alfonso agarró a aquel hombre por la solapa del poncho. Lo atrajo hacia su rostro y le clavó los ojos.

—¡Cuando hables de mi padre no le llames viejo!

—A lo que mande... don Alfonso.

Soltó al personaje, y dio unos pasos caminito arriba de la hacienda. Desde allí se veía, grande, luminosa, hermosa... Su hacienda.

—¿Y dónde dices que queda la chacra del Solari?

—No llega a las ocho leguas, don Alfonso, dirección a la cuchilla, ya le dije donde las lagunas...

Sin dejar de mirarle, sacó de su bolsillo una moneda de plata. Un peso del cincuenta. Los mejores. Lo acarició en sus dedos y se lo tiró al hombre sobre el poncho.

—Dile al Atrevido que a la amanecida me espere en el tasajo, cuando la campanada, y que se venga con seis hombres.

—A lo que mande, don Alfonso...

Subió las escaleras de la hacienda. Antes de entrar se dio la vuelta y miró al cielo. No sabía qué pensamiento le cruzaba por la frente, pero sí sentía malestar, no sabía por qué tenía metido en la cabeza, pero sí sabía que lo que fuera le daba mordiscos, le ahogaba los pulmones, le asfixiaba.

—Don Alfonso, que la señora doña Amalia quiere verle, que está en su habitación...

La pizpireta América se le quedó mirando. Alfonso también la miró.

—Dile a Atalaya que ya os puede cambiar la ropa negra. Que ya se acabó.

La chiquilla dijo que sí repetidas veces con la cabeza y desapareció de un salto. Después Alfonso pasó a la hacienda, y subió a la habitación de su madre. Se sentó a su lado, pero antes descorrió un poco los visillos del ventanal y permitió que entrara más luz. Su madre le tomó una de las manos. Parecía más vieja, de un día para otro había envejecido, sentía sobre sí misma que ya no era la dueña de esta casa, que otra mujer se llegaría pronto a reemplazarla, había amado a su marido y a sus hijos, y amaba todavía más a esta hacienda porque esta hacienda era su vida y su sueño... Y de pronto un manotazo del destino removía los cimientos de su historia, y por eso tenía miedo.

—Tu pobre padre...

—Déjalo madre. Ha muerto y está en paz.

—Mi Alfonso... te pareces tanto a tu padre...

Alfonso miró a su madre, le tomó las dos manos y le sonrió.

—Estarás bien.

—¿Qué piensas hacer, hijo?

—Pronto habrá matazón en la vacada. Lo tendré todo listo. Tenemos que tener carne salada para cuando lleguen las chatas, madre.

Amalia Lorenzo le sonrió. Se sintió un poco mejor.

—Esta hacienda depende de esa carne salada, madre...

—Sí, hijo.

Entonces se levantó y se quedó mirando por el ventanal.

—¿Y qué vas a hacer con esa mujer, hijo?

Alfonso sintió como un disparo en su espalda.

—¿Qué mujer?

—La inglesa, Jennifer.

—No lo sé. Que haga lo que quiera. Tu hijo Fernando parece interesado por ella.

—Tal vez sea un poco mayor para tu hermano...

Miró de soslayo a su madre. Apretó los labios y envaró el cuerpo.

—No lo sé.

—No es mujer para él, hijo...

—De cualquier modo, tendrá que acatar las órdenes de la Hacienda de Torres. ¿Dónde quieres meterla, madre? Ella es la dueña de la mitad de todo esto.

—No lo es, hijo. Lo es ese papel que te he dado.

—Verás —dijo Alfonso volviéndose a sentar en la cama—, si tu hijo Fernando se casa con esa mujer, yo me casaré con ese contrato.

—Así es, hijo. Así es.

Le pellizcó suavemente en la mejilla. Amalia sonrió y cerró los ojos.

—No tengas miedo.

—Tu padre me decía lo mismo.

—Pues eso.

Alfonso se despegó de ella y se acercó a la puerta.

—¡Hijo!

Alfonso miró hacia la cama.

—Hijo, ten cuidado... Que ya me mataron a tu padre...

—Lo tendré, madre.

Amalia no bajó a comer al salón. Cuando campanearon a la una Alfonso estaba sentado en la mesa. Él solo. Atalaya le sirvió la carne asada de vaca, las zanahorias y las patatas hervidas, y el puré de manzanas. El chiquillo le encendió un puro y la mujerona le acercó una cafetera y una taza.

—Quédate un momento, Atalaya —le dijo sin mirarla, mientras sostenía el cigarro.

—Dígame, don Alfonso.

—¿Han subido la comida a mi madre?

—Ya se la subió África, don Alfonso.

—Una cosa más...

La mujer le miró con los ojos muy abiertos. Se sintió nerviosa. Una vez muerto José ahora era su hijo quien mandaba. Y las cosas podían cambiar. Sólo tenía cuarenta años, cinco más que Alfonso, pero qué vieja estaba. Había parido a su hija oculta entre las sombras de un desgraciado, muerto en duelo criollo, un chúcaro acuchillado al que robaron ya por último el nombre, un tal Duarte, aunque todos sabían tasajera adentro que el padre de la hija de Atalaya era don José de Torres. Todos menos la gente que moraban esta

maldita hacienda.

—Diga don Alfonso...

—Quiero que reparen el galpón de atrás, que lo desarreen y lo pongan habitable. Y quiero que te encargues tú.

—Así se hará, don Alfonso.

—Y ha de estar en dos días.

Atalaya bajó los ojos y le rellenó la taza de café.

—¿Y si pregunta doña Amalia?

Alfonso la miró y se llevó la taza a los labios.

—No preguntará. Haz lo que te digo. Búscate un par de peones y me lo tienes preparado. Y ahora déjame solo. Y tú también, vete —le gritó al chiquillo de los puros.

Cuando Alfonso de Torres se quedó solo se acercó a la vitrina acristalada. Sacó el Máuser 1868 que una vez le puso su padre en la mano y lo miró. Después apuntó al ventanal, al boquete por donde entró la muerte a por el viejo, que estaba tapado provisionalmente con una manta. Cargó aquella arma y disparó hacia el cielo, dos veces. Dejó el Máuser encima de la mesa, se acercó al mueble y sacó del cajón llaveado el contrato de Jennifer. Lo sopesó en la palma de su mano, como si quisiera saber cuánto pesaba la mitad de esta hacienda. Eran varias hojas dobladas a lo largo, escritas con caligrafía puntiaguda y selladas con un pegotón de lacre ya desvirgado junto a la firma y el emblema del notario: Mauá y Cía, 1841 Montevideo. Cuando leyó la palabra Montevideo una lágrima de saliva amarga le corrió garganta abajo. De pronto se volvió a acordar de esa mujer. Sintió rabia, desesperación. Sin darse cuenta arrugó el contrato en su mano, escupió sobre él, lo abandonó en una bandejita encima de la mesa no sin antes prenderle fuego. Lo vio arder y el color de la candela le recordó el pelo de la mujer inglesa. Salió de allí. Corriendo, con el Máuser alemán en la mano y el corazón, agarrotado como

un nervio, en la boca.

Aún no había sonado la campana cuando llegaron el Atrevido y la media docena de guachos a la tasajera, pero ya Alfonso de Torres estaba allí. Sostenía una bombilla de mate en la mano y sorbía por ella. Llevaba puesto un poncho, algo habitual en la vacada, incluso en el verano. Él sí que parecía un guacho, en vez de un de Torres, su semblante serio, su frente despejada, escudriñados los ojos y torcidos los labios hacia adentro, él sí que parecía un guacho, con el sombrero y el poncho y el arma en la mano y un facón encintado. Apenas había dormido. Habló un rato con su madre y se sostuvo toda la tarde en el salón. También cenó solo, y cuando la noche ya caía como boca de león se sintió él, Alfonso de Torres y Lorenzo, solo y triste. Tiró de un cajón del mueble y tomó la llave de la habitación de Jennifer. Abrió la puerta y se quedó mirando aquel cuarto penumbroso, la ventana permanecía sólo un poco abierta, pero la luz de la noche entraba por allí y lo dotaba todo de un aire espectral. Entonces Alfonso entró en la habitación y cerró la puerta. Se quedó allí de pie, sin moverse, como una sombra. Respiró el aire que estaba suspendido y quieto, como si la habitación aquella hubiera sido un frasco que acababa de ser destapado después de años, lo respiró varias veces seguidas y por la cabeza se le pasó nítidamente el suceso del templete, recordó los labios de Jennifer Barnes como si los estuviera besando ahora, recordó su olor y el tacto de sus brazos como si la abrazara en este momento, en realidad lo que sintió fue un escalofrío que le hizo apretar las mandíbulas y acercarse a la ventana. Descorrió un poco más los visillos y así entró un poco más de luz de plata. Después se tumbó en la enorme cama de Jennifer Barnes. Inconscientemente ocupó el lugar que él creía que ocuparía en caso de estar casado con ella, y volvió la cabeza hacia su lado izquierdo, y besó en el aire a una imaginaria mujer, también rozó la almohada con la punta de sus

dedos. Desde la otra parte de mundo, desde más allá de la ventana, se oyó una guitarra, probablemente una vidalita nueva, surgida de la noche y de los páramos.

—A las buenas se las tenga, patrón... —le saludó el Atrevido mientras se apeaba de la montura.

—A las buenas, Atrevido y la compañía... Tómense de la cafetera del fuego, que luego nos vamos.

—¿Me dijo el guacho que iremos a la chacrita del Solari, patrón? —preguntó el Atrevido con ese tipo de pregunta que afirma al mismo tiempo—. Así que vamos a sudar a los broncos, don Alfonso, el día parece bonito...

—Parece bonito... —repitió Alfonso mientras sorbía por la bombilla.

—Tómenselo muchachos, pero no me macaneen que se nos duerme el culo... —les gritó el Atrevido a los guachos mientras estos discutían sobre el café y el tabaco.

—¿A cuánto está la chacra?

—La vimos de lejos, patrón, a no más de ocho leguas, al este, para las cuchillas —respondió el Atrevido alzando su brazo en dirección a lejanos montes.

A pesar de las palabras del Atrevido el día no parecía bonito. Aún no había roto toda la claridad porque era día de demasiadas nubes, y las nubes venían sopladas justo de los picos a donde ellos iban a dirigirse. Un chiquillo del mestizaje se hizo cargo de la candela cuando los guachos terminaron con la cafetera, los caballos trotaron suaves sobre la tierra roja y amarilla, después aumentaron el ritmo y finalmente a galope de tambor se perdieron, en dirección al este, camino de la chacra de Ramón Solari. Aquellos páramos de la República Oriental estaban enmapados a vista subjetiva, allí vivía gente pero muy separada, algunas estancias, pocas, alejadas, y algunas chacras que

eran ranchitos de estancieros y capataces que habían ahorrado durante toda su vida, como el Solari. Ocho leguas son más de cuarenta kilómetros de piedras, arbustos, riachuelos sin nombre y soledad. De vez en cuando encontraban un esqueleto cimarrón torcido al lado de una fuente, de vez en cuando algún pirincho negruzco se cruzaba por encima de las cabezas de los jinetes. En el momento que oyeron disparos detuvieron los broncos y, como atendiendo a una conducta tribal, todos se arremolinaron en torno a Alfonso de Torres.

—Que se oye el fogeo, patrón...

—Debe ser la rebeldía de Aparicio... —dijo uno de los hombres.

—Hay mucha chaqueta color arena, mucho chúcaro con guerreras, patrón —le dijo el Atrevido a media voz, a pesar de que estaban en un lugar totalmente aislados, como si el viento del este pudiera llevar los mensajes de piedra en piedra como de boca en boca, y eso quisiera evitarlo el Atrevido.

Alfonso levantó la cabeza cuanto pudo y husmeó el aire. No sabía bien por qué lo hacía, él no se halló nunca en una guerra, en ningún campo de batalla, había olido la pólvora y su crédito sólo en disparos cortos, tiros solitarios de los hombres de aquí, pero no el fragor de una refriega seria, de una campada ante rebeldes de Timoteo Aparicio. Pero Alfonso de Torres husmeó el aire y adivinó el punto de donde llegaban los disparos. Miró a los hombres y sin decir nada trotó suavemente hacia aquel lugar que indicaba el husmeo, detrás de una loma, seguido de todos. Desde allí ojearon a una corrida de caballistas, que gritaban mientras huían hacia otra presa, una vez incendiado y saqueado de aguardiente un poblacho y de haber matado a la pobre gente que no pudo esconderse de esos miserables. Alfonso paró su bronco. Desenfundó su Máuser 1868, se lo encaró, cerró un ojo y buscó el fiel del cañón. Durante unos segundos movió lentamente la cabeza y el arma siguiendo la correría de los rebeldes, el Atrevido cruzó entonces su montura y le miró.

—No dispare, patrón. No es bueno. Se nos echarán encima.

Mantuvo el arma apuntando. Pero la bajó, sin apartar la mirada del grupo de rebeldes, y la acarició con sus manos.

—¿Son gente de Aparicio?

—Son gente que dicen que son de Aparicio, don Alfonso. Ese general nos lo anda revolviendo todo... Son mala sangre, patrón... Chúcaros nerviosos que se tiran al beberaje y a la destrucción... Criollos locos...

Alfonso miró a los ojillos del Atrevido y asintió, así que dio la vuelta a la montura y tomaron de nuevo el camino correcto.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Pregunta.

—Pero no se me lastime, patrón, que sabe que soy fiel de muchos años, y que mis guachos lo son conmigo.

—Pregunta ya, Atrevido.

—Pues se verá, patrón, que los Fermines le siguen tratando en la vacada. Estamos en matazón y ellos le llevaban a su difunto padre los cargamentos de cuero y las fiambres de tasajos. Que me parece a mí que los Fermines no se puntean las cabezas, patrón... que las cabezas las dejan, se llevan la carne salada, la carne ya lista, don Alfonso... todo lo que no es cabeza.

—¿Qué estás diciendo?

—Se lo están levantando, patrón.

Alfonso se mantuvo en silencio unos segundos, olisqueando no se sabe qué del páramo, y luego le dijo:

—No quiero que te separes de mí.

—No, patrón.

Cabalgaron tres horas todavía. Los broncos espumaban y ellos también estaban cansados. Los hombres montaban sobre recados, que son unas sillas

más grandes, de piel de oveja, pero él llevaba la silla europea de su padre, y ahora el sol del verano si volvía allí, por encima de las nubes pero buscando alternativas para acalorar a caballos y jinetes, las sombras caían como plomo bajo ellos, el rumor de un riachuelo los desvió unos metros y bebieron.

El Atrevido señaló una loma distante medio kilómetro.

—Allá lo tiene al Solari, don Alfonso.

Subieron por aquella loma al paso. Detrás había un terraplén de tierra roja, una especie de microdesierto en medio de las primeras levantadas de las cuchillas. Una bonita hacienda, blanca, de una planta y tejadillo chato, una cuadra cerca y algunos caballos pastando sabe Dios qué en aquellas tierras. Gallinas y chajás revolotearon ruidosamente cuando ellos llegaban a la puerta de la chacra, algún perro ladraba, dos niños se escondían. Era el mediodía cuando Alfonso de Torres y la gente del Atrevido llegaron a la chacrita de Ramón Solari. Un muchacho de unos dieciséis años, de aspecto decidido y de lacio pelo largo, salió a la puerta sosteniendo una escopeta de dos cañones.

—¿A qué se las traen, señores?

—Dime, ¿eres tú del Solari? —le preguntó el Atrevido.

—Esta es la estancia de Ramón Solari, señor...

Los guachos rieron montados en los broncos. El desparpajo y la seriedad del muchacho no los aterrorizaba pero sí que les hacía reír, sobre todo cuando dijo aquello de la *estancia de Ramón Solari*.

—La estancia de Ramón Solari, ¿eh?

—La estancia de *don* Ramón Solari, señor.

Ahora los hombres rieron hasta el punto de que alguno se dejó caer en el cuello de su propio caballo.

Una mujer salió a la puerta de la chacra. Traía en la cabeza un pañuelo negro y un cuchillo en la mano. Se acercó al muchacho, que era su hijo, y se mantuvo en silencio junto a él.

—A las buenas las tenga, señora... —le dijo el Atrevido.

La mujer permaneció callada, pero levantó la cabeza hacia los hombres, en actitud desafiante. Era una mujer hermosa. Bajita y rechoncha, pero hermosa. Su cara era ancha y estaba tostada, sin embargo, alguna vez debió ser de tez clara, como un paño blanco.

—¿Dónde está tu padre, muchacho? —le preguntó Alfonso.

La voz de Alfonso sonó distinta a la voz de todos. De nuevo por esa extraña conducta tribal de los humanos, cuando él preguntó todos dejaron de reírse, la mujer bajó los ojos al suelo, el Atrevido escupió a la tierra roja sin hacer ruido, a los mismísimos broncos dejaron de temblarle la carne de los costillares. Es como si todo se hubiera quedado quieto en un momento, incluido el aire del este.

—Tendrá que matarme primero, señor —le respondió el muchacho, sin nerviosismo, seguro de sí mismo y manteniendo la mirada fija en los ojos de Alfonso.

Alfonso de Torres le miró firmemente a las pupilas, y recordó los ojos de su hermano ahorcado a la sombra del ombú, córneas limpias y pupilas oscuras, llenas de terror y de decisión, de hombría y de madre protegida y protectora. Sin dejar de mirarle se bajó de su montura, mientras le preguntó:

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—¿Y usted cómo, señor?

—Bonita chacra —dijo Alfonso caminando dos pasos hacia la puerta de la hacienda.

—Todavía no está acabada, señor —le dijo la mujer cruzándose en su camino.

Miró a aquella mujer.

—Yo la conozco, señora...

—Yo también, de Torres... Usted debe ser Alfonso, el hijo mayor.

—Señora... ¿por qué no guarda el cuchillo y nos dice dónde se esconde Solari? —preguntó en tono amable.

—¡Ramón Solari no se esconde de nadie, señor! —gritó el muchacho.

—Tiene nervio el guachito... —le dijo Alfonso sin mirarle.

—Díganos lo que quiere, de Torres, díganos a qué ha venido, señor...

La mujer estaba visiblemente nerviosa. Conocía a Alfonso de Torres porque hace años peonó también en El Tiempo, al igual que su marido. Ellos habían trabajado mucho para levantar esta haciendita, ellos eran personas libres, una familia que deseaba vivir en paz y sostenerse bajo el cielo uruguayo, que es el cielo por donde vuelan los pájaros lindos, como buenos patriotas y temerosos de Dios. Le habían matado dos hijos, probablemente a las órdenes de este Alfonso de Torres que ahora la miraba insolente y señorial. Había venido aquí, a la hacienda a la que todavía le faltaban las azoteas, a un lugar inhóspito, a buscarle al marido, tal vez a matarle a otro hijo, y no lo iba a permitir. Así que en vez de bajar el cuchillo, como le pidió Alfonso, lo levantó y se lo clavó en el hombro. Todo sucedió muy rápido. No fue una herida importante, la hoja llegó a la carne como una pestaña caliente a un ojo, pero tuvo que atravesar el poncho y esa circunstancia evitó males mayores. Alfonso le agarró la mano que empuñaba el cuchillo y la separó. El muchacho se puso encañado y encaró su escopeta hacia Alfonso, pero fue él el que recibió un tiro en un hombro, un tiro que lo derribó prácticamente a los pies de su madre. La mujer gritó con todas sus fuerzas clamando al cielo y a la vida, algunos hombres se apearon de los broncos, Alfonso se miraba sus propios dedos manchados de sangre, el muchacho se retorció en la tierra abrazado por su madre, algunos perros ladraban, una niña pequeña apareció llorando delante de la puerta de la chacra, y como surgidos de lo invisible, a la vuelta de la hacienda asomó Ramón Solari, erguido en su montura, seguido de varios hombres mal vestidos y peor malencarados. Solari dio un salto del

caballo, separó a su mujer de su hijo y entornando los ojos le miró la herida.

—Bueno... ahora puede rematarlo don Alfonso, ya me mató a dos, quiere matar también al tercero...

La mujer se desató el negro pañuelo y limpió la baba de su hijo, después, de rodillas, sin saber bien si mirar a su hijo o al firmamento, susurró:

—¡Dios mío, que tú sabes bien que los tengo a todos acristianados!

—Sólo he venido a hablar contigo, Solari...

Ramón Solari se levantó y miró de frente a Alfonso de Torres. Era un hombre bajo pero fuerte, tenía un espeso bigote negro y su cara estaba bien marcada por los años y los trabajos.

—¿Y a qué se las trae, vecino?

—Vengo a por el ganado, Solari.

—¿El ganado? ¿Qué ganado, vecino? ¿Hay algún ganado?

—Estás robando mis cabezas, Solari... —le dijo Alfonso.

—No es cierto, vecino... Cuento las cabezas que tengo marcadas. Son una docena, de Torres, una docena de vaquillonas cimarras y cornalonas que no me tienen ni un becerro, de Torres, mírelas y cuéntelas, y si alguna lleva marca sobre marca yo mismo me pegaré un tiro en la sien, no tendrá que malgastar su bala, vecino.

La mujer incorporó a su hijo malherido. Ramón Solari abrazó a los dos, la niña chica de la puerta también salió corriendo hacia ellos. Formaron como una piña. Detrás de los Solari los tres malencarados permanecían quietos y en silencio, pero mirando intencionadamente a los hombres del Atrevido; y sobre todos los que allí estaban, a aquella hora pasado el mediodía, cerca de donde nacen las cuchillas que se yerguen hacia occidente, estaba el cielo... muy volado, cargado de nubes rojas.

Alfonso miró la chacra. Ramón Solari se acercó a él y le dijo a las espaldas:

—Oí lo de su padre.

Alfonso se giró y clavó los ojos en aquel hombre.

—¿También oíste el disparo que acabó con su vida?

—Aquí no se llegó la disparada, me lo dijeron unos peones allí donde el muelle viejo.

—¿Dónde el muelle viejo?

—Se llevan la madera, vecino... Ya no queda ni totorita en las lagunas, y esa madera es vieja y sólo sirve de cagaderos de gaviotos.

—¿Y oíste quién lo hizo, Solari?

—Mire, vecino... yo soy un hombre de Oriente... No tuve nada contra su padre. Trabajé con él y después me despedí. Yo no hubiera matado a su padre, créalo, yo le hubiera matado a usted, Alfonso... —Ramón Solari miró a su familia, se acercó a su hijo y lo alzó en brazos, después se dirigió con él, seguido de su mujer y la chiquilla hacia la puerta de su chacra.

El Tévere seguía navegando, si es que puede llamarse navegar a surcar el agua tan tiernamente como quien alisa el cabello de una muchacha amada. Desde muy lejos se divisaba el cerro que da nombre a la capital, al oeste de la hermosísima bahía. La goleta llevaba sus velas plegadas, pero, diríase que movida por un extraño y oculto motor, costeaba apaciblemente la franja de Canelones.

Montevideo, a primera vista, fue sólo una mancha de ciudad allá a lo lejos, en torno a un monte, pero poco a poco se lograba divisar que era más que una ciudad, era la capital de Oriente, llena de calles largas y de esbeltas farolas de hierro fundido encendidas al caer la tarde. Seguramente sumergida en humo de tabaco y en aliento de amargo mate, abochornada por las vidalitas que borrachos y pendencieros le cantaran a altas horas de bebería, arropada en su propio rubor al paso de la soldadesca y los extranjeros. Todavía faltaban unas dos horas para arribar al muelle Lafone, destino final de la goleta, pero casi toda la pasajería estaba ya en cubierta, arreglada, ansiosa, sonriente y capaces de pensar que cada uno de ellos había resultado imprescindible para que este sereno viaje hubiese dado buen fin.

Serían las siete de la tarde. Todavía el cielo estaba azul, ninguna nube aparecía señalando punto cardinal ni límite. Sinceramente, el mar del Plata parecía el agua que cabe en el cuenco de las manos del todopoderoso Dios. Fernando de Torres vestía un elegante traje oscuro y un pañuelo gris anudado

al cuello, llevaba puesto su sombrero *por si llueve* y permanecía en la popa, quieto, con la mirada fija en algún punto indeterminado del muelle, y con su eterno cigarrillo rectilíneo, recién encendido, en una de las comisuras de los labios.

Mucha gente estaba en el muelle esperando el que iba a ser el último viaje del Tévere. Podían distinguirse a las personas por el grupo en el que estaban inmersas. Aquí, junto a las piedras de los amarres, los cargadores, los capataces y los muleros, casi todos mestizos, aparentemente fatigados pero sin ninguna mirada de atención a la hermosa goleta, tantas veces la habrían visto y tantas descargado sus pequeñas bodegas. En otro lugar se apiñaban personas variopintas, algunos pedían sin conseguirlo miserables reales para tomar el trago último, antes de pedir para el siguiente, en las múltiples tabernas de entradas ennegrecidas y ambientes vaporosos del puerto. Pero allí en el centro, a la caída de la pasarela y del guardamancebos con que la marinería consiguió unir la nave a la tierra firme de aquella península, que resultaba ser el malecón montevideano, estaban las personas insignes, los auténticos esperadores del Tévere, incluida alguna mujer hermosa, y algunos caballeros de largos y blancos bigotes cuya vestimenta denotaban el poder y la riqueza de la que disponían. Uno a uno fueron descendiendo del barco, Fernando no acusó nerviosismo, permanecía allí en el fondo de la nave, esperando a que su adoradísima Jennifer decidiera por fin subir las escalerillas hasta la cubierta y pudieran juntos, como corresponde, abandonar aquel cascarón divino, aquella elegante goleta en cuyo secreto se esconderían para siempre las palabras más tiernas y los deseos más sublimes que nunca nadie pudo imaginar, siquiera hechizado.

Al fin subió a cubierta. Estaba radiante. Llevaba el pelo recogido en un moño, un elegantísimo traje azul que él nunca había visto, y su pañuelo sedoso y amarillo anudado al cuello. Fernando se acercó a ella, no le dijo

nada, con un movimiento del brazo la invitó a que bajara asida a él por la pasarela.

—¡Ahí la tienen! La encantadora *lady* Barnes, y su caballeroso acompañante, y creo que prometido, el señor hacendado de Salto don Fernando de Torres...

No esperó aquel recibimiento. Muchísimo menos por parte de Ernesto de las Carreras quien, junto a los suyos, que eran los más distinguidos, les presentó nada más descendieron del barco. Jennifer, haciendo gala de su educación y exquisitez inglesa, se acercó a ellos y uno a uno fue saludando a aquellos señores y señoras, una de las cuales era la hija del mismísimo gobernador de esta capital, la prometida de Ernesto. Fernando miró a aquella jovencísima mujer de cara ovalada y cuerpo delgado que no se separaba a más de medio metro de su galante y pretencioso prometido. No era más que una niña, casi diría que recién salida de la infancia. Eso le chocó, porque Ernesto era de edad parecida a la suya, sin embargo, él, un de Torres, estaba enamorado de una mujer que incluso era unos años mayor que él, pero este Ernesto estaba enamorado de una niña de pelo castaño, re peinado con sutileza y esmero, lo que le daba un misterioso tinte azulado a pesar del castaño, y que ella permitía que cayera sobre su desnuda espalda, seguramente para parecer mayor y darle la importancia merecida a la primera vez que se acercaba al puerto de Montevideo, como una señora que esperaba a su prometido dispuesta a demostrar lo que sabía de la vida, aunque no era difícil observar que todavía la sangre no había subido a sus tiernas mejillas con la intensidad que con seguridad lo haría, quién sabe si años o sólo semanas más tarde.

Ernesto apretó finalmente la mano de Fernando. Alargó su cuerpo cuanto fue capaz y le regaló una especie de sonrisa nueva que no había mostrado en el fluvial trayecto.

—Amigo de Torres —le dijo —, Montevideo es una gran ciudad, sus edificios son altos, la piedra de la que están contruidos ha resistido diversos sitios, las calles son largas, las callejuelas en cambio son picudas, pero la gente es habladora excepto cuando sorbe mate. Pues bien, amigo de Torres, en la Casa Blanca que hace esquina entre la calle de la Cruz de San Pedro y la calle de San Benito encontrará mi domicilio. Le será fácil encontrarla, pues es la residencia de mi futuro suegro el señor Giró.

Fernando abrió los ojos y miró fijamente a los de Ernesto, pero en realidad lo que quería era abrir las orejas y recordar esas remotas direcciones que acababan de mencionarle, en una ciudad que pisaba por primera vez en su vida. Ernesto no permitió que aquella sonrisa abandonara su faz, y comprendió la mirada interrogante de Fernando, así que en voz bisbisera le dijo:

—Sólo tendrá que preguntar por el Ministerio de Defensa... La Casa Blanca de Giró se encuentra ubicada exactamente enfrente.

Un carrero de aspecto limpio y con gorra de plato se acercó.

—Señor: el equipaje ya está en el carruaje, cuando lo desee el señor partiremos a la dirección que estime.

Fernando no supo qué decir. Miró a aquel carro y vio a Jennifer acomodada dentro, esperándole. Apretó una vez más la mano de Ernesto de las Carreras y volvió a mirarle con aquellos ojos bien abiertos del principiante que acude por vez primera a la ópera de la vida.

—Permítame que yo mismo le indique a su cochero la dirección del hotel donde pasarán ustedes la noche.

Fernando no sabrá nunca lo que sintió en su cabeza. ¿Indignación? ¿Impotencia? ¿Una mezcla de distintos alcoholes difíciles de disolver en el mismo vaso? Sin embargo sintió también algún alivio. La noche caía, las farolas y los quinqués de las tabernas empezaban a parecerse a tímidas

luciérnagas que anunciaban la llegada pronta y sugerente de la oscuridad.

Ernesto no se detuvo más. Antes de girarse a su propio coche, donde su adolescente prometida Emilia le esperaba sentada, y previsiblemente impaciente, junto a otra señora, Dolores Maturana, señora de Giró, le dijo al cochero:

—Encárguese de llevar a los señores al Hotel Buendía... Tienen allí una *suite* reservada.

Antes de separarse Ernesto metió la mano en el interior de su chaqueta. Sacó un sobre que contenía dos cartulinas de color rosa con un sello azul estampado. Fernando las cogió y le miró como quien mira a un desconocido bienhechor.

—Se las van a solicitar para poder salir de este adorable jardín de barcos y de olores marinos y fluviales... así es el Plata, amigo. Tendrán que pasar entre las garitas de la Administración Nacional de Puertos, antes de adentrarse en Montevideo. Disfrute, amigo de Torres, ya le dije: Montevideo es grande, pero no lo suficientemente grande como para que señores como usted y su encantadora prometida no vuelvan a encontrarse con nosotros. Y así lo deseamos, créame.

Ernesto señaló entonces a su coche y sin decir nada más se alejó. Fernando se dio la vuelta. Encendió uno de sus cigarrillos y después de exhalar la primera calada al cielo brumoso de esta orilla platense, se dirigió también a su coche. Antes de subir descorrió un poco más la cortinilla y miró al interior. Allí, en la penumbra romántica y misteriosa de los coches de caballo, estaba ella, esperándole, con los ojos semicerrados, como es aquí el cielo al caer la noche, semicerrado y de un color azul al que difícilmente puede nadie aplicar un correcto adjetivo.

—Estás muy guapa...

—Sube.

Fernando se aseguró antes de que todo el equipaje, no más que dos bolsos y un maletín de mano del que no se separaba Jennifer, estaba bien guardado, precaución que enfadó al cochero. Después se adentró también en aquella enamoradiza penumbra del elegante carruaje y se acomodó enfrente de su amada. Cogió sus manos y sin decirle nada más se las besó. Muy tiernamente.

No hizo falta presentar aquellos salvoconductos que con tan tanta gentileza le entregó Ernesto de las Carreras. El coche se detuvo, pero ellos oyeron sólo una voz que le preguntaba al propio cochero desde la garita:

—¿Cuántos?

—Señor y señora, del Tévere que acaba de arribar, no más, sargento.

—¿Llevan la cartulina estampada?

—Llévanla, señor.

Y el coche siguió su camino, y por fin Montevideo se desnudó frente a ellos, con una larga calle como Fernando no había visto nunca en su emparamada vida. No pudo resistir la tentación de descorrer con plenitud la cortinilla y ver la calle infinita y aventurera adentrándose en aquel carruaje, allí con ellos, en aquel interior de cofrecillo mágico, adentrándose imagen tras imagen, olor tras olor por sus ojos y por cada uno de sus poros, tanta era su emoción y tanto su contento. Además, estaba con la mujer más maravillosa que nunca pudo haber existido. Con Jennifer Barnes. En Montevideo. En el auténtico Montevideo. Como si aquello significara para Fernando de Torres, para el más pequeño de aquella saga de Torres —casi cimarrona, que sin él saberlo había quedado dolorosamente huérfana de patriarca— el sentido más explícito que podía un hombre dar a su vida, aunque la ciudad aquella soñada y siempre tan lejana significaba mucho más que una ciudad, era una especie de representación de todo el redondo mundo,

de todo el universo con el que había soñado, como pedacitos de historias que oyó contar a su propia fantasía desde niño.

El Hotel Buendía no es que fuera sólo precioso. Es que era un auténtico hotel. Su fachada blanca tenía una altura de más de cinco pisos, y contaba con más de cien habitaciones, ordenadas con número de tres cifras vaciados en bronce. Cosa sorprendente. Su arquitectura exterior era muy digna de ser recordada. Sus múltiples ventanas estaban encendidas, iluminadas, cuando sólo era la luz de la extensa tarde porteña, y no más que eso, lo que dotaba de luminiscencia a aquel singular edificio. La puerta de entrada parecía traída, tal como estaba, sin tocar, sólo para desembalar y encajarla en su hueco, de París, de Londres, de Praga, o de alguna remota y extraordinaria ciudad de Europa. Y sobre aquella puerta, debajo de una orla de madera noble y con letras de dorado viejo, estaba incrustado, con talla de inmejorable maestría tipográfica, el nombre del hotel donde iban a pasar la primera noche montevideana.

Cuando cruzaron al Hotel Buendía, a Fernando de Torres le pareció que aquella arquitectura de ensoñación olía parecido al perfume de violetas francesas de Jennifer. Cerca de una columna de ágatas veteadas había un piano. Un elegante señor con el pelo echado sobre la espalda, vestido con chaqueta negra y adornado con una finísima palomilla, lo tocaba.

Miró a los ojos azules de Jennifer. Se encontraban casi debajo de una lámpara que adornaba el techo y dotaba de resplandor amarillo y apacible el salón. Quería hacer algo, deseaba sentirse no como el dueño de todas las cosas que le maravillaban y que, aunque permanecían, naturalmente, quietas, a él le parecía que giraban a su alrededor, pero sí quería sentirse con esa porte y esa frivolidad de quien ha pasado buena parte de su vida en edificios similares, como tal vez le ocurriera al estirado Ernesto, al que recordó esta

vez con simpatía por haber acertado plenamente en enviarles a un lugar como éste. Jennifer le sonrió y le cogió de la mano. Un ligero movimiento, una minúscula presión de los dedos de la hermosa mujer de pelo de vítreo, y casi indefinible color topacio, fue suficiente para que Fernando de Torres y Lorenzo se dejara guiar por ella apenas tres metros más allá, donde en una barra circular de madera ebanécea se reflejaba el rostro sonriente del receptor del hotel, tan brillante y pulida era.

—Señor y señora de Torres, sin ninguna duda... Acaba de confirmarlo un noticiero...

Ante la mirada atónita que debió delatar a Fernando de Torres, el encargado *Señor* recepcionista les sonrió más todavía, y haciendo gala de una cortesía y una petulancia espectacular les dijo:

—Señores, el Hotel Buendía cuenta con el mejor servicio de noticieros y recaderos de toda la Banda Oriental y no hace más de una media hora fueron reclamados desde la mismísima Casa Blanca del señor Giró, anunciando su llegada y considerando oportuno reservarles una de nuestras mejores habitaciones... Ahora, si es usted tan amable, sólo tendrá que firmar o rubricar su nombre en este libro y yo sólo tendré que entregarle la llave que les abrirá la habitación 201, la cual ha sido, como les he dicho, reservada especialmente para ustedes.

Fernando cogió con suavidad la pesada pluma que el encargado le entregó y firmó en el libro. Inmediatamente el encargado pasó el rodillo secante por la tinta y aprovechó sin dejar de sonreír para decir:

—Y créanlo, señores, no pasará entero el próximo año 1871 sin que el telégrafo del que hablan las gacetas esté instalado para el servicio que estime nuestra distinguida clientela.

Fernando echó una mirada digna de ser contrastada en una pulpería de Quebracho sobre el impertinente hombre. Éste le entregó una sólida llave de

bronce esposada a una arandela, también dorada, que la unía a una tabla de color negro donde el número 201 estaba sutilmente grabado. Después miró a Jennifer que no dejaba simular una media sonrisa elegante y perturbadora y le dijo casi en un susurro confiándole su brazo:

—Señora de Torres...

Y ella se asió al brazo de Fernando, y con cadencioso paso subieron unas magníficas escaleras de mármol, y llegaron, lentamente, como cruzando con precaución un desfiladero, un pasadizo que serpentea por un lugar secreto, a través de una cueva tal vez mágica o insondable, a la puerta que sostenía encima de su marco el número de la llave; mientras tanto, la música del piano junto a la columna de ágata parecía perseguirles y adentrarse con ellos en la habitación reservada 201.

La imaginación de un hombre joven, ávido lector de poemas de lord Byron y ocasional y distinguido huésped de *hoteles* de Quebracho, acusado contemplador del horizonte y de la corriente del agua de los arroyos del Uruguay, no era suficiente para acaparar tantas cosas bonitas como había dentro de aquella *suite*.

Jennifer pasó al interior con naturalidad británica, pero él sólo fue capaz de cruzar la puerta y cerrarla. Después se quedó allí, dulcemente petrificado, sin saber en qué lugar de aquella formidable habitación debía posar antes su mirada. La luz de la calle entraba por un ventanal que parecía sacado de un sueño de gasas, adornado con un cortinaje de tela roja; cerca del ventanal, en la pared con la que formaba un coqueto rincón, había una mesa de caoba, una especie de escritorio donde no faltaban, pulcramente instalados, elementos y utensilios de escritura, un tintero immaculado, un plumín nuevo, papel para escribir y sobres de color crudo donde ya venían estampados el nombre y las señas del Hotel Buendía.

Se desató sin esfuerzo el rodete de su pelo y con un femenino movimiento de cabeza lo revoleó a ambos lados, para darle soltura y comodidad, después, soltando una pequeña risita, se tumbó en la cama y cerró los ojos.

—¡Jennifer! —exclamó Fernando sosteniendo una bandejita de alpaca, llena de pequeños dulces y bombones envueltos en papeles amarillos.

Jennifer le miró. Por un momento creyó estar ella también sumergida en un sueño. No le había impresionado el Hotel Buendía, ni siquiera Montevideo. Había nacido en Londres y había vivido allí toda su vida, excepto estos meses americanos. Lo que no imaginó nunca Jennifer Barnes, esa inglesa amante de la medicina que había navegado miles de millas oceánicas hasta llegar a su hacienda, es que se encontrara ahora absorta, mirando a aquel hombre recién sacado de los páramos, a aquella extraña flor silvestre que había nacido entre el vasto pasto de las tierras orientales, donde asalvajados rebaños de animales y de hombres eximidos de corazones urbanos pastaban y surgían, vagando siempre como los vientos pamperos, o inquietos y alertas como odiosos pirinchos. No comprendió cómo se podía haber enamorado de un hombre como aquel. Un hombre que quedaba profundamente impresionado por media docena de bombones con envoltorios amarillos.

—¡Jennifer, son bombones... bombones de chocolate dulce, mira cuántos! —Fernando deslió uno con lenta impaciencia, como si temiera desgarrar el envoltorio de aquel dulce y perder así parte del sabor hechizante, del sutil bocado propio de dioses. Después sostuvo la pequeña joya de chocolate y la llevó hasta su nariz para olerla, y luego se sentó en la cama, cerca de ella.

—Cómetelo de un bocado, Fernando. No quieras descubrir la primera vez qué esconde en su interior.

Así lo hizo. Cerró los ojos e intentó pasar por su cabeza las imágenes más hermosas que recordaba o que era capaz de inventar para acompañar aquel suceso gustativo. Jennifer se incorporó, y todavía permanecía Fernando con sus ojos cerrados cuando ella le dio un pequeño beso en los labios.

—El chocolate es bueno —le dijo—. El mejor.

Jennifer Barnes se despertó a una hora avanzada de la noche. Había dormido poco y mal. Miró a Fernando apaciblemente dormido y le acarició la mejilla. La ventana estaba un poco abierta y el frescor caluroso de la noche la consoló un poco de su fatigado sueño. Se sentó en aquella mesa escritorio de caoba y escribió un par de cartas. Una de las cartas iba dirigida a Inglaterra, y la otra a la estancia El Tiempo, a nombre de don José de Torres, de un muerto (lógicamente Jennifer desconocía el terrible suceso), no sólo con la única pretensión de indicarle que habían llegado a la capital, dónde se hospedaban y que se encontraban bien: "*...Sino de otros importantes asuntos, de los que no debe preocuparse más que en su momento, señor de Torres, oh, permítame llamarle José, porque tanto su querido hijo Fernando como yo estamos seguros de que serán de su plena complacencia...*".

Suspiró y miró a la pared. Cerró los ojos y sabía que no había terminado de escribir esa carta. Comprendió que esa carta también debía ser escrita, o al menos consentida, por Fernando, tantas eran las cosas importantes que debían de ser señaladas en ella. La mañana sucedió a la oscuridad de la noche con la facilidad con la que uno pasa en un libro de una página a otra. Desayunaron en la cafetería del hotel y después salieron a la calle. Fernando contempló el nombre de la calle del Hotel Buendía, tal vez para grabarlo en su memoria para siempre.

—Calle Bacacay, extraño nombre para un hotel de esta categoría.

Enfrente se levantaba el Teatro Solís, pero decidieron pasear en

paralelo a la traza de la muralla que todavía resguardaba el casco viejo del resto de la urbe, y, casi sin saberlo, si no llegaron al puerto por lo menos si lo hicieron hasta un lugar bonancible desde donde no sólo se veía el mar, sino donde cientos de gaviotas y de golondrinas marinas chillaban y volaban impertinentes en la mañana celeste. Fernando sacó y prendió uno de sus cigarritos y fijó su mirada en el horizonte. Apretó las mandíbulas sin darse cuenta, envaró su figura y aunque estaba feliz, radiante, y se sentía con aspecto de millonario, algo en su interior le indicaba que sucesos perturbadores estaban a punto de entrar, como si fueran agua, por debajo de la rendija de una puerta que daba acceso a su destino.

—Tenemos que hablar...

Fernando sintió el impulso de agarrar a aquella mujer por la cintura y de acercarla a él, de comportarse como un guacho arrogante y fiero que quiere poseer a su mujer y la posee, sentía que algo le quemaba, que las palabras de la mujer amada podían arañar, dañar, lastimar su piel y probablemente cada una de sus escondidas vísceras. Pero ni siquiera la miró. Continuó imperturbable, oteando el horizonte aquel, anchísimo como los páramos de su estancia, exhalando volutas de humo que la brisilla marina se llevaba enseguida para transformarlas en sal y en aire.

—Fernando, debes de saber que poseo algo de dinero. No es una fortuna, pero sí es lo suficiente como para arreglar nuestro futuro en este país.

Él viró sus pupilas hasta detenerlas en la comisura de los ojos, quiso mirar a aquella mujer sin variar su cara ni un centímetro delante del mar. Y lo consiguió.

—¡Habla rápido, Jennifer!

—La estancia El Tiempo también es mía. Me pertenece en su mitad. Lo sabéis todos los de Torres.

Él sostuvo el cigarrillo en su mano a la altura de los labios, pero sin dar

una sola calada lo aplastó en una enorme roca.

—Quiero transformar esa estancia. Sé que tu padre es quien ha mantenido levantada cada piedra en la que está sostenida. Nadie como él ha podido manejar mejor esas tierras duras que fueron improductivas y que ahora tienen la oportunidad de generar riqueza. Pero debemos continuar la línea marcada, y aún más, reforzarla, delinearla si no con más firmeza sí con más atención a los nuevos tiempos.

Fernando escudriñó sus ojos y se fijó en el vuelo picado de un charrán que se arrojaba al mar y lograba picotear a un plateado pececillo con el que de inmediato se suspendió y al que se tragó en el aire. Después la miró.

—Jennifer, querida —le dijo agarrándole suavemente las manos—, yo lo único que deseo es casarme contigo...

Ella puso por un momento la misma cara de una muchachita virgen que ha sido pedida en matrimonio por el joven que la corteja incluso en sueños. En aquel momento intentó acumular toda la dulzura que contiene el mar, el viento, y los elementos de los que está originado el amor. Pero no era de *eso* de lo que deseaba hablar, sino de asuntos tal vez no tan importantes pero sí más actuales.

—Fernando, yo ya estoy casada. Lo sabes... Sí, mi matrimonio no ha sido evidente, pero es real. Es un matrimonio en toda regla que fue oficiado y celebrado en Inglaterra... Pero, Fernando, mi amor, no es eso de lo que quiero hablar...

Agarró a la mujer por las muñecas y la miró crudamente a los ojos. Al punto comprendió que le hacía daño y la soltó. Después le dio la espalda.

—Fernando... Por favor, Fernando, mi amor...

—Di lo que tengas que decir, mujer... Recuerda que yo he hecho este viaje sólo para acompañarte y para asegurarte de equívocos y maleantes... Aunque para ello haya consentido en conocer esta parte del mundo, a esta

ciudad que no es la mía y que la primera mañana que me despierta acurrucado en su seno me da en la cara la bofetada del desamor...

—No es así como debe de hablar un hombre, de Torres... Al menos el hombre que yo quiero.

Entonces se giró. La rodeó por la cintura y la besó. Apasionadamente. Jennifer envaró su cuerpo, se resistió en el primer instante, pero el aire soplado del este le desató el pelo y empujó sus manos hacia la espalda de su hombre. Y se apretaron allí con los dedos bien abiertos por el ansia de poseer más, y se dejaron dominar siquiera un momento por la felicidad completa.

Sólo habían pasado tres jornadas, pero aquella ciudad, Montevideo, ya no era extraña para ellos, muy al contrario, cada día, cada noche, cada hora, la urbe uruguaya se dotaba a sí misma de más poesía y de más vapor de ese que llaman inmortal. El verano estaba en su esplendor, los cielos no dejaban que otro color que no fuera el azul celeste se vaciara en el firmamento, el fin del año estaba muy cerca y para los dos no dejaba de ser un sueño al alcance de la mano pasar juntos esa noche mágica, bajo un montón de estrellas que, a pesar de tener nombres, para los labios de Fernando y de Jennifer eran innombrables, como pequeños destellos de desconocidos narcóticos; eran estrellas fugaces, inquietas, detenidas o en veloz y centelleante carrera sabe Dios a qué lugar del sur, del infinito sur del mundo.

Una mañana se dirigieron temprano al Banco Nacional, sito en la Carrera de San Carlos, también en el casco antiguo y no lejos del Hotel Buendía. Jennifer estaba visiblemente nerviosa, pero su carácter inglés le permitió dotarla de la serenidad suficiente para no darle importancia al montón de dinero del que disponía a día de hoy en una cuenta bancaria registrada a su nombre, de la que apenas conocía la existencia, más que por la carta de Will, su primo, su marido y su vergüenza. ¡Por una vez ese

condenado borracho había sido guiado por un empujón divino!

—Bien, mi amor —le dijo Jennifer después de apurar una taza de auténtico té inglés—, ha llegado la hora de hablar del ganado.

Antes de que Fernando de Torres estirara su cuerpo una vez más y abriera la boca para permitir que preguntas innecesarias fluyeran de ella, la mujer de pelo rubio levantó su dedo índice y prosiguió:

—He oído decir que exactamente mañana llega un barco de Europa cargado de sementales y de vacas nuevas. Hermosos animales bovinos que van a ser cruzados con especímenes de estas tierras orientales... Muy pronto esta nación que tú llamas Uruguay, y que ahora es también la mía, podrá abastecer de carne al mundo entero... Quiero que la estancia El Tiempo posea uno de los mejores rebaños de vacas de todo el país, y que abarque inmensos pastos alambrados, quiero que la estancia El Tiempo construya su propia fábrica de salado de carne y no eso que llamáis tasajera, y dentro de unos años podremos tener también nuestros propios barcos, nuestras propias vías para poder llevar esa cantidad de carne al lugar que queramos, allí donde mejor nos paguen y más aprecien y se deleiten con nuestro producto.

Fernando se dejó caer para atrás. Apoyó toda la parte del cuerpo que pudo en el respaldo de la silla en la que estaba sentado, tal vez para no caerse definitivamente de espaldas, y sin saberlo llevó dos dedos de su mano izquierda al lugar de la sien, como un pensador boquiabierto que no da crédito a lo que está oyendo. A Jennifer le brillaban los ojos. Esperaba preguntas con supuestas respuestas incontestables, pero esas preguntas no llegaban, así que seguía su discurso, preguntándose ella misma y ella misma respondiéndose, desempaquetando las soluciones que se había encargado, sin saberlo él, de guardar con celo y de rebuscar, no sin sagacidad, allí donde esas soluciones estaban.

—El único problema que podemos tener son los alemanes, y

probablemente algunos argentinos influyentes, pero me aseguraron que también influyentes hacendados orientales se han reunido en torno a la persona sin cuyo consentimiento ningún animal podrá abandonar el arca de Noé que los transporta desde, óyelo bien, la insular Inglaterra.

Fernando levantó la mano y uno de los camareros le atendió en cuestión de segundos.

—Haga el favor de servirme otra taza de café, y, ah, un vaso con algún licor fuerte que tengan, si es tan amable...

—¿Un licor fuerte, señor? ¿Se refiere...?

—Tráigale un whisky. He observado que exhiben alguna botella en la barra —contestó Jennifer sonriendo.

—Por supuesto, señora. Traeré de inmediato el licor para el caballero.

—¿Whisky? —se preguntó Fernando a sí mismo una vez que volvieron a estar solos.

—Es licor inglés, mi amor. Como ese aguardiente de caña de las pulperías, pero inglés.

—Ya. Algo así como las vacas cimarronas y el ganado inglés ¿no?

—Algo así.

Un par de minutos más tarde Fernando probaba el whisky con el ceremonioso acto del que bebe de un sagrado cáliz. Chascó la lengua y le preguntó:

—¿Crees probable que el poeta lord Byron bebiera alguna vez este brebaje?

Ella le sonrió y le lanzó, casi invisiblemente, un beso al aire.

—Estoy completamente segura.

Fernando también sonrió. A Jennifer le recordó la primera vez que le vio en su vida. Ella allí con Amalia delante de la puerta de la hacienda, en el último descanso de la escalera, oliendo los macizos nocturnos de heliotropos,

y él, garboso, distraído, solitario, del mismo color que el crepúsculo por el que venía, cigarrillo en la boca, paseando y acercándose sin saberlo a ella, a la mujer de la que nunca más su pensamiento se podría deshacer.

—Y, dime, *my darling*, ¿quién es ese influyente señor al que temen alemanes, argentinos y hasta el bíblico Noé, y que sin embargo a nosotros nos concederá favores ganaderos?

Por un momento, por un instante, por un rasguño de segundo si es que es eso posible, Jennifer Barnes estuvo a punto de no contestar a esa pregunta. Pero fue tarde, su lengua, su vivacidad, tal vez su amor y su intrepidez inglesa la aturrullaron y contestó.

—El señor Giró. El gobernador de Montevideo.

Fernando apuró de un sorbo todo el licor que le quedaba en el vaso y después clavó sus ojos norteños en los de Jennifer.

—¿Pero ese no es el suegro de Ernesto de las Carreras? ¿O el futuro suegro, según nos confirmó en el puerto, y en cuya Casa Blanca habita?

—Hoy cenaremos en esa Casa —le dijo Jennifer.

Fernando dejó caer la cabeza diciendo que sí. Pero en realidad no sabía lo que decía ni sabía lo que movía su cuello, si era su cabeza, su locura o su propia inexistencia. Él no estaba seguro de saberlo. Pero era feliz.

A Alfonso de Torres le reventaron la cabeza de un tiro. Fue el segundo tiro, la segunda bala. La primera le rebotó en el cañón de su magnífico Máuser 1868 y fue desviada al propio cuello de su bronco, pero el segundo disparo le entró por la frente, un dedo arriba de la sien, tan certeramente y de forma tan brutal que se puede decir que le estalló una parte de su cabeza cual sandía madura. No pudo darse cuenta de que cayó como un saco del caballo, porque fue tan violento el estallido, tan desproporcionado el efecto de aquel disparo, que el cuerpo de Alfonso se suspendió en el aire unos instantes antes de derrumbarse como un puñado de materia más en la tierra aquella. Apenas llevaban dos horas cabalgando, alejados ya de la chacra del Solari, el sol apretaba y el hombro acuchillado le escocía cuando encontraron un arroyuelo refrescante. Allí los emboscaron. Una mano de Alfonso reposó muerta sobre las yerbas de la orilla, muy cerca del agua. Cuando un hombre muere de esa manera es difícil precisar si ha tenido o no pensamientos, y, si los ha tenido, más difícil es todavía llegar a imaginarlos. ¿Es posible que el único ojo abierto del cadáver fuera capaz de ver la corriente del arroyo, fuese capaz de divisar la belleza de la orilla opuesta antes de horizontalar plenamente la oscuridad? ¿Es posible que el único oído del cadáver pudiese oír el tiroteo, el brotar huido de los broncos?

La media docena de hombres que le acompañaban no tuvieron mejor suerte. Fue una de esas tropadas incontroladas de malhechores y de lo más

falaz de la soldadesca, que ni busca la gloria ni sabe hurtarla, sólo sabe robar caballos, violar peonas y encontrar, como si se tratase de un tesoro, una moneda de plata, de cincuenta pesos, de las mejores, cosida bajo el poncho de uno de los abatidos, o un viejo reloj grabado con ácido, atado con un nudo a su cadena, asomado del bolsillito que lo guardaba.

El Atrevido se arrastró no más de medio metro hacia el agua, después murió. Logró meter los antebrazos en la corriente, puede que pretendiendo que el agua aquella, limpia e insignificante, pudiera llevárselo de allí, como única posibilidad, río abajo hacia la vida que ya no estaba. Su sangre sí fue arrastrada, una mancha viscosa, como una arteria de ese propio arroyo que paralela a la orilla fue a dar con las raíces de una higuera silvestre, la única del desolado lugar, y allí se absorbió, tal vez para ayudar a enrojecer a los agraces higos.

Otro infeliz consiguió huir cincuenta metros, no más, cuando le disparó en la cara un *chaqueta de arena* escondido para ese fin preciso y mortal. Eran poco más de las cuatro de la tarde, como en ese momento no hacía ni un soplo de viento el humo de los disparos tardó en desaparecer, se fue juntando humo con humo, el de este disparo con el de aquel disparo, y todos formaron una nubecilla con olor a pólvora, que ascendió, empujada por el aire caliente de la tierra.

Se oyó decir con el tiempo que mataron a más hombres y que violentaron alguna estancia y varias chacras, incluida la del desafortunado Solari, a quien abandonaron sus malencarados guardaespaldas nada más vieron subir el polvo y el desorden de una caballada que trotaba en dirección a la chacrita. Todo se fue olvidando, la memoria es frágil, y si se resiste a la fragilidad es, al menos, huidiza como este viento.

Nadie sabrá nunca cómo la señora de Torres, Amalia Lorenzo, se enteró de la muerte de Alfonso, que tanto se parecía a su padre. Durante días no bajó a comer, pero su mirada no delataba más tristeza que la que ya tenía antes de morir su hijo. El galpón de atrás fue acondicionado como mandó decir don Alfonso y allí se instaló la Duarte con su hijo Byron. La mujerona Atalaya continuó cada día cocinando la carne de vaca y el puré aquel de manzanas; servía la mesa ayudada por una de las gemelas y después de un tiempo prudencial, que cada vez se fue aminorando, retiraban la comida y despejaban el salón, luego se sentaban prudentemente en la cocina y se la cenaban ellas. Por la noche encendían los velones y abrían la puerta de la hacienda para que el aire fresco penetrara por lo menos en aquel lugar, que tanta humedad de la mala parecía haber cogido en tan escaso tiempo. La pobre Amalia, canosa y enloquecida, se distinguía ahora con vestidos y trajes que nunca antes ninguna de aquellas mujeres había visto. El primer día que bajó al salón lo hizo ella sola, después tuvo que ser ayudada por África al paseo y a subir las escaleras. No la esperaban, pero la campanada de la una había sonado y Amalia Lorenzo, vestida inusitadamente, se llegó al salón, todavía bajo el eco del bronce, y allí estaba la comida preparada. Cada plato en su lugar, la bandeja y la carne de vaca humeante, el puré en su punto y el muchacho que encendía los puros de don José, bajo el dintel de una de las puertas, en su lugar. Atalaya le sirvió la comida y permaneció de pie cerca de la señora, esperando indicaciones, sugerencias, o solamente palabrería, porque más de diez días sin hablar con la señora, después de lo sucedido, se le antojaba enfermizo para ambas.

—Atalaya...

—A lo que mande la señora... ¿Le sirvo ya su café? ¿Desea otra cosa?

—¿Ha llegado mi hijo Alfonso?

—No, doña Amalia.

—¿Y mi Fernando?

—Tampoco ha llegado, doña Amalia.

Los labios amoratados de Atalaya no sabían mentir. Pero su corazón sabía ser comprensivo y ordenaba a su voz que dijera otras cosas. ¡Pobre doña Amalia! No quería entender que su hijo Alfonso había muerto y que de su hijo Fernando hacía más de un mes que nadie sabía nuevas de él, buenas o malas. Ni un correo, ni un aviso, ni una señal de aquellos dos peones mejorcitos que don Alfonso envió a la capital para avisar de lo de don José.

—Mi Alfonso estará en la matazón... Se parece tanto a su padre, ¿verdad, Atalaya?

—Sí, señora, se parece mucho.

Amalia sonreía, perdía la mirada pero era capaz de iluminarla con dulzura, el salón estaba hermoso aquel mediodía. Doña Amalia, a pesar del desencanto que ignoraba de su propia alma, estaba hermosa, parecía feliz, cómoda y radiante.

—Siempre en la matazón, siempre en la matazón... Ah, esas vaconas que no me dejan ver a mi Alfonso... tasajera va, tasajera viene, siempre con el bronco... Y es tan apuesto como su padre, ¿verdad, Atalaya? —le preguntó mirándola de reojo.

—Sí, doña Amalia.

Una de las gemelas, América, miraba desde la puerta del salón, tenía una coleta metida en su boca y permanecía quieta allí, con los ojos muy abiertos y con las orejas también muy abiertas. Amalia Lorenzo se giró y la miró, le sonrió y estirando su brazo le pidió que se acercara. Cuando la pequeña estuvo a su alcance, ésta, Amalia Lorenzo la canosa y enloquecida, sacó de un frasquito blanco que había en la mesa un terrón de azúcar. Después agarró el brazo de América y le preguntó:

—¿Te gusta?

América no dijo ni que sí ni que no, ni con la voz ni con gesto alguno. Sólo miró a doña Amalia. Ella había oído decir que *la vieja* había abierto la puerta de la locura. Y que esa puerta era la de entrada a una hacienda emparamada, con un ombú en el jardín, que es la muerte, así, que mirarla tan de cerca ya era suficiente para considerar como antídoto infalible no responder a pregunta ninguna.

—Dime, ¿tú eres América o eres África?

—América, doña Amalia...

—Ah... Y dime, ¿hay hoy mucho sol?

—He oído decir que es un día bonito, doña Amalia.

—Ah... lo has oído decir... ¿Pero a ti te parece un día bonito?

La pequeña América miró directamente a los ojos de la mujer y asintió tres veces seguidas.

—Debe de ser muy bonito, ¿eh?

Amalia Lorenzo mantenía los ojos abiertos, y sus pupilas estaban allí, en sus ojos, en el centro, pero daba la impresión de que miraban todavía a través de un velo.

—Atalaya...

—A lo que mande.

—Sírvenme una taza de café. Y tú —le dijo a la pequeña mientras sostenía en la palma abierta de su mano el terroncillo de azúcar—, tú me vas a acompañar a dar un paseo hasta la tumba de don José de Torres, que fue mi marido hasta hace un mes, ¿lo recuerdas?

—Sí, doña Amalia.

—Pues cuando me tome el café te vienes, iremos a llevar alguna flor que tú recojas camino del templete.

América miró a los ojos de Atalaya. La mujer le sonrió casi

imperceptiblemente, pero fue como señal para que a la pequeña le brillaran los ojos, se le salivara la boca con el regusto del terroncillo que iba a ganar, y se sintiera dispuesta, más que incómoda, para acompañar a doña Amalia hasta el sepulcro.

Cuando las dos salían, antes de bajar el primer peldaño de la escalera, se oyó el llanto de un niño.

—Deja que me apoye en tu hombro, América pequeña.

Y descendieron con parsimonia aquellas escaleras, y se encaminaron en silencio, debajo del verano, camino del templete. Cerca se oía el rumor del agua. No era hora para cantar los pájaros, pero dos gallos de corral se peleaban arrabiadamente y armaban gran algarabía, y algunas palomas se arrullaban y llenaban al aire seco de murmullo y algo de insistente mescolanza.

¡Qué pronto se enmohece todo! El orín de los páramos es como orín de caballo, por esa causa la cadena que rodeaba la tumba de don José de Torres, y la misma cruz que era forjada de hierro, estaban cubiertas de óxido, pequeñas escamas de lo que dejaba de ser metal se desprendían de aquellos eslabones cuadrados y muy grandes, que evitaban que nadie osara saltar sobre ellos y, al mismo tiempo, que nada pudiera escapar de allá dentro. Amalia Lorenzo arrojó el puñado de flores que la pequeña recogió en el camino: ramilletes de poeta, margaritas de pétalos amarillos y diminutas campanulas blancas. Asintió varias veces con la cabeza y después miró al cielo. No había ni una nube, igual que dentro de su cabeza. Le acarició el pelo a América y después cerró los ojos e inspiró todo el aire que pudo.

—Ya eres una mujercita.

—Sí, doña Amalia, eso me lo ha dicho tata Atalaya.

—Dime, ¿cómo están los frutales?

—Están cargaditos, doña Amalia, se lo picotean y todo...

—¿Y hay naranjas? ¿Da el naranjo ese naranjitas?

—Sí las da, doña Amalia.

—¿Y quién se come esas naranjas?

A la grácil América le brillaron los ojos tanto que iluminaron incluso al mediodía aquel. Le brillaron de golpe, de pronto, como si algún fogonero hubiese encendido dentro de sus cuencas dos candelas. ¿Qué podía decir? ¿A qué preguntarle a ella por naranjas? ¿Acaso había comido ella naranja alguna? La pequeña América se metió una de sus trenzas en la boca e intentó mirar al infinito y no pensar en la estantigua señora. Estaba a punto de llorar aunque no sabía por qué, sentía como una astilla de caña metida dentro de su cuerpo, como la aguja que su vieja abuela Europa llevaba clavada en las venas, dentro de las venas, una aguja de oro que le regaló un señor y que se la clavó una atardecida mientras cosía, y le corría por las venas como si fuera parte de la sangre, y le rozaba el corazón y ella lo sentía, hasta que una vez se le clavó en el centro y ya se la llevaron... eso se lo contó Atalaya, y también a su gemela África, pero ahora, ahora...

—Dime, niña, ¿quién come esas naranjas?

—Se las he visto comer a mi prima, doña Amalia...

—¿A tu prima?

—A la Duarte, doña Amalia.

América sintió compasión por Amalia Lorenzo. Y la vio llorar en silencio y despacio.

En aquellos días de verano dieron todavía algunos paseos. Pero ya fueron pocos. El verano oriental iba a ser largo, se veía venir, nadie había hablado de San Silvestre ni de la Epifanía, ni hubo disparadas ni fiesta prepararon los peones, por lo del *viejo* y por lo de don Alfonso, sólo alguna

pulpería, pero lejos, donde el muelle, así que el paso de un año a otro sucedió como sucede cualquier noche. La señora de Torres se percató de las cosas poco a poco. Un día, al divisar las escaleras de su hacienda, vio a la Duarte con su pequeño Byron en brazos, plantada bajo el dintel de la puerta grande. Otro día supo que la habitación que había sido de Jennifer era ahora de esa mujer. Pero ella no decía nada. Bajaba algunas veces, ya pocas, a tomar su carne de vaca, sólo algún bocado, y su puré de manzanas. Pero ya luego ni bajaba. Bien América o bien África le atendían. Algunas personas se llegaron un día a verla, allí en su cuarto, pero a pesar de que la luz entraba mucho por el ventanón ella no quería ver nada. Levantó un brazo desnudo en dirección a la puerta y la mujerona Atalaya habló por ella:

—Que todo está bien, que dice que se vayan...

Amalia ya nunca lo supo. La estancia El Tiempo, que fue levantada por el doctor Barnes y por su marido, José de Torres, en 1835, donde soplaba siempre brusco el viento hasta desmoronar las piedras rojas, ya no se llamó más estancia El Tiempo. Aquellos hombres que se llegaron a verla, a los que ella señaló con el brazo desnudo y la cabeza demente, traían vacas nuevas enviadas desde Montevideo, y sementales de la raza Durham Shorton, acompañados de sus respectivos pedigris, uno se llamaba Orión, era de color marrón oscuro, y el otro Aberdeen, que era casi todo blanco, hermosísimos animales que doña Amalia nunca vio; también llegaron otro día dos vaquillonas rojas, con manchas blancas en las frentes, una se llamaba Monalisa y la otra Bell, según decían los papeles, que nacieron en los húmedos condados de Inglaterra, y que mezcladas sabiamente con el cimarrón dieron carne excelente y prosperidad. La Duarte nunca se casó. Atalaya vivió muchos años y aconsejó y llevó certeramente las riendas de la estancia. Cada año hubo su matazón y su ganancia y se daba trabajo a

peonaje venido de fuera. La Duarte seguía comiendo aquellas naranjas que un día fueron plantadas para Jennifer Barnes. Su hijo Byron, dentro de la semana que cumplió los veinte años, fue legalmente el propietario de aquellas tierras. Los límites fueron alambrados, y a la estancia le cambiaron su cronológico nombre por otro aún más quebrantado: Siglo XX. Byron se casó muy pronto, al cumplir los veintidós, con una joven de ascendencia extranjera, alemana, cuya familia poseía una fortuna ganadera de pastos que no podían medirse, pero consintieron aquel matrimonio cuarterón a cambio de desalambrar, seguramente buscando más límites que no medir. La bella joven era hija, aunque la cuarta, de los Wendelstadt y Cía, propietarios del Eco Social de Paysandú y también del Casino Uruguay que cofundara un día Ernesto de las Carreras.

El cadáver de Alfonso de Torres nunca fue levantado, sino que el polvo, el viento, el soplo, los horizontes y los páramos se encargaron de devorarlo, de asimilarlo, de reconvertirlo en esencia, en esqueleto de novillo, en carcasa de ilusión de esta parte del río Uruguay. Si es verdad, como dicen, que pueden cabalgar los jinetes después de la muerte el gallardo Alfonso, el de frente despejada, bravucón y señorial, estará todavía, a espaldas de vidalitas y de penumbras, rebuscando por la tasajera que ya no existe, marcando ganado, y olisqueando como pirincho un lugar donde se ase carne con su cuero. Alguien contó que la madre de don Byron, a la que siempre llamaron la Duarte, siendo ya mayor y cansina, seguía llevando los pechos tiesos, y que algunas tardes se iba sola, a masticar pensamientos donde el templete.

La mañana del cuatro de enero de 1871, Fernando de Torres y Jennifer Barnes se hicieron una fotografía. En la librería de Tristán Narvaja, por cierto bien surtida y de fulminante efecto en Fernando. Les entregaron una hojita impresa con bonita y distinta tipografía donde se leía en primer término y en letras grandes FOTOGRAFÍAS, más abajo decía "Nueva Generación Fotográfica", después el nombre de un tal Pedro Román Bontoux, y más abajo, en letra menuda, indicaba que se ofrecían retratos *auténticos* de Fausto Aguilar (El Indio), y de León Palleja (héroe de la guerra de Paysandú)... y que las fotografías se podían hacer en papel, hule o chapa, como las mejores de Europa y de Buenos Aires, ahora aquí en Montevideo... Depurada técnica y buen gusto. Placas hasta las cinco de la tarde, sea como fuere el tiempo... Grupos *a lo María Eugenia*, grupos de café o de meras reuniones ocasionales... ¡Compruébelo! Y abajo, con letra mediana, entre dos estrellitas, decía: Consiga ahora un poco de eternidad...

—Compruébelo... Consiga ahora un poco de eternidad —repitió Fernando en voz alta y pausada.

Jennifer le miró y le tomó las manos.

—A mí nunca me retrataron, Fernando...

En uno de los picos de la plaza triangular de la calle Cerrito estaba la casa de fotografía del tal Bontoux. Cuando se dirigían allí vieron mucha gente arremolinada en una calle, por donde pasaba una larga hilera de

esposados, delincuentes y malhechores recién traídos del norte. A Fernando le impresionó pero no quería detenerse a contemplar desgracias, a presenciar un espectáculo bochornoso y humillante. Sobre todo porque agarrado a la mano de Jennifer, que era la mujer más maravillosa del mundo, iba a posar para siempre, a su lado, en una fotografía, que era algo casi mágico, como soñado. El *buen gusto y la apurada técnica* de Bontoux les pareció fascinante, a ambos.

—¿Son ustedes matrimonio?

A Fernando no pareció importarle ni impresionarle aquella estúpida pregunta de Bontoux, es como si se lo hubieran preguntado toda su vida, allí, en un lugar lleno de retratos y de cosas que se le antojaban misteriosas, como encantadas, así que respondió muy seguro de sí mismo:

—Sí, señor Bontoux.

—Entonces prefieren una fotografía de matrimonio, señora sentada, señor de pie, brazo apoyado en el hombro izquierdo de señora y la otra mano caída, sombrero sostenido... detrás pondremos nubes y lejano paisaje... déjeme que le coloque... perdone un momento, ¿no son ustedes de aquí, verdad?, yo tampoco, estén quietos un momento por favor pero pueden respirar hasta que yo les diga que no lo hagan, eso es... ¿usted fuma, señor? ¿desea humo en algún extremo de la fotografía?

Aquella extraña manera de hablar debía ser parte del ritual de retratarse. El afrancesado señor Bontoux hablaba solo, ellos callaban y se disponían tal como el fotógrafo decía, así que Fernando sostuvo su sombrero *colgado en mano caída*, Jennifer levantó un poco la barbilla y *mira pero sólo poco hacia marido*, y después la cabeza de Bontoux desapareció debajo de un paño negro, ellos dejaron de respirar unos segundos y creyeron que les habían disparado de verdad, porque no esperaban el fogonazo de luz y de polvillo negro que les envolvió en un momento. Como si los hubieran

atrapado a los dos y los hubieran metido en un frasco de humo de magia. Eso es lo que sintieron. Bontoux les confirmó que al otro día, después de las tres de la tarde, las dos copias de la fotografía estarían listas para ser retiradas o enviadas por un recadero al hotel.

Salieron de aquella casa de fotografía, o de magia, realmente fascinados. No podían contener una risita como les pasa a los niños, un cosquilleo inenarrable se les ubicaba caprichosamente ahora en el codo, ahora en la rodilla, como sucede con los números de circo. El verano era hermoso en Montevideo. Ellos felices, y toda la eternidad de la que ha podido disponer la historia de nuestro planeta estaba allí, dispuesta a ser consentida para los dos. Bajaron contentos por algunas calles, miraban edificios y olían el mar por todas partes. Cruzaban una plaza o se detenían a mirar preciosos escaparates de cristal, llenos de cosas raras que se podían ver desde la calle sin ser molestados, y todas con el precio puesto debajo, circunstancia que le hizo especial gracia a Fernando. Sin embargo, el aliento del destino es más poderoso que el influjo de un verano austral, más enérgico y apasionado que cualquier brisilla platense arrojada como doncella a las calles, el destino estaba allí, como un animal furibundo y hambriento, cual un enorme león con la boca abierta y pestilente, con las fauces bien desencajadas, repletas de saliva y de viscosa baba que reclamaba su ración de soledad, su ración de realidad, el destino también deseaba posar, ansiaba también su porción de eternidad, su personal vidalita, su auténtica voz invocando con todas sus fuerzas su propio nombre. Y eso fue lo que oyó Fernando de Torres y Lorenzo en sus oídos. Su propio nombre. Su propio nombre gritado, lastimosamente gritado, por un hombre cuyo acento le azotó los oídos con sonidos conocidos, un acento torturado que procedía de estancia, de gaucho, de El Tiempo.

Fernando sólo pudo acercarse un instante a un hombre aún

desconocido, emponchado y esposado, que formaba parte de la hilera de presos y harapientos con la que casualmente volvieron a toparse en un cruce de esquinas. Le puso las manos en la cara barbada a aquel sujeto delgado y miserable que le miraba a los ojos y le oyó decir:

—Don Fernando... Don Fernando de Torres... Dios mío, has oído mis oraciones todos estos días...

—¿Quién eres? —le preguntó intentando descubrir también facciones conocidas a aquella voz conocida.

—Que me mandó su hermano don Alfonso a buscarle, don Fernando...

Un tirón de la hilera ya no permitió que las manos de Fernando sostuvieran la cara de aquel hombre, la gente era mucha para ver aquello, pero aún pudieron hablar.

—¡Voy a sacarte, chúcaro, espera hasta la tarde!

No pudo decir nada más. Fernando se quedó de pie. Petrificado. Jennifer se acercó a él, tal vez sin comprender nada de lo que había sucedido. Pero algo había sucedido porque de pronto el aire que respiró aquella mujer la envolvió de una forma secreta, y sintió miedo, le tembló el labio de abajo y abrió sus ojos azules y miró a Fernando.

—¿Qué ocurre? ¿Es que conoces a ese hombre?

Fernando se giró a Jennifer. La tomó por los brazos y en voz baja le dijo:

—Ese hombre es de nuestra estancia, ha sido enviado por Alfonso, para buscarnos, tenemos que sacarlo de esa fila de detenidos, es imprescindible.

Cuatro horas más tarde se enteró de la violenta muerte de su padre, ocurrida hacía más de un mes. Con la inestimable ayuda de Ernesto de las Carreras y un carruaje ligero, pronto estuvo el desgraciado peón de la estancia en la calle y pronto y con detalle le contó a Fernando lo sucedido. A

pesar de su insistencia, no quiso que Jennifer les acompañara a tan desagradable misión, además, también él intuía algo de lo que era mejor enterarse antes solo. Acomodó al pobre hombre en una pensión y le pidió que se quedara unos días descansando en la capital, para lo cual le entregó dinero. Ernesto le dejó en la puerta del Hotel Buendía, le abrazó con mucha sinceridad y le dijo unas poéticas palabras a modo de pésame por la muerte de su padre, y creyó conveniente dejarle solo, para que él mismo informara a Jennifer de tan desgraciada noticia.

La desarmónica concatenación de los sucesos, y todas las posibilidades que surgían de cada una de las horas que pasaban, eran interpretadas por Fernando de Torres como desgracias. Cuando le contó a Jennifer lo de su padre ella pareció no darle importancia, o al menos la importancia que él creía que iba a darle. Antes de subir las escaleras del Hotel Buendía, antes de llamar a la puerta de la habitación 201, Fernando se tomó un trago de aquel licor inglés en la barra. Después muy dispuesto pasó a la habitación y se lo contó lo mejor que pudo y lo mejor que supo. Pero ella sólo se limitó a callar y a mirar por la ventana. Daba la impresión de estar pensando algo, como si la muerte de José de Torres no fuera más que una circunstancia pasajera o, más bien, esperada. Jennifer Barnes se giró a medias y clavó sus ojos en los de Fernando. Él estaba estupefacto, sintió dentro de su cuerpo chorros de agua hirviendo, por su cabeza alguien daba botellazos, los labios le temblaban a pesar de que él, como buen oriental, apretaba las mandíbulas. Quería preguntar, saber, quería decir algo pero no podía hablar. Se sintió indefenso, y lo peor de todo era que no sabía qué era aquello que le atacaba, ¿indefenso de qué, de quién? Se sentó en el borde de la cama y se echó las manos a la cara. Estuvo a punto de llorar. Jennifer se acercó y le acarició la cabeza.

—Tendremos que volver de inmediato, Fernando.

—Yo me iré de madrugada. Tú saldrás de Montevideo con el peón dentro de unos días. A lo mejor hay barco, si no, él sabrá cómo llevarte.

—¿Qué estás diciendo?

Fernando cogió sus manos y la miró a los ojos.

—Bien sabe Dios que no deseo dejarte sola. Pero sé que comprendes la situación. Ya teníamos que estar de vuelta. Este viaje se ha escapado de las manos como un puñado de arena y la muerte ha aprovechado para venir a reírse.

Fernando abrió las manos al aire y se las contempló, después apretó los dedos, los encerró sobre las palmas, como si quisiera retener la mayor cantidad de aire posible y estrujarlo, desbaratarlo allí en sus manos, tal era su dolor, su ansiedad, tal era la sombra que una nube negra le dejaba caer encima, como empujada por una tormenta, pero a pesar de eso en su frente sudorosa rebotaban los haces de luz que la tarde lograba colar por la ventana. Ahora las manos, otra vez abiertas, le temblaban. Ya no supo resistirlo y sollozó, él, un de Torres, el hijo que había sido enviado a un recado y que aún no había vuelto, ni para ver la muerte de su padre, ni para compartir el dolor y la rabia que su madre y su hermano Alfonso sentirían. ¿Qué habría sucedido? ¿Cómo podía él jurar a seiscientos kilómetros de distancia de su hacienda que vengaría la muerte de su padre?

—Lo siento, Jennifer, como ves sólo soy un hombre.

—Intenta calmarte.

Jennifer se sentó a su lado y compartió su silencio, mas el silencio duró tan solo unos segundos, porque llamaron a la puerta de la habitación 201, un recadero, con un recado. Para Ms Jennifer Barnes. Cuando su mano cogió aquella nota un súbito temblor le corrió por todo el cuerpo. Cerró la puerta, Fernando no la vio porque estaba de espaldas a ella, contemplando su

desdicha, absorbo en su dolor.

—¿Qué ocurre, Jennifer?

—No es nada...

Fernando de Torres se levantó. Dio dos pasos y la miró. Le cogió la nota de las manos y no tuvo ni que leerla. Estaba escrita en inglés, y venía rubricada con una firma que ya conocía: W. Barnes. Jennifer estaba pálida. Tan pálida como él. Le puso una mano en la cara y le dijo casi en un susurro:

—Cariño...

Fernando de Torres y Lorenzo apartó la mano de la mujer, envaró su cuerpo y sintió que todos los broncos del mundo, incluidos los potrillos, le galopaban dentro del cerebro, machacándolo, hendiendo los millones de pezuñas en cada una de sus neuronas, en cada uno de esos rincones invisibles que poseen los uruguayos orientales dentro de sus cabezas. Jennifer tuvo que detenerle, así que se puso enfrente, no iba a permitir que el hombre que amaba tan sinceramente diera un paso más hacia la puerta, así que le agarró como pudo las manos y le repitió:

—Cariño... cariño...

—¿Qué quiere ese hombre? ¿A qué ha venido? ¿Cómo ha dado contigo? Tengo que hablar con él, con ese extranjero, tengo que saber qué es lo que ha venido a buscar tan lejos de su hacienda.

No gritaba, que era lo previsible en una situación como aquella... No, su voz fue pegajosamente pausada, retuvo las sílabas, era como si hubiese hablado sólo para él, y esa circunstancia le dio miedo, la llenó de pavor, el pañuelo que llevaba enroscado al cuello se deslizó hasta el suelo, pero alguien, alguna entidad desconocida y perversa había arrojado sobre ella un pañuelo mucho mayor y más oscuro que aquel. Volvieron a llamar a la puerta. Fernando quiso abrir pero Jennifer se interpuso y abrió ella. Era otra vez el recadero, quien ahora de viva voz le dijo:

—Señora Barnes, el señor Barnes la está esperando.

—Dígale que bajaré enseguida, que no se preocupe.

Jennifer cerró y dio un paso hacia Fernando. Aquella mujer de cabello amarillo y ojos azules estaba a punto de ser devorada por el destino. Lo que sentía dentro de sus entrañas no se puede describir, porque ella no acertó a contarlo nunca.

—Volveré rápidamente, Fernando...

Él le puso las manos en los hombros y la agarró con firmeza.

—Volveré enseguida, Fernando, sólo tengo que firmar...

—Firmar... —repitió con la misma voz que usaba para hablar consigo mismo, con aquel gruñido pestilente del león que tenía ahora escondido en su boca—. ¿Qué tienes que firmar, Jennifer?

—Es un papel, sólo será una firma y nos iremos los dos esta misma noche a El Tiempo, cariño, déjame firmar ese papel y seré libre para siempre, me casaré contigo, cariño, ¡Fernando! ¡Fernando! ¿Dónde quieres ir, dónde vas, Fernando? Sólo es un papel, sólo es un papel...

Dos días más tarde murió Fernando de Torres en una cama del hospital Maciel, muy cercano a la calle de la Cruz de San Pedro, y por lo tanto a la Casa Blanca del señor Giró, donde habitaba entonces Ernesto de las Carreras. Ernesto estuvo junto a ella en cada momento. Se encargó de todo.

Jennifer no se separó ninguna de las treinta horas que tardó en morir su amado. Trataron de cortar la hemorragia, pero fue imposible. Fernando respiraba todavía, pero se estaba muriendo, no podía hablar y los ojos los mantenía entornados. Jennifer le sostenía una mano, sentada en su misma cama, sólo podía llorar, secar el sudor de la frente del moribundo y rezar a Dios para que la bala que no podían extraerle del cuello llegara pronto al

corazón, si era eso posible, y se acabara todo. Sin embargo, durante aquellas treinta horas Jennifer le habló. Ella sabía, intuía, que él la estaba escuchando. Fernando no movía ni un músculo, sólo respiraba por inercia, y la muerte se hacía evidente.

—Mi amor, no te dejaré aquí, vendrás conmigo, yo ya no podré irme sola, vine a este país, a estas tierras, quién sabe si a buscarte, quién sabe desde qué lugar... Y te llevaré conmigo hasta el último día de mi existencia, pero no te mueras, por favor, no te mueras para siempre, dame la oportunidad de encontrarte en otra vida, yo estaré allí, podrás reconocerme, y yo voy a reconocerte a ti, sabré quién eres en cuanto te vea, sé que cuando mis ojos se encuentren con los tuyos sentiré un calambre por la punta de los dedos, como chispas de un fuego azul e inmortal, y sabré que eres tú y ya no permitiré que nadie, ni la propia muerte, pueda arrancarte de mi lado...

La luz entraba por la ventana de la sala del hospital. Detrás de Jennifer Barnes estaba Ernesto de las Carreras, muy entristecido por todo el suceso. Y dos metros más atrás de Ernesto dos doctores sabían y comunicaban en susurros que el señor de Torres acababa de morir. Uno de ellos le tapó la cara con una sábana blanca, mientras el otro y Ernesto sacaban a Jennifer de allí. El entierro se efectuó al otro día, casi de forma inmediata, porque una epidemia de fiebre amarilla entraba por el puerto con los barcos de Argentina, y ya había muerto mucha gente y era cosa de tenerlo controlado. Eso fue lo único que Ernesto y toda su influencia no pudieron arreglar.

Nadie preguntó quién recogió ni qué hicieron con el cuerpo de William Barnes ni dónde lo enterraron. Jennifer no llegó a verlo, ni vivo ni muerto.

Unos días más tarde, arregladas las cosas, y decidido el futuro, Jennifer Barnes fue acompañada al puerto por Ernesto. No pudo quedarse más tiempo, ni lo deseó, porque el barco estaba dispuesto para zarpar, tanta era la gente que iba y sobre todo llegaba desde Europa en el mismo barco que llegó su *marido* W. Barnes, quién sabe si a pedírselo todo. Jennifer Barnes encomendó parte de su dinero para comprar el selecto ganado, el mejor a su entender, y ese ganado fue enviado correctamente a la estancia El Tiempo, su destino. Ella nunca supo que Alfonso también había muerto en aquellos días. No es que tuviera miedo de volver a la Hacienda El Tiempo, es que no lo deseó nunca. No fue ni a por algunos objetos personales que se quedaron allí para siempre. Meses más tarde, cuando ya vivía en Inglaterra, recibió un correo de América, de Montevideo, en aquel sobre venían las dos copias de la fotografía que se hizo con Fernando, en casa de Bontoux. Las guardó para siempre, dos fotografías iguales, idénticas, y de vez en cuando las miraba y no podía evitar que alguien disparara flechas que atravesaban sus sienes, flechas indoloras y rápidas. Nunca más salió de Inglaterra, su estatus de viuda no le impidió continuar siendo una mujer hermosa y rubia. Sólo miró para atrás una vez, cuando el barco aquel que la devolvió a Europa, una nave larga y negra, con el enigmático nombre de Onuba, salió del Mar del Plata, entonces, en cubierta y bajo un fuerte viento, Jennifer Barnes, se desató el rodete del pelo, y desanudó un pañuelo amarillo que llevaba enroscado al cuello, y cuando lo hizo, cuando miró hacia atrás, suspendió el pañuelo y el viento del Atlántico se lo llevó de las manos, tierras adentro, y Jennifer continuó mirando el devaneo de aquel pañuelo hasta que lo perdió de vista. Era el día nueve de enero de 1871, un lunes. Había algunas nubes y algunas gaviotas empeñadas en seguir al barco, quién sabe si hasta Europa.